

Irreverentes

Oleol



Capítulo 1

IRREVERENTES

Nos reuníamos todos los días tras el pabellón deportivo, en una especie de callejón artificial entre el muro de piedra que separaba la ciudad y las puertas traseras del complejo. Durante la escasa media hora que duraba el recreo para descansar de las charlatanerías de los profesores aprovechábamos en dar rienda suelta al insano vicio del tabaco, cotillear las últimas noticias musicales, y desvariar alegres. Éramos bastante dispares entre nosotros pero unidos por la gracia divina. Seis personas, chicos, chicas, jóvenes que lo único que nos interesaba era ser nosotros mismos y vivir en paz. No lo suficientemente sociables para ser admirados pero sí con la identidad muy marcada y extravagante para atraer las miradas curiosas. Aquel día era el primero de la vuelta de vacaciones navideñas. Con el mes de enero había llegado el año nuevo y un frío seco en la ciudad que nos provocaba tiritonas al estar expuestos al aire con la única protección de nuestras cazadoras. Nos situábamos en círculo para mitigar el sufrimiento y poder tenernos de frente. El vaho que expulsábamos al hablar se confundía con el humo de los cigarrillos.

-Cora. ¿Has hecho las tareas de matemáticas?

Lara me hizo la pregunta con cierto tono de intriga. Sospeché que una vez más ella quería pedirme copiar los resultados de las ecuaciones como todas las semanas. Era un desastre para las fechas. Nunca se acordaba de cuándo, ni qué, había de entregar en cualquier asignatura. No lo hacía con maldad. Era un desastre, y punto. Se negaba a llevar anotaciones en su calendario porque decía que si lo hiciera sería el primer paso en falso para ser controlada y eso era lo que más temía gracias a ver, y hacerse líos mentales, una serie de documentales sobre conspiraciones y paranoias que se descargó de internet.

Era una chica mona, pero su «pequeña» locura asustaba a los posibles pretendientes a novios que se aventuraban en el intento de cortejarla.

-No -respondí con la verdad-. Anoche estaba tan cansada que me fui a la cama con la velocidad de un guepardo después de cenar.

Ella se atusó el pelo rubio con dejadez y decepción.

-Si es que son unos putos pesados con tanta tarea para hacer en casa, no hay vida -apuntó Otto-. Así nos volvemos locos.

Siempre tenía que meter su comentario insidioso en todas las conversaciones. Era del tipo de persona que aspira a ser gracioso a base de quejarse de todo tema de actualidad. Cuando se suicidó la estrella de

rock Alis Van, líder del aclamado grupo The Papers, y por el que sintió veneración por las letras de sus canciones; no hizo más que burlarse en público del icono asegurando que el motivo de la muerte fue causado por un tatuaje floral que al ser realizado con fuerza la tinta traspasó la carne para llegar a la sangre y con ello sufrir envenenamiento.

Todos sabíamos de la afición a mentir de Otto pero lo permitíamos porque en ciertos momentos conseguía arrancarnos sonrisas con una imaginación desbordada de fantasías.

-Deberían estar prohibidas las tareas para hacer en casa -rió su novia-. ¿Os imagináis? Un escuadrón de asalto que entra en las clases para arrestar a los profesores cuando nos dijeran «para mañana quiero...» ¡Pum! Estás muerto.

-De fábula -añadió con aprobación Otto.

La novia de Otto, India se llamaba, había sido la más reciente en acoplarse con nosotros gracias a su relación íntima. Cuando Otto la presentó al grupo lo que más nos hizo gracia de ella fue su nombre. Nos aclaró, ruborizada, que lo odiaba y que no era más que un tonto capricho malintencionado de sus padres de espíritu libre y amantes empedernidos de la naturaleza y el misticismo. India, una chica de rasgos morenos y la piel cuidada que estudiaba un curso por debajo del resto, ya que era un año menor. Y, para tener diecisiete años era ligeramente vacía de cabeza. Muy simple, puede que demasiado. La tratábamos como lo que nos parecía: una niña de pocas luces. La gustaba vestir de marca con un estilo que me recordaba a una señora curtida en años. Como si con tal apariencia la fueran a tratar con más respeto. Tampoco hacíamos un importante caso a sus intentos de seguir las tónicas de Otto. Pensábamos que llegaría el día en que la ruptura de la pareja se haría realidad y no la veríamos más. Era como una mascota que no cesa de ladrar y a la que no se coge cariño porque está en el corredor de la muerte de la perrera. A pesar de todo éramos educados con ella y permitíamos que dijera lo que quisiera.

-Maldito aire -dijo Ruiz protegiendo su cuidado peinado de las inclemencias.

-Es que eres demasiado coqueto -dije sin maldad.

-No soy coqueto. Soy neo mod.

Neo mod. Con tal término se definía Ruiz para describirse. Creyente de la nueva moda, que surgió como reinvención del antiguo movimiento de los años setenta, cuidaba su aspecto al milímetro. Una ardua tarea para todos los días. Con un corte de pelo como los abuelos Beatles, su ropa copiada de las viejas fotografías pero confeccionada con telas y materiales

modernos, y su declarada afición a la música electrónica; repudiaba las motocicletas estilo Vespa y Lambretta argumentando que eran accesorios para dinosaurios. Como persona era un chico normal con un profundo sentido de la justicia , y eso me gustaba bastante. Una vez escribí una canción sobre él.

-Y esta noche toca fiesta os recuerdo, que es viernes y hay que celebrarlo por todo lo alto -dijo India-. No hay que dejar pasar la ocasión.

-Pues claro que sí -asintió Otto con un cigarrillo en la boca mostrándose como un galán-. Podemos tomar unas copas en casa de Stan ¿No? ¿Qué dices Stan?

-Níquel. Sin problema alguno.

El último miembro del grupo era Stan. Un chico británico cuyos padres cayeron en nuestro país después de dar bandazos por el viejo continente a causa del trabajo de vendedor del señor Stan, padre. Hablaba el idioma local como un barriobajero más de la capital, llegando incluso a olvidar algunos términos de su inglés nativo. Los fines de semana siempre ocupábamos su casa abandonada debido al afán de aventura de sus progenitores que organizaban escapadas relámpago a los complejos con rollo spa y de relajación. Vivía en una gran casa que con gusto utilizábamos para explayarnos alejados de la vida nocturna de los clubes de la ciudad. Parco en palabras, acompañado de su alma gótica, nunca nos dijo con que productos comercializaba su padre.

-Me gusta mucho tu pijama nuevo Cora -me dijo como halago-. Son muy bonitos los dibujos de unicornios.

-Gracias -respondí-. Me costó encontrarlo horrores. Ya nadie tiene gusto por estos animales, es una pena.

-A mí el otro día no me quisieron vender los pantalones por separado - Lara entró en la conversación con voz baja-. Me obligaron a comprar el pijama entero. Yo sólo quería los pantalones.

-No se dan cuenta de que la gente quiere porciones, no el producto entero -dijo Otto-. Son unos imbéciles, el mundo entero.

-Deberían de vender más pijama con dibujos de huesos de perro. Son muy graciosos -señaló India-. Como los que llevo yo.

-Pues a mí me gustan las calaveras -rió Stan.

El suelo se cubrió de una alfombra creada con las colillas que tirábamos sin preocupación. Cada vez que las apagábamos con una pisada nuestras deportivas lo hacíamos con asco, era una seña de identidad. Ruiz se

separó de todos para ir a esconderse tras un contenedor de basura cercano que asiduamente los chicos usaban como retrete para los orines.

-Tengo unas ganas de beber un whisky... -informó Otto al resto del grupo.

-Eso es el ansia de los viernes. Tras toda la semana aguantando las chorradas de todo el mundo se echa en falta el momento de relajación del finde.

-Qué razón tienes Cora -me aduló India.

Mientras se posicionaba el pantalón, Ruiz volvió junto a los demás con aspecto de satisfacción. La sirena que anunciaba el final del tiempo de descanso retumbó en el cielo.

-Joder, son pesados y cansinos -se quejó Otto con amargor.

-Esto parece una fábrica de China. Cada vez, yo creo, que nos dan menos tiempo. ¡Cabrones! -exclamó Ruiz con enfado-. No tengo ganas de volver a clase de nuevo. Joder, es viernes.

-Pues quedémonos aquí -se emocionó India como si iniciara una revolución-. Que les jodan.

-Yo me voy a encender otro cigarro -informó Ruiz-. Con calma. No hay que sufrir más de la cuenta.

-Ir a matemáticas ahora... Es un suplicio -las palabras de Lara sonaron racionales-. En viernes...

Ruiz dio las primeras caladas a su cuarto cigarro del día. Fumaba en exceso. Ofreció a los demás como acto de unión. Yo rechace la propuesta. Con uno ya tengo suficiente humo, por día. Creo que en realidad no nos apasionaba el tabaco. Más bien lo utilizábamos para proyectar una imagen de rebeldía indómita de la manera más tonta que teníamos. Stan jugueteó con su teléfono móvil para que sonara una canción de un grupo de música gótica, oscura, de poca calidad artística. Batería acelerada, guitarra acelerada, y una voz gutural que a mi me resultaron desagradables, pero por educación no me quejaba nunca de los gustos ajenos. Los chicos comenzaron a realizar un postureo demencial y majadero en plan de broma al ritmo de la canción. Las chicas miramos con risa contenida los ademanes de pato que realizaban entre risas. Una de las puertas de salida del pabellón deportivo se abrió de improviso. Nos asustamos como chinches ante el jabón. Cuando fuimos conscientes de percibir que el profesor más cabrón de todos los que teníamos nos había sorprendido soltamos los cigarros y detuvimos el desvarío y la música. El señor López. Con su gran cabeza libre de pelo me daba por pensar que él tuviera un

tercer ojo acusador y diabólico. Se comportaba como si fuera un profesor afable, enrollado. Al final, los docentes que intentan hacerse los graciosos y ganarse a los chavales son los que te la meten doblada y te joden las calificaciones de fin de curso. Él, con su bigote casi hitleriano, nos trataba como si fuéramos perros salvajes a los que domesticar.

-¿Qué hacéis aquí? -dijo severo-. La campana ha sonado. ¿No vais a clase? Un mutis generalizado en el foro pareció contrariarle.

-¿Qué os pasa?

-No hemos oído la señal -respondió Otto sosegado.

-Pues ha sonado la campana -aclaró el señor López.

-¿Campana? Yo esperaba un timbre.

India se hizo la graciosa sin gracia en un momento poco propicio para ello.

-¿Te ríes de mí? -preguntó el profesor con sarcasmo.

Su tono de voz amedrentó a la insurgente en una exhalación. Ella miró al suelo y espero que tal ogro fijara su atención sobre otra víctima.

-Empiezo a cansarme de que vengáis aquí a esconderos -dijo al grupo-. El tabaco me da asco. No me gustan las personas que fuman y menos si son niños.

-Bueno -sonrió Lara-, no somos niños.

-Sois unos niños que quieren ir de adultos. ¿Creéis que sois guay?

La orina evacuada del cuerpo de Ruiz avanzó hasta nuestros pies como pequeño río con sus afluentes que se dispersan abarcando territorio. El señor López se agachó, y con la punta de sus dedos se llevó el olor a su nariz igual que un sumiller.

-¿Por qué os comportáis como unos guarros? -nos preguntó al incorporarse-. Sabéis que por aquí salen de clase de gimnasia los críos de cinco años y lo tocan todo, y se lo llevan todo a la boca.

Una risilla descarada surgió de mis adentros al escuchar tal discurso. Sin saber porque. Simplemente se abrió paso desde mi estomago, dando golpes por la garganta, hasta el exterior. Incontrolable.

-¿Te ríes? -me interrogó el señor López-. Qué vergüenza Cora. ¿Tengo

que pensar que has sido tú?

-No, claro que no -negué tajante-. Yo no hago esas cosas, no me ataque.

-Pero vas con quien lo hace -dictó sentencia-. Es lo mismo.

-No nos acuse. ¿Tenemos que haber sido nosotros? Tenga cuidado.

Con un arranque de vitalidad Lara se enfrentó al profesor enrollado, al más cabrón de todos los conocidos, con una pasividad y una seguridad que nadie esperaba de ella, dejando noqueado el apabullamiento verbal de su contrincante.

-Bien. Puedo analizar la orina y saber que es vuestra, es fácil y sencillo de hacer -contraatacó el señor López-. Os pillaría bien, ¿no?

-¿Qué nos va a sacar ADN? -rió Stan.

-Vuestra chulería es grotesca. Menudos guays. ¿De qué coño vais? Con vuestro rollo. Aquí escondidos. Os vestís con pantalones de pijama para crear moda, soñando que la gente os copiará. ¿Creéis que vais a ser guapos siempre? No vivís en la realidad. Es la caída en picado al abismo...

La piel de los mofletes le brilló con cada palabra que escupió como si sudara los bollitos de chocolate que se comía por los pasillos del centro educativo entre clase y clase. Corriendo por comer. Comiendo corriendo.

-Oiga. Me está atacando -se quejó Ruiz-. Está sobrepasando la línea del límite permitido por la ley del honor. No puede decir tales cosas.

-¿Y qué? -desafió el señor López-. A lo mejor llamo a vuestros padres y os monto un poco de complicación en casa. Puede que ellos me escuchen mejor. ¿Os apetece?

-Bueno. Un poco de calma -dijo Otto-. Ya nos vamos a clase.

-Sí. Ahora quieres calma. ¿Os da miedo papá? ¡Fuera de aquí!

El grupo al completo nos retiramos en silencio. Dejamos atrás las amenazas que continuaron llegando a nuestras espaldas hasta salir del callejón. Ninguno teníamos miedo, o pavor, de nuestros padres pero era viernes.

-Menudo payaso -dijo Otto-. Actúa como el matón del lugar. Es un asco de persona.

Ruiz suspiró al dar su opinión:

-Está quemado con su vida.

El vestido negro, plagado de estrellitas doradas, era un poco ajustado. Pegado al cuerpo hasta las rodillas sentía una leve presión en las caderas como si llevara un novio atado que me paseara. Cada vez que salía de fiesta el ascensor se convertía en un probador de ropa donde me despojaba de los pantalones y de las camisetas infantiles e inocentes que me compraba mi madre para vestirme como su muñeca de trapo bajo su estricto y abominable gusto. En cinco pisos de bajada lenta que duraba el trayecto hacía patente mi habilidad para ponerme radiante, a mi juicio. Las paredes acristaladas de la cabina me dieron buen resultado como espejo para poder aplicar un poco de maquillaje en mis pómulos subiendo un tono de intensidad la piel blanquecina de la que era esclava y tantas mofas y chistes soportaba de mi hermano pequeño: un bicho malo del que siempre renegaré. Con pulso firme dibujé unas sugerentes líneas negras en mis parpados con una máscara de ojos que Lara me regaló una vez tras robar en una droguería. Qué santa mano. En un último vistazo cuidé la forma de mi peinado estilo cleopatra. Me gustaba el resultado de mi cabello, oscuro como la tinta, y la separación de mi diente paletos al sonreír. Atosigada por la hora me até las botas de tobillo alto y guardé la ropa de niña buena en mi mochila pequeña que asiduamente usaba como un bolso para guardar el móvil, la cartera con el dinero, y demás parafernalia femenina vergonzosa de nombrar. Esprinté una carrera por la calle para poder llegar a tiempo al lugar donde siempre nos citábamos el grupo, o nos despedíamos, ya que era un punto intermedio de distancia entre los hogares. Cuando llegué estaban todos menos Stan, que nos esperaba en su casa. Bajo la farola número tres contando por la izquierda, según se entra en la plaza Victoriosa por la calle Lehm, nos saludamos y admiramos el aspecto tan bueno que teníamos.

-Estás muy guapa -me dijo Ruiz.

Me entró un agradable calor al oírle y mirarnos a los ojos, chocando miradas. Decenas de jóvenes compartían situaciones alrededor, sentados en bancos, de pie, e incluso tirados por el suelo empedrado. Los vecinos de la zona, unos clásicos en quejarse por el alboroto que producen las reuniones, nunca entendieron que si no hay gente un sitio se muere olvidado. Los jóvenes son la vida. Aunque, bien pensado, éramos como gallinas que pasean su plumaje por el gallinero. Lara llevaba un conjunto de falda corta y camisa de leñador, que se dejaba entrever bajo el abrigo de piel blanca sintética, muy acorde con los cánones de ropa que las revistas de moda acompañan de horóscopos sentimentales para desesperadas por tener el beso de un falso príncipe azul, pero alardean de una vida independiente del sexo masculino. Otto era como un cowboy de

ciudad en el siglo XXI. Su conjunto de ropa jean de diversos colores, gracias a los potentes tintes que manchan todo lo que tocan, abarcaba desde el chaquetón hasta el pantalón pasando por la camiseta que imitaba con un dibujo los pliegues de otra chaqueta vaquera. Sólo le faltaba llevar las riendas de un caballo y saludar con un toque de sombrero del salvaje oeste para que no resaltaran tanto las botas de piel de serpiente que calzaba. India no se alejaba del esperpento de pareja que ofrecía junto a su novio por mucha ropa de precio abultado que se comprara. Clásica, rancia en el tiempo. Indescriptible por mi nulo conocimiento del mundo de la pomposidad donde la marca prima sobre lo original y lo fresco. Con clase y estilo de dandi amable y cordial Ruiz se apretujó en su larga parka negra con un escalofrío. Seguramente los pantalones de pitillo no permitían fluir la sangre por su cuerpo con normalidad al ser tan apretados en los tobillos sobre sus zapatillas de tenis. En general éramos dispares pero amigos. ¿Cuántos pueden decir lo mismo?. Solíamos comprar el alcohol en una pequeña tienda donde el dinero mandaba por encima de la legalidad. Con los supermercados cerrados, pasadas las ocho de la tarde, no había otra opción de abastecimiento. Al leer las etiquetas de las botellas era inevitable que surgiera la pregunta: «¿De qué lejano país se ha importado?», porque los nombres de las marcas comerciales rozaban lo surreal con etiquetas mal dibujadas alzándose entre las preferidas del público adolescente que invadía la tienda, más enana que pequeña, semanalmente. «Frutas Patri» era regentado por una vieja empresaria que lejos de ser amable acumuló cientos de denuncias a causa de proporcionar alcohol a menores convirtiéndola en leyenda. Conocimos tal hallazgo con quince años y nos convertimos en fieles clientes por comodidad. Sin preguntas. La señora Patri bajaba la reja del cierre a la hora indicada por las leyes pero, al vivir ella en el piso superior del comercio, con una voz suplicante se la llamaba a gritos desde la calle hasta que la barrera metálica desaparecía. Aquella noche el negocio estaba disparado y parecían las jornadas de puertas abiertas con visitantes tocando todo, hablando alto, y empujándose eufóricos. La sed de la juventud siempre fue un buen negocio para el bolsillo. Nosotros debatimos sobre la lista de la compra que teníamos en mente.

-¿Cogemos un poco de vodka? -sugirió India-. ¿Qué te parece Otto?

-¿Vodka? Nadie bebe vodka.

-Yo sí. A mí me gusta -dijo ella.

-Pues eso mismo -saltó Ruiz.

-Ya, claro, nadie -se molestó India desviando la mirada hacia su novio que vilmente la ignoró.

-Venga, cogemos vodka -dije con sentimiento.

La cara de India se iluminó de alegría y se apropió de una botella de las estanterías. Ruiz me susurró al oído:

-Qué buena eres.

Me entró la risa. Feliz. Quería cantar para todos por lo que tararé bien bajito unas estrofas de diversas canciones de amor a modo de mensaje telegrafiado. La vieja Patri nos atendió detrás de un mostrador con una velocidad endiablada al ser consciente del colapso del local con tanto cliente queriendo gastar sus billetes y monedas de la rigurosa paga familiar. Sus brazos, con la piel colgando por la gravedad, se movían mecánicamente sin pensar mientras la cabeza erguía en un intento por controlar los movimientos de los adolescentes. Unos rulos amarillos parecían funcionar como antenas rastreadoras. De vez en cuando se encendía la alarma en su cabeza y soltaba alguna perla para su público:

-Con las manos que se vean. Ostricabrones. No quiero chochadas.

Con un vocabulario extraño conseguía mantener a raya los hurtos. Rara vez la entendíamos.

-Bonitos chistos sois. No robéis.

El precio total de nuestra compra fue desorbitado. Contamos cada céntimo propio como oro en barras. Con la precaria economía que teníamos nos dolió despojarnos del poco dinero que jamás ahorrábamos. La vieja Patri quedó satisfecha con la transacción y nos empujó verbalmente a que dejáramos paso al próximo cliente. Su sonrisa muerta se nos atragantó con los malos modales que utilizó. Los chicos cogieron las botellas enfundadas en bolsas como siempre hacían para que no las tuviéramos que cargar nosotras y salimos a la calle. Otto se agachó e hizo inventario.

-Vino, dos. Ron, dos. Coca, cuatro. Tequila, uno y dos. Naranja refresco, tres. Cerveza, cinco... Creo que está todo.

-Joder. Solo faltaba que la cochina rata se hubiera quedado algo, lo que nos faltaba -dijo India-. Menudos precios tiene la pirata.

-A mí me ha dejado tiritando el bolsillo -se quejó Lara con pena sufrida.

-Tranquilos -sonrió Ruiz-. La vieja ha pagado el impuesto revolucionario.

Descubrió dos botellas de cerveza grandes del interior de su parka. Nos reímos como hienas.

-Pero, ¿cuándo has robado eso? -pregunté curiosa.

-¡Ah! -exclamó-. Ese es el truco. Que nadie lo sepa. Estas manos son pequeñas pero hábiles y raudas.

Con cara de pillo y haciendo muecas de victoria guardó el botín en las bolsas con las demás botellas compradas legalmente. Juntas eran iguales. Caminamos por las calles a nuestro ritmo. Arrastramos los pies sin estar cansados. Ladeamos los movimientos de los brazos. La gente se fijó en nuestras poses. Hicimos payasadas para llamar la atención. Nos sentíamos estrellas de fama mundial. Éramos únicos. Las chicas andamos separadas de los chicos que toqueteaban las puertas de los coches aparcados porque querían dictaminar qué modelo era más cómodo al tacto. Buscaban gamuza metálica. Metal suave y acolchado. Otto decía que existía. El camino a casa de Stan era largo pero preferimos andar en vez de coger el metro o un autobús urbano porque nos apeteció andar y mostrarnos. Yo soñé multitud de veces despierta con que algún famoso se nos cruzaba por delante y se quedaba prendado por mí y me acogía como un mecenas, como un padrino musical, como un padre adoptivo, y yo como su amante lolita prodigio... Era jocosos, deslumbrar a un famoso y ponerle los pies en el suelo.

«Nene, siempre va a existir alguien mejor que tú. Más guapa y más esplendorosa. Y ese alguien soy yo. Cora».

Era infantil.

-Mirad esto -llamó Otto junto a un deportivo-. Está abierto.

Desplegó la puerta del conductor mostrando el interior del coche. Alta gama. Los asientos bien trabajados en cuero negro daban la impresión de ser unas consulta de psiquiatra con sus sofás y divanes de piel cara y reluciente. Los cinco metimos la cabeza dentro para respirar el olor especial del lujo. Los chicos hablaron de especificaciones técnicas del motor, la aerodinámica y no sé cuántas cosas más que a mí no me llamaban la atención. El coche era raro, de eso no había duda.

-Está guapo -dijo India-. Parece el de mi tío pero más... Grande, en todo.

-Joder -soltó Ruiz-. Es que esto es de ricos. ¿Qué millonetas será el dueño? No debería alejarse demasiado si no quiere que se lo dañen.

-Ya me gustaría estar montado en el euro para darme caprichos así -opinó Otto con desesperanza-. Asco de dinero, soñar con tenerlo y tenerlo para soñar.

“Muchas cantantes de hip-hop aparecen con coches de este tipo en sus

perfiles de redes sociales A mí me quedaría bien”, pensé.

-Grandes coches, grandes pollas -rió Ruiz-. Pobres ricos, que penas son.

Una voz belicosa nos llamó la atención por la espalda, a lo lejos. Al girarnos vimos como un viejo energúmeno nos increpaba andando deprisa, porque correr no pareció que fuera sano para él.

-¡Fuera de aquí! -dijo soltando bilis-. ¿Qué coño hacéis?

Nos apartó con empujones moderados por no ser capaz de acumular más potencia en sus brazos. Alterado, sacó una llave y cerró el coche con ciertas miradas amenazadoras.

-Solamente lo estábamos mirando -le respondió Ruiz con la mejor de sus sonrisas cautivadoras.

-Admirando más bien -añadió Lara-. Tiene un buen automóvil, señor.

-Os jodan niños -insultó el hombre-. Admirando... Mucho cuidado. Ladrones de mierda.

Con una barba blanquecina bien perfilada y su traje de ejecutivo pareció un “Papá Noel- bróker de Wall Street” escondiendo su tripón con una faja de abuela. El dinero no da tantos gustos. Tanto dinero para un coche y no se arregló el físico. Pobre rico.

-Oiga, tranquilo -pidió Ruiz-. Sin faltar, señor.

-¿Quieres que llame a la policía? -amenazó el viejo con un flamante móvil de última generación en su mano derecha-. Marco muy rápido.

-El coche estaba abierto -explicó India con cara de asustada-. De verdad. ¿Por qué tiene que pensar mal de nosotros?

-Listos que sois -regurgitó bilis de nuevo el viejo.

-Anda y que te folle un cerdo -le insultó Ruiz-. Anda y que te jodan viejo mierdoso.

-Niño estúpido -se encaró el hombre-. La policía te enseñará...

Un cúmulo de personas alrededor se detuvieron interrumpiendo su trayecto para disfrutar de un espectáculo social gratuito. Curiosos, por divertirse, se sentaron en los bancos de la calle. India se ancló al brazo de Otto cuando el viejo comenzó a hablar por el teléfono.

-Sí, sí. Me han abierto el coche...

-Vámonos -sugirió Lara.

Retrocedimos despacio sin dejar de mirar atrás para ver como el viejo siguió insultando al mismo tiempo que mantenía una conversación por el móvil. Ruiz sacó de las bolsas de las bebidas una botella de cerveza y la lanzó, con todas sus fuerzas, contra el coche deportivo, caro, con interiores de cuero negro, de buen olor. Los viandantes gritaron de pánico al estallar la cristalera delantera del automóvil. El viejo podría decirse que sufrió un síncope. Nosotros corrimos como gacelas desbocadas que luchan por salir del fuego en el fuego. Echamos el hígado con cada zancada pero nos sentimos bien. Vivos y jóvenes.

-¡Te den! -reía Ruiz-. ¡Cabrón, rico de mierda! ¡Pobre rico!

Él me ayudó a seguir corriendo. No permitió que me detuviera.

La casa de los padres de Stan estaba ubicada cerca de la zona de las embajadas. Un lugar privilegiado. Todos nosotros pertenecíamos a familias un poco por encima de la clase media, por eso nos matricularon en el sector privado, pero no llegábamos al nivel de Stan que tampoco era millonario pero se colocaba por encima del resto. Tras un muro de piedra de dos metros de altura se escondía una especie de palacete, con sus columnas dóricas incluidas, al que se accedía por un portalón de madera brillante después de haber atravesado un jardincillo con la hierba cortada profesionalmente para que todas las hojas verdes mantuvieran la misma altura relajante para la vista humana. Stan nos recibió muy contento, algo distinto a él porque su estado de ánimo era de expresión nula. La música acompañaba las conversaciones de la gente que llenó el gran salón de la casa. Stan era listo y en cada fiesta que hacía retiraba por completo la estancia para evitar posibles accidentes con los muebles que tanto preocupaban a sus padres cuando se marchaban de viaje. Nosotros nunca los vimos. Solo conocimos el gran salón como una superficie amplia y libre de impedimentos para bailar y descarriarnos sin obstáculos físicos. Los invitados, en su mayoría, fueron otros alumnos que conocíamos de vista del centro educativo y otros surgieron del barrio del anfitrión mezclados con absolutos desconocidos que siempre son amigos-de-amigos-de-algún-primo-amigo. Menores y mayores de dieciocho años pulularon con alegría. Stan emitió un grito de júbilo al evacuar el contenido de las bolsas que llevamos. Automáticamente quitó el precinto del cierre de una botella de vodka e ingirió un largo trago. Nos sorprendimos con la hazaña.

-Qué loco estás -le dijo Ruiz.

-Sí -respondió-. Me han invitado a un tiro de speed y ando acelerado.

-¿Hay más? -preguntó India.

-No -torció el morro Stan-. Era de uno que ya se ha marchado. Sólo me ha dado un disparo. Pero, madre, qué calidad.

-Venga, vamos a beber algo -sugirió Otto-. El mamón ya está servido.

Reímos animados por el ambiente. Comenzamos a beber combinados y nos integramos con la concurrencia. En reuniones de tal índole hablas y te relacionas con distintos estratos del centro educativo a los que entre semana no haces caso porque cada uno tiene su vida. Otto e India se disolvieron entre la gente para ir a su rollo, en plan pareja. Lara se puso a conversar con una chica con un vestido victoriano de papel de colores para explicarla un poco de Historia del mundo y su influencia en las modas. Yo bebí un poco de ron suavizado con tres cuartas partes de refresco de cola carente de gas con la sensación de paladear petróleo en mi lengua. Stan, unido a una pareja de «novios koala» -son aquellos que no dejan espacio entre ellos- muy monos y recatados, hacían esfuerzos por convencernos a Ruiz y a mí del poder de la mente para mover objetos. Disfrutábamos de una buen velada.

-Creo que los jóvenes podremos conseguirlo -dijo Stan-. Como parte de la evolución. Mutaremos. Nos toca turno. La gente mayor es como si tuvieran atrofiado el cerebro y no pudieran más que hacer lo básico.

-Todo por su falta de visión -reflexionó el «novio koala»-. No se lo proponen.

-Pero, ¿vosotros podéis mover cosas con la mente alegremente? -me reí.

-No -negó Stan-. Pero con el tiempo... Mutaremos.

-Entonces estamos igual que ellos -dijo Ruiz.

-Por ahora tenemos la misma mente que los viejos actuales -intervino la «novia koala».

-En eso yo no me incluyo -repliqué-. Mi mentalidad es distinta a generaciones pasadas. Pienso distinto.

-Estoy de acuerdo con ella -me apoyó Ruiz-. La gente mayor anda por ahí distinta a nosotros, los jóvenes.

-¿De qué manera? -preguntó la «novia koala» con expectación ante haber

encontrado el símbolo de la pareja perfecta en nosotros.

-Ellos andan como hartos de la vida. Quemados. Sin ganas de nada - aclaré solemne-. A mí no me verán nunca así.

-Sí. Cuando veníamos hacia aquí hemos tenido un encontronazo con un viejo tonto y creído -dijo Ruiz-. El hombre era asqueroso. Con una mala hostia que se notaba que le come por dentro los intestinos.

-¿Pero qué os ha pasado? -se asustó Stan con la mandíbula forzada-. ¿Algo preocupante?

-Nada de eso -rió Ruiz-. Se puso un poco tonto y ya está, no tiene importancia.

-¿Qué hicisteis? -preguntó el «novio koala» chocando su cara con la de su pareja feliz, como dos lapas.

-Una botella voló por el aire para caer en su coche -aclaró Ruiz-. Sin más.

Stan se carcajeó saltando como si tuviera muelles en los pies. Celebró la respuesta y besó el cuidado peinado de Ruiz. La «novia koala» me miró dubitativa.

-Dices que ellos piensa, tienen la mente, de manera distinta. Quemados por la vida. Y nosotros no porque somos jóvenes... Pero puede que cuando lleguemos a su edad nos ocurra lo mismo.

El «novio koala» se llevó con disimulo a su “novia koala” al percatarse del enfado que proyectó mi dedo medio -o, tercero- derecho seguido de un «que te jodan». Stan me pidió calma, un poco alterado por el speed, y Ruiz me apartó a un lado dedicándome una sonrisa cómplice que me supo a gloria. Encontramos a Otto e India con otro personaje desconocido con aspecto de punki retrofuturista. La cresta de pelo en su cabeza ostentaba colorines que parecían manchas de pintura seca. Escondía su mirada tras unas gafas de plástico finas amarillas fosforitas y las mallas de estampado de cebra naranja agobiaban sus testículos por lo que no paraba de tocarse con las manos el pubis. Actuaron como alquimistas, metiendo pastillas en las botellas de refresco mezcladas con alcohol.

-¿Qué hacéis? -les preguntó Ruiz-. ¿Es droga?

-Ya quisiera yo -reveló Otto-. No. Es paracetamol y alguna aspirina.

-Una bomba -se burló India.

-Una guarrada es lo que parece -dije.

-También hay medicamento para el corazón.

-¿El qué? -se sorprendió Ruiz.

-Pastillas para problemas cardíacos. Las tengo de mi padre que anda con el corazón pachucho.

El punki agitó una de las pócimas como si actuara en un escenario ante un gran público erudito.

-¿Eso hace algo? -preguntó India-. Quiero decir, ¿cómo afecta?.

-Claro que sí hace algo -respondió el punki-. Yo lo bebo. Mírame.

-Sí, no hay más que mirarte para darse cuenta de que hace algo, y no precisamente bueno -me reí en su cara.

El punki no pareció sentirse molesto. Ensimismado en elaborar sus caldos se dio importancia con posturas estridentes y físicamente dolorosas. La pose es la clave del éxito.

-¿No será peligroso? -pensó en voz alta Ruiz-. Medicinas del corazón...

Stan apareció de improvisto con más vitalidad adquirida de manera química. Los ojos se volvían locos en sus cuencas. De todos nosotros era el más peligroso toxicológicamente.

-¿Qué es eso? -bromeó agarrando una botella preparada-. Qué buena pintaaaaa.

-Es un mejunje guarro -le advertí.

-No seas así Cora -me respondió India-. Lo hemos hecho nosotros.

-Aquí el amigo -Otto señaló al punki-. Hace pociones raras.

-Hay que probar entonces -dijo Stan y bebió con el beneplácito del «mago punki»-. Es vomitivo. Sabe a batería de coche -escupió después.

-Puede que sea un ingrediente -rió con malicia el punki.

Stan volvió a marcharse para ir de invitado en invitado con la botella preparada. Ruiz y yo abandonamos a Otto e India con el extraño, a la par que repelente, retrofuturista zumbado. En el centro del salón un grupillo de cuatro chavales realizaban una coreografía moderna como las que se ven en los programas de la televisión que supuestamente promocionan

talentos. La unión del break beat con el beat box y la chabacanada me enfermaron retorciendo mis tripas. Vimos a Lara intentando seguir el ritmo de los bailarines para unirse a ellos bajo las palmadas de los presentes. Nos juntamos, como una pareja más, con otras dos chicas, de rollo tranquilo y muy normales, sin ningún complemento ostentoso o llamativo, que discutían sobre estudios.

La chica uno con su pelito rubio, se angustió con su futuro y lo compartió con la chica dos, de cabello rojo.

-No entiendo. ¿Por qué estudiar? Es aburrido. No hacen más que tocarme los ovarios con los aprobados y los suspensos.

-Es molesta la presión de los padres -filosofó la chica dos con cara de interesante.

-¿Tanto sufres? -le pregunté a la chica uno.

-No paran de repetirme que mi futuro depende de los estudios. Siempre igual.

-Son padres -dijo Ruiz.

-Estudiar es un trámite -opinó la chica dos-. Hay que pasar por ello.

-Se estudia para conseguir un papel que lo acredite y poder optar a un trabajo un poco digno -Ruiz bebió un sorbo de un vaso perdido, medio vacío, que alguien olvidó en el suelo-. A mí no me gusta pero son de esas reglas de la vida que joden.

-Y tú, ¿qué quieres ser? -preguntó la chica uno a Ruiz.

-Cualquier cosa que me permita vivir con gusto.

-A mí me gustaría ser veterinaria -dijo la chica dos-. Me gustan los animales. Aunque no tenga mucho futuro en ello, cada vez hay menos.

-Yo no sé qué quiero ser -meditó la chica uno-. ¿Y tú, cuál es tu plan?-me preguntó.

-Yo voy a ser famosa.

-¿Cómo? -se alertó la chica dos-. ¿Quieres ser famosa?

-No es que quiera. Es que voy a ser famosa. Voy a ser una de las mayores artistas de todos los tiempos. Lo sé. Es mi destino. Mi futuro. Mi voz

encandilará el mundo.

-Vaya -dijo confusa la chica uno-. Es increíble. ¿Cómo lo sabes?

-Lo sé porque lo siento. Es y será así. Canto como los ángeles y tengo un halo poderoso.

-¿Qué pasa si no lo consigues? -molestó la chica dos.

-Eso no es posible -respondí con odio.

-Es una posibilidad -continuó ella-. Puede que no ocurra.

-Voy a ser famosa. No quiero nada más. No hay opción. Voy a ser una gran estrella de la música. El espectáculo me llama en la sangre. Y, si al final, no sucede... prefiero morir. No quiero vivir si no soy famosa.

-Increíble -abrió los ojos la chica uno-. Lo tienes tan claro. Me encantaría ser igual, es admirable tu pasión.

-Sólo hay que querer -respondí como consejo-. Vívelo dentro.

-Esto es parte del atractivo de Cora -apuntó Ruiz poniendo su brazo derecho sobre mis hombros-. Ella es así.

La fiesta continuó vertiginosamente. Todo el mundo sufrió los efluvios de las bebidas combinadas de maneras singulares. Muchos de los invitados se comportaron como zombis sin saber como encender una cigarrillo o sin poder evitar rascarse la cabeza por un pico fantasma. Bebimos, bailamos, y fumamos como adultos perversos y pervertidos. La luz de la gran lámpara colgante en el techo fue decayendo frente al avance del humo condensado y el vapor de las sudoraciones. Una de las premisas de las reuniones era cerrar a cal y canto las ventanas de la sala para mitigar la contaminación acústica que se perdería en el exterior sin ser aprovechada. El lugar se vació paulatinamente según la madrugada avanzó. Las horas límite de retorno al hogar impuestas por las figuras paternas arrastraron a la gente hacia sus madrigueras hasta que no hubo nadie más que el grupo de amigos habitual. Sin música. Entre restos de porquería esparcida y sentados en el suelo.

Nos sentíamos perjudicados pero complacidos. Ruiz estaba delante de mí, relajado, casi tumbado con un codo hincado. Lara se rascó los ojos, molesta por el picor que sentía, a mi derecha. Stan fumaba junto a ella un cigarro apagado y consumido por la mitad sin percatarse, como si pensara en resolver una incógnita matemática. Por mi lado izquierdo Otto e India cerraban el círculo tribal asiduo muy acaramelados y empalagosos.

-Esto está decayendo -dijo Ruiz.

-Son los momentos singulares de la noche -añadió Lara. Intenté proponer una buena idea:

-Podríamos hacer algo. Un juego.

-¿Un juego? Juguemos a «yo nunca» -se apresuró India queriendo protagonismo.

-No -dije seca-. Podríamos jugar a cantar. Cada uno puede cantar una canción. Libre elección. El resto puntuamos como jueces.

-Noooo -estiró la voz Otto-. Eso no. Qué horror. Otra cosa por favor.

Otto me amargó. No me esperaba una insolencia de él. Fue como romper una hoja verde caída de un árbol. Desagradable, rancio en su hacer.

-Tenemos que jugar «al azar» -ordenó Stan.

-¿"Al azar", ahora? -se asaltó Lara-. Sí que te encuentras saturado hoy.

-Venga. No pongas muros -alentó él-. A fin de cuentas lo hacemos casi todas las semanas.

-Si quieres -cedió Ruiz-. Es tu casa, tú dices.

-Bien -se alegró Stan entrecerrando los ojos-. Aquí tengo un dado -mostró al sacarlo de un bolsillo de su pantalón.

-Increíble -dijo India-. ¿Llevas siempre un dado encima?

-Este chico es muy raro -susurró Otto entre risas a modo de broma.

Yo noté algo misterioso, maquiavélico diría, en Stan.

-¿Quién quiere ser el primero? -preguntó.

-Dame el dado -pedí con prisas-. Así termino antes.

Hice mover el dado dentro de mi mano izquierda. Escogí la siniestra para lo que me resultaba siniestro. Lo vi justo. Con mi lanzamiento contra el suelo se decretó un tres. Línea de puntos que muestran un camino.

-Un tres -atestiguó Lara-. Tienes que contar hacia tu izquierda. En sentido de las agujas del reloj.

-Ya, ya sé las reglas -miré mal por no haber apoyado mi iniciativa de cantar. Más saludable.

Ruiz me enseñó una leve sonrisa al percatarse de haber sido elegido. Se levantó para colocarnos juntos, de pie. Cara frente cara. Mirándonos con intensidad.

-Vamos. Empieza -pidió Stan con fervor estúpido.

Las manos de Ruiz se amoldaron a mi cuello con suavidad. Él siempre era cortés. Cuando comenzó la presión de sus dedos se disparó mi ritmo cardiaco. Desconozco si el haber tragado el mejunje del punki retrofuturista influyó en mi cuerpo porque ese era el efecto común que me provocaba tener contacto con Ruiz. Las uñas me rasparon como agujas de hilo. La presión aumentó de forma súbita. Nuestras miradas se encontraron. El no ser capaz de respirar tensó los pelos de mis brazos. El instinto me impulsaba para zafarme. Por unos instantes era suya. Con la garganta encajada en su poder. Asfixiada de amor. Sintiendo el calor de la sangre en la cabeza, con la cara enrojecida, y el cuerpo temblando de placer a causa de sus heladas manos. Al final, cuando estaba en éxtasis, mi cuerpo se llenó de aire con una gran bocanada al ser liberada. Era perfecto. Era mi hombre ideal. La figura masculina que me acompañaría en la vida. Me entró una tos incontrolada. Lara me pasó un vaso con agua sin saber de dónde había salido. Con un par de tragos fui recobrando la normalidad. Tenía los ojos llorosos. Suspiré relajada. Los aplausos se sucedieron levemente emocionándome.

-¡Guau! -exclamó India-. Ha sido maravilloso, increíble.

-¿Estás bien? -me preguntó Ruiz siendo todo un caballero.

Le dije que sí. Sonreí cómoda. Palpé mi cuello dando un masaje a la piel. Con un par de pasos a los lados me establecí por completo.

-No queda nada de bebida -informó Otto.

-Qué putada -se quejó India.

-¿Qué hora es? -preguntó estoica Lara.

-Son las dos de la madrugada -contestó Ruiz tras consultar su reloj de pulsera-. Va a tocar buscar un chino que nos venda latas. Voy yo y así me da el aire.

-Perfecto -celebró India-. No me apetecía nadaaaa ir yo. Otto la censuró con un chasquido de los dientes con la lengua.

-Espera -dije-. Voy contigo Ruiz.

-Nosotros tiramos el dado -la voz de Stan fue profunda.

En la calle se podía ver, a la luz de las farolas, cómo los puntitos de hielo flotaban en el ambiente. Según caminamos nos encontramos con pandillas de borrachos excedidos en su juerga, personas perdidas sin rumbo, y parejas que, juntitas, compartían su amor con un paseo. A pesar de las horas intempestivas, la actividad de la ciudad era notable gracias a los insomnes voluntarios. Los neones de los comercios, con el cierre bajado, eran como pequeños soles de colorines y formas extravagantes. Todo muy falso, pero real. Los basureros removieron los desperdicios en la acera a nuestro paso con lo que tuvimos una bofetada olorosa de progreso como si fuéramos los culpables de tanto daño. Conseguimos dar con un chino que, apoyado contra una pared, exhibía una lata de cerveza bajo sus pies sin dejar de prestar atención a cualquier movimiento a su alrededor. Por primera vez desde que salimos de casa de Stan pude volver a escuchar la voz de Ruiz. Había mantenido un silencio intrigante y preocupante durante el recorrido andado. Al igual que yo, sin saberlo o reconocerlo. Éramos parcos en palabras.

-Hola -se dirigió Ruiz al chino, de edad cercana a la treintena, con cara de poca camaradería-. ¿Vendes cerveza?

En dos segundos asintió sin sonreír, una cosa que me llamó la atención porque siempre me había encontrado en mi vida con chinos de sonrisa falsa -pero sonrisa a fin de cuentas-, que es algo de destacar.

-¿Cuántas quieres? -preguntó el vendedor clandestino.

-¿Precio? -comerció Ruiz-. ¿Baratas, uno con cinco?

-No, no, no -se molestó el chino ante un posible regateo al que no estaba dispuesto a entrar-. Dos. Dos entero.

Ruiz frunció el ceño ante la actitud que mantuvo su rival.

-Serán tres latas -pidió en voz baja.

-Tú espera -mandó el chino y se marchó para meter la mano en los bajos de un coche aparcado frente a su posición.

Tirado en el suelo forcejeó con su mercancía oculta hasta volver con nosotros y ofrecernos el pedido seleccionado mientras Ruiz contaba

monedas en su palma derecha el precio final.

-Gracias por seis -dijo el chino sin sonrisa. La despedida fue agrí dulce.

Conseguimos lo que queríamos pero a un precio elevado como era costumbre en nuestra vida.

-Menudo listo es -dije a Ruiz.

-Hombre -se encogió de hombros-. Puede pedir el precio que quiera. Esto es así.

-En todos los lados nos sacan el dinero.

-Siempre podemos no pagar. Bajé la mirada. Tenía razón y me sentí avergonzada.

-No te lo tomes a mal -dijo-. No quería molestar.

-No, no pasa nada.

Ruiz me detuvo agarrándome de un brazo y me besó. Fue la sorpresa más sorprendente que me había sorprendido en mi vida. Me quedé clavada. Sin reaccionar, como una estatua callejera.

-¿He hecho mal? -me preguntó tenso.

-No, yo...

Le besé. El sorprendido fue él. Asustado, pero con premio. El tiempo transcurrió sin darnos cuenta. Debimos de estar unidos por los labios una eternidad insuficiente. No importó lo gélida que fuera la noche. Nuestros cuerpos fueron como calderas monstruosas con el efecto devastador de un volcán. ¡Qué ganas de cantar las alabanzas del amor!. Nos acercamos a un parque para sentarnos en un banco de piedra antigua iluminado por un hotel aledaño. Los besos que intercambiamos fueron sublimes, tiernos, adolescentes, libres, con el cosquilleo propio de un insecto andando por tu piel.

-¿Quieres que volvamos? -me preguntó-. ¿Tienes frío?

-No. Podemos quedarnos un rato. Estoy bien, muy bien. Además está muy raro Stan. No sé, ¿no lo notas?

-Ese nació raro -rió-. No tiene importancia. Anda drogado todas las semanas -abrió una lata que le ofrecí sin pedírmela.

-No lo sabía. Lo he visto muchas veces pero no como hoy, parece distinto, como poseído.

-Está un poco mal desde hace poco tiempo. Hasta me ha dicho que se quería operar la cara. No se soporta.

-Vaya. Ni idea.

-Es lo que tiene ser gótico.

-¿Qué es lo que se quiere operar?

-La cara. El rostro. Ser otra persona. Nada de arreglitos de estética. La cara entera. Es enfermizo.

-Yo que creía que conocía a Stan.

-Esto te lo cuento en plan reservado. Entre tú y yo.

-No soy una chismosa.

-Lo sé, lo sé, y me gusta.

-Es triste no querer ser quién se es. Pobre.

-Yo he probado a que cambie de idea pero... Se flagela. Aunque suena tan fantasioso hacer una operación de ese tipo que no creo que sea posible. Es de película barata.

-A lo mejor necesita una novia -sugerí sonriendo.

-Le gusta Lara -dijo él escapando otro secreto-. Pero se vuelve tonto diciendo que no le hace caso y que es culpa de su rostro.

-Bueno, puede intentarlo. A veces sale bien.

-¿Cómo a mí? -me besó despacio.

-Como a mí -contesté colocándome por encima de él.

Corazones calientes.

El sonido de las sirenas de las ambulancias fueron como un prelude fatalista. Al regresar a casa de Stan una muchedumbre compuesta por agentes de policía, enfermeros del servicio de emergencia, y vecinos

curiosos formaban una pared infranqueable.

-¿Qué hacemos? -pregunté a Ruiz sin soltar su mano derecha con miedo.

-Algo nos dirán.

-No. Vámonos -le pedí.

-No podemos irnos. No sabemos nada.

-Vámonos -repetí.

Con incertidumbre nos abrimos paso entre el tumulto hasta la primera línea acotada con una banda de plástico vigilada por un policía. Vimos salir por la puerta del muro un sanitario empujando una camilla que ocultaba un cuerpo bajo una manta de aspecto metálico dorado.

Abracé a Ruiz.

-Me quiero ir -le rogué-. Por favor.

-No podemos abandonar a nuestros amigos -le tembló la voz.

Nuestros amigos, como en una procesión de santos -o mártires- fueron desfilando, zarandeados por los policías, hacia varios coches para llevárselos. Irreconocibles. Con la cara caída. Destrozados como personas. Fue triste y doloroso ser espectador. Hundí la cabeza en el hombro derecho de Ruiz. El miedo, disfrazado de vergüenza, me llamó con histeria:

-¡Cora, ayúdanos! Ruiz me obligó a levantar la mirada para atender las suplicas.

-Es India.

Ella no logró escapar del yugo de autoridad que la escoltaba. Nos señaló. Habló con un agente de policía. La maldije, y unos brazos uniformados nos separaron, a Ruiz y a mí, con la potencia de un porrazo ante la perseverante negativa que exteriorizamos. Me obligaron a entrar en un coche patrulla. Antes de iniciar la marcha pude ver como Otto salió de la casa. India gritó sin fondo a su encuentro:

-¡Se ha matado! -se derrumbó sin ayuda que la sostuviera.

El conductor me lanzó una mirada vacía. Durante días, meses, y un año tuve que soportar los discursos de mis padres. Conciliadores y agresivos al mismo tiempo. Me preguntaron una y otra vez : «¿Qué ocurre para que

un chico de tu edad se corte el cuello delante de sus amigos?»

«El azar», respondía yo como panacea. Los rumores corrieron por los sectores sociales colocando el amargo sello de apestados al grupo. Muchas mentiras se dijeron, y alguna verdad. Stan fue el que escogió acabar con todo pero al final fue como si los cinco amigos restantes le hubiéramos acompañado. Mis padres me obligaron a romper relaciones con todo lo conocido y fui arrastrada lejos, muy lejos. Entiendo el afán de proteccionismo que mantuvieron pero, siendo sincera, podría haber ocurrido en cualquier lugar y a cualquier persona. No volví a ver a nadie. No volví a besar a Ruiz.

Tampoco él dio señales de acercamiento.

Ni él, ni Lara, ni Otto..., ni siquiera India. Nadie. Todo cambio bruscamente y de repente. Yo continué siendo igual.

Estas cosas ocurren cuando se es joven.

No hay que darle mayor importancia.

Capítulo 2

RICARDITO NIÑO BONITO

Una pareja de moscas da vueltas sin rumbo. El ambiente dulzón las atrae. A pesar de estar en sus últimas horas de vida se muestran con una energía repulsiva que desagrada e incordia con cada aleteo revoltoso. El olor a vino tinto es mezclado con el de las olivas bañadas en vinagre y el rico ambiente exhalado por los comensales. Los carteles de épocas pasadas con motivos taurinos cuelgan de las paredes lejos del colorido que portaban hace años. El suelo del lugar es sucio siendo un valle de palillos mordisqueados y salivados con montículos creados por las gráciles caídas de las servilletas de papel manchadas por los labios de quienes pisan las baldosas ennegrecidas por el calzado de varias generaciones. Tras la barra metalizada del bar el camarero chupa un caramelo mientras sirve cafés. Un grupo de ancianos atiende la pantalla del televisor que retransmite una corrida de toros. Acarician sus barbas canosas mal perfiladas, resoplan como jueces henchidos de poder y sorben el añejo de sus copas bajas apurando las ansias. Absortos maldicen la faena televisada como si la plaza estuviera con ellos.

-Ni puta idea -sentencia una voz cascada.

-Es muy joven todavía -acompaña otra.

Los naipes vuelan en una mesa contigua. Los golpes a la voz de «¡Órdago!» irrumpen llamando la atención del camarero.

-Josito que te joden hoy -ríe.

-Calla coño -brama el aludido-. Todo el día con la argamasa para que me jodan también aquí.

Hay risas cómplices, amistosas y de fraternidad anacrónica siendo el mundo más allá de las puertas ignorado. No pueden con sus vidas pero aquí permanecen dando lo mejor de ellos en cada tarde de esparcimiento egoísta. Un niño, apartado en una esquina, golpea los botones de una máquina recreativa. Se agita de un lado a otro ensimismado frente a la pantalla. Su muñeca hace bailar con toques precisos el pequeño mando que mueve su héroe digital. Sentado sobre un taburete que le permite adoptar una postura alzada desgrana en pequeñas dosis rabia y sonrisas. Le encanta el tacto de los colores en los botones. Su mente se mecaniza en cada movimiento.

-¡Coño! -maldice-. Mierda juego chino.

-¡Ricardito! -llama el camarero-. Cuidado con la máquina.

-Es una mierda el «estrafaiter» que tienes.

-Bueno, pues cuidado que es mi máquina.

-Pues tu máquina de china es vieja y mierda. Una mierda -se le suben los mofletes al niño.

-Pues no juegues más, joder.

-A la mierda mis monedas -golpea los mandos de control con ira contenida.

-¡Oye! -se enfada el adulto-. Mira que te echo de mi bar. No quiero molestias. Pues no...

-Pues... -muestra un aspecto burlón antes que el infantil con sorna-. Venga Jaime.

-Demonio de niño.

El hombre no puede seguir el humor del niño y señala la puerta del local con su dedo índice derecho amarillento y de uña extensa cuidada.

-Te vas...

-Venga Jaime -sonríe el niño-. Dame un par de monedas, por la caca de máquina. Un par de partidas ná más.

-Demonio de niño -ríe el hombre desde la barra-. Anda, acércate galopín.

El niño, Ricardito, salta del taburete como un muelle de juguete hasta la barra. Baila una particular danza para deleitar a la compañía con su vivaz y desenfadada alegría. Recibe unas monedas que agradece y dedica una sonrisa a cada una de ellas. Corre de vuelta a la máquina que hierve su sangre. Retoma su rabia, su mal gesto ante la pantalla luminosa.

-Será vieja la jodía máquina... -carcajea el camarero sin perder de vista al niño-, pero tiene vicio.

-Vamos chino -se anima Ricardito.

Dos clientes acompañan en las risas al camarero buscando halagar a cambio de que les rellenen los vasos de vino con un descuento gratuito. No es mentir, es necesidad. Las personas hoy en día tienen sed y el bolsillo vacío de capital como pozo sin agua. En sus costumbres se ha impuesto la supervivencia de rituales pasados y acaudalados a pesar de

no poder costearlos. Los aficionados taurinos son vocación de expertos profesionales comienzan a provocar alboroto ante el espectáculo televisado.

-Con ese toro abueñado se caga de miedo. Qué vergüenza.

-Qué poco arte coño.

-Estos jóvenes no se pueden llamar maestros joder.

Cargan con furia contenida sobre el diestro que se muestra en primer plano por la televisión. Cierra los ojos y suspira escondido tras una barrera.

-Cagoentó, mierda de faena. Al precio que están las localidades es de juzgado.

-Estos añiños están por la tela solamente.

-Vergüenza debería dar a su familia parir tal cobarde.

Las quejas hacen que el camarero preste atención a su compañía y desgaste el caramelo en su boca con nerviosismo. Arrastra una vieja bayeta amarillenta por la barra con fingido esfuerzo. El teléfono del bar suena con una melodía arcaica como si alguien agitara una lata de metal llena de bolitas. El camarero abandona la tarea de limpieza, escupe el caramelo gastado por la saliva en el interior de un vaso sucio y con celeridad contesta el aparato tras un carrasqueo que suaviza el tono de su voz.

-Aquí el bar Orión. Sí, soy yo. Hombre Carmencita... Sí, sí está aquí. ¿Con él? Pues espera que te paso con tu niño. Venga guapa.

El hombre apoya el auricular contra su pecho y llama al niño Ricardito con autoridad, pero sin la fuerza de una figura paterna.

-¡Ricardito, ven aquí!

-¿Qué huevo quieres? -se enfada el crío-. Ahora no.

-Ven aquí ahora. Está tu madre al aparato.

-¿Y has dicho que estoy aquí? Joer, Jaime.

-Ven aquí y habla con ella. Deja ya la maquineta.

-Mierda china -golpea los mandos.

Se acerca a la barra compungido como si conociera la conversación maternal de memoria. Mira con cara asqueada al camarero que le sonrío al ceder el teléfono.

-Hola mami -contesta el niño por el auricular-. Sí, estoy aquí. Vale, ahora en un rato. ¿Ahora, ya? Sí, el abuelo. Está conmigo. ¿Ahora? Joer. Vale, vale, vale. ¡Ahora vamos!

El crío suelta el aparato con hastío. La sonrisa del camarero le molesta.

-¿Te vas a casa Ricardito?

-Me voy un poquito a la mierda -contesta el niño desagradable.

-Estas mujeres -lanza con sorna el hombre.

-¿Y mi abuelo?

-En el comedor. Parece que no le entusiasma la corrida y estará haciendo un sueño. Ten cuidado que no hay luz y puedes tropezar, ten cuidado de verdad.

-Qué rata eres Jaime -increpa el crío.

-Qué ahorrador soy que no veas la factura.

El niño Ricardito marcha por un pasillo estrecho hasta una sala a oscuras que preside un cartel anunciando "Comedor". Entre penumbras agudiza la vista apretando los parpados en un intento por vislumbrar alguna figura que le haga recordar a su abuelo. Da un par de pasos en el negro cerrado y choca con algo en su camino. Maldice el dolor que burbujea en la espinilla de su pierna izquierda. Sus pequeñas manos palpan con intuición un bulto.

-¿Qué coño pasa? -salta una voz-. ¿Quién es?

No es el objetivo buscado. La voz es anciana y decrepita pero no coincide con la de su familiar al que distingue de otros viejos por ser portador de un aroma a medio camino entre tela vieja y alcohol barato mezclado con flores.

-Putas molestias -se queja el bulto.

Cansado de buscar y no encontrar resultado positivo en su primer intento

el niño recurre a otra táctica.

-¡Abuelo! -grita sin pudor-. ¡Abuelo Rene!

Varias voces cansadas se unen para emerger por delante de él con ira y poca fuerza.

-Calla coño de niño. Deja dormir.

-Calla tú mierdas -replica el niño-. ¡Abuelo Rene!

-Ya está bien de tanto niño pesado. □ Unos pasos entrecortados resuenan en la sala con una tos cascada de acompañamiento que hace tintinear la garganta.

-¿Abuelo?

El fulgor de una cerilla ilumina el rostro de un hombre anciano que bordea obstáculos hasta el niño.

-Ricardito, no molestes a estos compañeros.

El viejo apoya una mano sobre el hombro joven de su nieto para ayudarse al andar y abandonan el lugar entre murmullos insultantes y respiraciones débiles.

-Abuelo, tienes que vestir algo luminoso. Me vuelvo loco entre tanto viejo. Te voy a regalar una gorra fosforita para tu siguiente cumple.

-Anda niño. A un torero moreno hay que vestirlo en moreno. ¿No lo has oído nunca? Ya lo decían -ríe con ganas apretando la carne del nieto.

-Ha llamado mamá.

-¿Aquí? Ya nos ha pillado otra vez.

A la luz, el abuelo Rene no se diferencia de muchos otros ancianos. De ojos pequeños como los de un muñeco de plástico y piel arrugada con motas no consigue controlar el crecimiento de los pelos blanquecinos en nariz y orejas. Los labios siempre reseco por el tabaco furtivo que se administra. Lo único que destaca es, en cierta medida, su gusto por vestir como lo hizo en su juventud para no caer en un saco igualatorio con sus semejantes. Su hija Carmen lo define como antiguo pero, él molesto, se identifica como coqueto. Uñas cortadas con mimo y cuidadas con polvo de talco agradable. Pelo caracoleado con esmero y cuellos de camisa planchados y almidonados al vapor.

Defensor de lo barbilampiño y los puños cerrados. Al andar, él se siente un caballero. El camarero se despide del crío y su abuelo con cierta alabanza mostrando afecto en el tono de sus palabras:

-Espero verle de nuevo pronto señor Rene.

-Para la próxima corrida de toros traeré mi propia almohada para estar más cómodo -contesta el anciano con voz de penumbra.

-Usted sí que sabe -ríe tras la barra el camarero-. Estos toreros de ahora...

-...unos niños bonitos que se creen todos.

-Con lo que usted ha visto.

El anciano asiente haciendo memoria. Lo que él ha visto es suyo. Propio, único en su opinión personal. Tantas imágenes del pasado dejan en entrelazar al abuelo permitiendo, sin molestia, que su nieto le pellizque la mano derecha.

-Abuelo -clama el niño-. Se te pierde la cabeza. Hay que irse. Ya verás que bronca de mamá.

El nieto arrastra a su abuelo hacia la calle como quien tira de un animal de carga cansado de mover las pezuñas por la tierra pedregosa. Jaime el camarero les despide:

-Nos vemos. Y a ver si te compran ya un teléfono móvil tus papas. ¿Eh? Ricardito. Hay que estar conectado.

-Eso quiero yo. No te digo. Hasta otra Jaime.

A la salida del bar la pareja pasa entre tres hombres que fuman ininterrumpidamente. No hay comunicación entre ellos. Simplemente absorben el humo de sus apéndices de tabaco para expulsarlo tras una tragada de saliva negruzca.

-Sí, abuelo, sí.

Con arranque malhumorado son reprendidos por una señora que carga bolsas de plástico un hipermercado cercano con carne en oferta.

-Qué asco. Contaminando el aire y en la calle vagueando. Vaya señores más cerdos.

Los señalados ignoran la bravata y continúan con su quehacer.

-Corbatín...

Acostumbrados a ese tipo de ataques lo perciben como un peso social que están más que dispuestos a soportar hasta el fin de sus vidas. Es un orgullo interno que les mata pero a la vez les nubla el pesar de sus días. Ricardito y su abuelo se alejan del lugar con un paso acomodado. El niño dirige la trayectoria como si fuera el perro-guía de un ciego. Intenta acelerar el ritmo pero su anciana carga le retiene y frena con cansancio.

-Abuelo. Hay que darse más vida.

-Ya lo intento -se ahoga su abuelo-. No me apures tanto que pierdo aire.

-Va dormido todavía, joer.

-No hables así. Solo los pobre y los niñatos usan un lenguaje tan soez.

-Bueno, un poco pobres sí somos.

-No. No somos pobres. Somos personas de nivel normal. Recuerda que la familia viene de la alta alcurnia.

-Dime, ¿has estudiado? El crío evade la pregunta dando una patada a una piedra del suelo.

-Lo tomo como «un poco». Vamos, partes del traje.

-¿Ahora?

-Ahora -sentencia molesto el anciano-. Comienza por montera,...

-Montera -repite el niño-. Chaquetilla. Taleguilla. Corbatín...

Ricardito se detiene en seco y pone gesto de arrancar de su memoria un recuerdo válido.

-Vamos. Tú puedes -tose el abuelo-. No es tan difícil.

-Joer.

-No hables así. Vamos sigue.

-¿Qué importa no saberlo?.

El abuelo tira de la mano del niño para demostrar su enfado al instante. Continúan su camino en silencio. A pesar de ir juntos se encuentran

distantes entre ellos.

-Lo siento abuelo. No es fácil.

-Mira Ricardito. Es importante conocer las bases del mundo. Hay que ir al toro conociendo hasta el más mínimo detalle. Eso es respeto para todo.

-Lo siento, de verdad -se disculpa el niño con esmero escurrido-. Venga, lo haré mejor mañana si quieres. Te lo prometo.

-De acuerdo. Porque tú quieres ser torero. ¿No?

-Pues claro.

-Pues aplícate que hay que estar bien enchiquerado.

Suben a un autobús de línea. Consiguen un par de asientos traseros, los que más le gustan al niño. Miran el paisaje urbano hipnotizados. La gente aparece y desaparece en el autobús. Suben y bajan con prisa, siempre se llega tarde. Las conversaciones anónimas se suceden.

-Mamá tendría que comprarme un teléfono móvil.

-¿Para qué? Otro trasto más en que gastar los billetes no hace feliz. Es un desperdicio.

-Así no llamaría al bar y no nos pillaría cuando estemos allí.

-Algo se inventaría. Es muy lista tu madre.

-Yo quiero un móvil -se enfurruña el niño.

-Tú quieres muchas cosas.

Un frenazo mueve el pasaje entero sorprendido por la brusquedad del conductor. Las quejas llenan el aire.

-Maldito cacharro de autobús -se amarga el abuelo-. Carro de bueyes. Puta vida.

El niño ríe ante las maldiciones. Le agrada verle humano y desprenderse de una capa de patriarca severo que se empeña en mostrar al mundo. Cada vez que Ricardito escucha decir un improperio a un adulto una diversión explota dentro de él.

-Abuelo. ¿Tú tenías coche en Francia?

-¿Coche? -pregunta con sorna-. Tenía una maquina esplendida. Deportivo, rojo,... El mejor. Las chicas se morían por mis ruedas. La de cuerpos esculturales y prietos que he besado y mordido gracias a tal máquina.

-¿Era caro?

-Eso no importa. Mi padre me lo regalo en mi tercera faena. Buenos tiempos. Lujo y velocidad unidos.

-¿Qué pasó?

Ordenados como una docena en una huevera los alumnos mantienen silencio mientras la tiza, en manos del profesor, golpea sobre la pizarra escribiendo la lección diaria. Es la última clase de la mañana de un viernes primaveral por lo que algunos elementos no aciertan en escuchar al hombre sabio. Las primeras filas del aula se afanan en tomar apuntes con letra cuidada y pulcra de correcciones a diferencia de los típicos puestos que son siempre los espacios de libertad y esparcimiento ocultos de adultos. De vez en cuando un pequeño murmullo asalta el ambiente para ser cesado por la interrupción de una mirada clave por parte del profesor. El retrato del fundador del centro educativo preside el aula, con gesto afable de aspecto conciliador. La ausencia del sexo femenino provoca un hedor de feromonas que incita a buscar la salida más cercana en busca de un espacio abierto para respirar.

-Ricardito... -susurra una voz infantil-. Oye...

El niño Ricardito atiende la llamada de un compañero de clase que limita en el pupitre de su izquierda.

-¿Qué pasa?

-Oye -vuelve a hablar en susurro-. ¿Cómo vas de adelantado?

-Ni sí ni no -suspira con resignación la respuesta.

-Eso qué coño es -se molesta el compañero.

-Estoy ahí. Déjame que nos van a pillar.

-Venga ya, dijiste que en una noche subirías de nivel al equipo.

-No he podido joer. Déjame.

-Vete a la mierda.

-Te jodan Pablo -se enfada Ricardito-. Tú no tienes ni siquiera el «Steyr AUG» así que calla y jódete.

-Pues ayer conseguí el «Imi Tavor».

-¿Ah sí?

-Sí -se complace Pablo-. Y estás jodiendo al equipo. No eres más que un pringado.

-Te follen. ¿Cuántas bajas por cuchillo tienes tú?

-Tengo trescientas, pringado.

-Yo tengo más de quinientas. Jódete tú capullo. Eres un paquete.

-Yo por lo menos no dejo tirado a mi equipo.

El profesor termina de escribir en la pizarra y lanza la tiza desgastada hacia Ricardito con puntería milimétrica. Pablo, el niño agresivo, se mofa con cuidado de no ser descubierto por la autoridad.

-Ya vale, ¿no? -se queja el tutor-. Toda la clase con cuchicheos. Ya está bien. ¿Vale Ricardito?

-Vale profe -contesta humillado-. Ya callo.

-Bueno -dice el profesor-. Vamos con el tema de la paz. ¿Alguien puede decirme qué es la paz?

El aula se torna silenciosa al instante, temerosa de responder equivocadamente y acarrear un castigo severo.

-¿Nadie? Vaya. Tú Ricardito.

-¿Yo? -se indica a sí mismo el niño sorprendido-. ¿La paz? Pregunta por la paz, ¿no?

-Sí, tú. ¿Ahora no quieres hablar? Después de todo el rato molestando... Vamos, o tendrás un punto negativo.

-La paz -comienza Ricardito-. La paz es no sé, estar a gusto.

Los compañeros ríen y remolonean ante la respuesta. Todos miran hacia Ricardito a la espera de alguna payasada nueva acostumbrados a tal aficionado de la despreocupación de lo correcto. El siente la presión de

atender el deseo irrefrenable de desvariar. Cosquillea su cabeza como un hormigueo efervescente bajo su pelo. Se rasca la frente cono nervio.

-Bueno, bueno -calma el tutor ante los asaltados niños-. No está mal la respuesta. Es una manera de verlo.

El aula retoma el silencio sepulcral para fijar la mirada en el profesor que sonrío tras la respuesta de Ricardito. No está molesto, le ha dejado una sensación grata de inocencia infantil. Piensa que la edad le confiere una sabiduría que mantiene un status superior por encima del intelecto de sus pupilos.

-La paz es un nivel donde hay ausencia de violencia. Apuntad. En la pizarra he escrito varias frases de personajes que han influenciado en el mundo y defendieron la paz entre los hombres. Vamos a leer alguna en voz alta. Comienza tú, Álvaro.

El profesor extiende su brazo derecho para apuntar hacia el seleccionado. El niño se levanta de su silla y entrecerrando los ojos escoge una frase entre la amalgama caligráfica confusa de la pizarra.

-«La paz comienza con una sonrisa», madre Teresa de Calcuta de la India
-lee despacio.

-Correcto -aprueba el adulto-. Buena frase, bonita y sencilla. De una mujer. Sienta -ordena al niño-. Ahora que siga... León.

Otro imberbe entona una frase nueva:

-«El mantenimiento de la paz comienza con la autosatisfacción de cada individuo», Dalai Lama.

León se sienta con orgullo.

-Una frase complicada. Otro más, Carlo.

-«La paz exige cuatro condiciones: verdad, justicia y libertad», Juan Pablo II.

-Gran frase. Y una gran verdad dijo nuestro padre -la voz del profesor se emociona cautelosa-. Bien, apuntad todas las frases en vuestro cuaderno y para el próximo día traed las reflexiones y pensamientos que os surjan sobre ellas.

El desagrado de los niños se hace patente con un pequeño conato de estruendo protagonizado como queja por la magnitud de la tarea

impuesta por sorpresa y a traición contra el tiempo libre.

-Parece que estáis todos revueltos -desafía el profesor.

-Es que tenemos deberes en cantidad de otras cosas -dice una voz entre temblores.

-Mucho os quejáis -ríe el tutor-. Bueno, pues ahora además tenéis que leer las biografías de gente de paz que vienen en la página cuarenta de vuestro libro de texto y haced una redacción sobre una que os llame la atención. Un folio mínimo y cuenta para nota.

El disgusto infantil retoma la situación sintiendo la sensación de un atropello severo e injustificado a causa de su edad. Resoplidos y angustias son unidos en pequeñas voces débiles y escondidas.

-¿Queréis más? -se burla el adulto-. Comenzad ahora. Os quedan cuarenta minutos, aprovechad el tiempo que pasa rápido. Avanzad.

-Puto cabrón -susurra una voz con cuidado de no ser percibida por el enemigo adulto-. Payaso mierdoso.

El profesor, cercano a una ventana, permanece inmóvil perdiendo el tiempo en mirar hacia el exterior del edificio. Une las manos tras su espalda dando una impresión de cansancio. Arquea las cejas inmerso en sus fantasías.

«Por alguna razón estoy donde estoy», piensa sin ocultar un atisbo de tristeza.

Los alumnos leen de sus libros. Algunos niños juegan con los bolígrafos a modo de cerbatana y se lanzan entre ellos pequeñas bolitas de papel húmedo de saliva. El adulto retorna de su mundo de pensamientos para fijarse en un niño que afanosamente escribe con celeridad clavando la punta de su bolígrafo contra un papel arrugado.

-¿Qué escribes Antón? -pregunta el profesor con curiosidad.

-¿Cómo? -se percata el aludido.

-¿Qué estás escribiendo?

-Pues, la redacción que ha mandado. Lo de la vida de uno. La tarea que ha pedido.

- ¿Qué personaje has escogido?

-Pues, yo... -titubea risueño-. Lo estoy haciendo de Ronaldinho.

-De quién -se extraña el hombre.

Los alumnos estallan. Una risotada invade el lugar. Antón, el niño tontito como le define el resto de alumnos, surge como nuevo espectáculo circense.

-De Ronaldinho. Profe, es uno de los mejores futbolistas de la historia.

-¿Un deportista? ¿Qué tiene que ver con lo mandado?

-Pues... -Antón aguanta la burla.

-Ese individuo no está incluido en el libro de texto.

-Ya, ya. Pero para mí es muy importante.

-¿Muy importante? -el profesor comienza a contagiarse de la sonrisa pícaro de un revoltoso-. ¿Qué ha hecho por la paz?

-Mucho. Regala balones a los pobres y cosas de esas, digo yo. Los compañeros le vitorean con voz apagada.

-¿Te parece bien lo que haces? -regaña el hombre-. Haces esta tontería para que el resto riamos la gracia.

-A mí lo que hagan los demás me la trae floja.

Hastiado, el profesor arranca de las manos de Antón el papel descuidado para convertirlo en una bola deforme y tirarlo a una papelera cercana.

-¡¿Qué hace?! -grita el niño-. ¡¿Está loco?!

Antón se precipita desde su pupitre a la papelera para recuperar su papel como si se tratara de un texto sagrado. Algo muy personal.

-Vuelve a tu asiento -ordena el adulto.

Obedeciendo con poca gana y henchido de rabia interior cae sobre su mesa. Los ojos vidriosos reflejan una llama de odio hacia el profesor.

-No tiene que hacer eso -recrimina.

-¿No tengo que hacerlo? -se ríe el hombre-. Tú sí que no tienes que hacer tales monadas.

-Déjeme en paz.

-Hace mucho que te he dejado en paz.

-Yo hago lo que quiero.

-Anda que vas a acabar mal.

-Como tú...

-¿Qué? -desafía el profesor tras una amplia sonrisa.

-Cuando sea mayor...

-¿Qué, qué serás de mayor?

-Voy a ser terrorista y le mataré. A todos los curas de aquí.

-Pero si no somos curas. Somos «Hermanos de María».

-¡Pues eso, joder! -grita el niño-. ¡Cabrón de mierda!

El rostro del profesor cambia. La agresividad de Antón ha comenzado a asustar. Los compañeros del niño alborotan con las respuestas que ha lanzado contra el poder adulto. Sienten una fuerza ganadora que jamás había burbujeado tan intensamente por sus pequeños brazos.

-¡Ya está bien! -grita el hombre-. ¡Fuera de mi clase!

Con la mano derecha abierta hasta el extremo golpea el pupitre de Antón. Agarra con violencia la ropa del pecho del niño, fuera de su quietud, para lanzar hacia el exterior del aula tal rebelde.

-Vamos al director -brama nervioso el profesor-. Vosotros, si regreso y hay el más mínimo ruido vais a tener más de un problema.

Los alumnos esperan a ver desaparecer al profesor con Antón por la puerta para elevar el nivel de los murmullos.

-Está idiota el Antón.

-Ahora sí que se la ha cargado.

-Siempre lo mismo.

-Menuda puta mierda.

Ricardito se concentra en un recorte de periódico antiguo, descolorido, que desliza por su mesa. Lo cuida con mimo. Atiende cada detalle de la fotografía: un toro embravecido cornea a un torero en pose con cara dolorida, que acompaña al escrito. «Burlero da muerte», reza el titular de letras negras y gruesas. Ricardito admira la escena captada hace años como una escena de batalla pasada. Imagina su rostro en el cuerpo del torero creyendo ser héroe o mártir de una causa arcaica.

«Qué puede haber más grande que enfrentar un bicho así», pregunta a su interior.

«A la gente le gustas y dejas algo para todos, es un regalo».

Sueña con vestir el traje de luces que algún día le transporte al éxito instantáneo por el que será venerado y alabado.

-¿Qué haces Ricardito? El niño molesto Pablo está de pie junto a la mesa de Ricardito con la malicia preparada para picar. Sus labios dejan entrever los colmillos deformes manchados de nicotina.

-Nada -contesta tajante sin hacer caso. El recorte de prensa cambia de manos con un movimiento certero de Pablo.

-¿Pero qué coño es esto? -enseña el papel al resto de la clase.

-Dámelo -replica Ricardito-. Es de mi abuelo.

-Esto es una puta mierda. Mierda de toreros. Pura mariconada.

-¡Que me lo des, joer! -se alza en grito.

-Normal que dejes tirado a tus compañeros de patrulla. No eres más que un mariposón como todos los toreros de mierda.

-Te digo que es de mi abuelo. Dámelo.

-Maricón tú y tu abuelo -ríe Pablo sin control mientras rompe en pedazos el recorte de periódico.

Algo se enciende en Ricardito.

Aprieta los dedos cerrando los puños hasta sentir las uñas comidas a dentelladas. Fuerza la mandíbula. Golpea la mesa y un grito con desesperación sorprende todos los niños.

La luz de una tarde cualquiera llena el pasillo por la ventana más cercana de la sala de espera. Una suave melodía emerge desde el techo gracias al hilo musical. Ricardito y una mujer están sentados juntos en unos sillones de imitación de cuero negro. El gesto serio de la mujer dista de la actitud del niño que no para quieto balanceando su cuerpo para generar sonidos agudos con el frotamiento contra el asiento. A los pies de Ricardito se encuentra su mochila escolar, abultada y con una colección de jirones causados por el uso.

-Ya está bien -se queja la mujer-. Deja de hacer el tonto.

Como un cachorro, el niño obedece a disgusto. Cruza los brazos con la cabeza baja hacia el suelo. La puerta de la sala se abre con ímpetu. Aparece un hombre que saluda amablemente a la mujer.

-¿Carmen? -pregunta.

-Sí -responde ella con preocupación. -Vamos a mi despacho, por favor.

La mujer se levanta del sillón para seguir al hombre que emite desagrado hacia el niño.

-Ricardito -dice-. Tú espera aquí a tu madre. No hagas nada.

El infante asiente callado. Su madre es una mujer de figura estilizada que no ha sido pasto de los cambios tras el parto de su retoño. Morena, de mirada fría pero trato amable, tuvo a Ricardito a una edad joven. Le importa la opinión de la gente por lo que siempre se apura en arreglar su ropa planchándola con una mano cada vez que se yergue de pie ante alguien.

-Espera aquí -manda la madre-. Voy con el director y nos vamos. Será un momento.

El semblante del director es dubitativo. Tiene muchas cosas que desea contar. Le gusta explayarse en las reuniones que todas las semanas mantiene con algún padre. Es su momento, donde muestra vitalidad y rectitud a pares iguales. Este es su colegio, su territorio. Algunas veces toma como revancha hacia los alumnos el hablar con los progenitores para "colocarles en su sitio" como se jacta ante otros docentes. Con más de cincuenta años no quiere que nadie se rebele contra él e intenta dejar constancia de su poder sobre las vidas del alumnado. Ricardito sigue con la mirada como su madre acompaña al director. Siente una angustia contra la que lucha con golpes sobre sus muslos. No se puede permitir acobardar su mente.

-Puto cabrón -maldice-. Me tiene que tocar los cojones este viejo a dos

manos.

No pasa nada Ricardito. Esto es lidiar con el destino, ya lo dice el abuelo. No pasa nada. Estás preparado.

Cierra los ojos. Respira profundo. Abre su mochila con una mano y rebusca en su interior con tenacidad. Con un bolígrafo mordido en la punta trasera dibuja sobre su brazo izquierdo unos pequeños garabatos. Pasea la tinta por la piel dejando que fluya su imaginación. Se esmera en remarcar la figura de un pequeño toro de color azul. A su lado, una mancha representa un capote de toreo acompañado de dos líneas temblorosas. Contento consigo mismo comienza a canturrear marcando el ritmo con pequeños latigazos del bolígrafo al aire.

-Quién es la maravilla... -canta con voz aguda-. ...Que arma la marimorena... Un torero de Sevilla...

De inmediato el tedio se apodera de él. Suspira cansado. «Cuánto rato llevan», se pregunta. En la sala no hay nada que pueda distraer su mente. Vacía de ornamentos y decoración no es más que un cubículo sin ventanas con cinco asientos. Ricardito guarda, a buen recaudo, el bolígrafo y se pone en pie. Siente como una presión corporal le avisa de tener la vejiga llena. Impulsa fuerza hacia dentro pero no puede reprimir el deseo de liberar su líquido interno. Mira a su alrededor en busca de algo que pueda servir de recipiente. «Ni una triste papelera», solloza en su cabeza. Los nervios están haciendo presencia provocando que los mofletes de la cara aumenten de calor. Desesperado baja la cremallera del pantalón. Manosea su miembro como acción evasiva sin lograr ningún éxito.

-Pues que se jodan todos, coño.

Con cierto cuidado distribuye su orina en pequeñas dosis por cada uno de los asientos. Evita forzar el riego para salvar las salpicaduras en las paredes. Mientras desfoga su necesidad una sonrisa sobresale con maldad inocente.

-Joer, joer, joer -canta. Una vez terminada la faena esconde el miembro sexual de regreso a la cueva del pantalón y levanta la mano derecha hacia el techo-. Pa tos ustedes.

Admira con satisfacción los resultados de su obra magna. Pequeños embalses de orina buscan caer al suelo de la sala haciendo hilillos por los laterales de los asientos. Ricardito recoge la mochila y se marcha del lugar cerrando la puerta tras de sí con cuidado de no emitir ningún ruido. que llame la atención de alguien. El niño se dirige hacia la puerta del despacho del director. Observa la placa metálica clavada en la madera.

«Juan Ramón López – Director», lee en voz baja.

Dedica una peineta ofensiva hacia la puerta y golpea, con cariño, en tres tiempos el marco.

-Adelante -invita una voz desde el interior.

Ricardito obedece. Encuentra la horrible escena de ver a su madre frotándose los ojos con un pañuelo manido frente a la mesa del director.

-¿Qué pasa Ricardito? -pregunta el director con tono paternal.

-Si tardáis más me aburro -informa el niño sin educación.

La madre lanza una mirada agresiva a su hijo, como avergonzada y cansada al mismo tiempo.

-Espera junto al coche afuera si te aburres -dice ella.

-Ya -sentencia Ricardito.

Les olvida con rapidez. Con andar chulesco pasea por el edificio sintiendo un coraje que, según él, pocos toreros poseen. Recorre los pasillos vacíos como el dueño del lugar. A diferencia de la tarde la vida está presente todas las mañanas con el ajetreo y descontrol de un centro educativo saturado de alumnos. Sorprendido, el niño encuentra por el camino a una anciana que le parece más distraída que perdida en un laberinto de hormigón gris. Con amabilidad senil detiene a Ricardito.

-Perdona muchacho -sonríe-. ¿Puedes decirme dónde está el despacho del director?

-Claro -asiente-. No tiene más que seguir por este largo pasillo hasta el final.

La mano arrugada de la anciana palmea el hombro derecho del niño. Los surcos en la cara causados por la vejez revelan agradecimiento. "No huele mal" piensa el niño.

-Muchas gracias, chico -dice ella-. Vaya, tienes cara de ser un chico muy listo. Y también inteligente. Pareces un buen chico.

-Señora -responde Ricardito-, a veces las apariencias engañan.

-¿De verdad? -se sorprende-. Pues no sé...

-Ya se lo digo yo.

Sus caminos se separan. Cada uno busca su destino con una gran sonrisa de oreja a oreja. Ricardito añade potencia en sus piernas. Corre sumido en un grito estridente. Crea un eco atronador con sus pisadas llenas de animo que resuenan contra las paredes.

«No, no olía mal para ser vieja».

Fuera del edificio, con el aire libre, busca con la mirada el coche familiar. Un trasto antiguo que bien pudiera ser tratado como pieza de coleccionista en color verde pistacho es fijado en la cabeza del niño. Sin éxito, intenta abrir la puerta del conductor. Piensa que su madre podría haber dejado abierta la cerradura del auto. «Joer», dice molesto. Apoya la espalda contra el vehículo dejando la mochila tirada en el suelo de la calle. Compara el resto del parque móvil con la posesión de la familia. Los demás coches se ven cuidados, nuevos, sin ápice de polvo o gotas de barro por la carrocería. Cierta vergüenza inunda a Ricardito al pensar en ser visto por algún conocido tan cerca de una antigualla sucia. Siempre ha fantaseado con ser propietario de un poderoso automóvil que llame la atención por su elevado coste. Así todos conocerían que era un triunfador.

Carmen, la madre, aparece con aspecto contrariado lanzando improperios hacia los lados. Llega junto al vehículo. Ante la sonrisa estúpida de su hijo responde con una sonora bofetada en la cara. El niño cae al suelo por la violencia del golpe. Asustado, se cubre el rostro con las manos para protegerse de un nuevo ataque.

-Cabrón -insulta la madre-. Eres un niño cabrón de mierda.

La insana rabia llena a la madre que parece sufrir un ataque de ansiedad al que no está acostumbrada. Ricardito se arrastra por el suelo hasta que levanta el cuerpo.

-¿Qué haces? ¿Estás loca?

-¿Yo, loca? -se altera-. Tú sí que estás loco. Mear por toda la sala. Sinvergüenza.

-¿Qué dices? Yo no hago esas cosas.

-No haces qué.

La madre vuelve a levantar la mano en señal de amenaza pero en el último instante la lucidez le impide llevar a cabo una nueva agresión. Respira acompasadamente con los ojos enrojecidos. Ricardito mantiene una actitud de cachorro sabiendo que enternecer a su madre es

complicado pero no imposible. Con cara angelical la abraza con suma ternura.

-Yo no he sido, yo no he sido -balbucea-. No me pegues.

Con parsimonia ella se separa del niño. La calma vuelve como si le hubieran succionado todo el malestar. Acaricia la cabeza de Ricardito peinando con suavidad el pelo con los dedos.

-Venga -dice-. Hay que llevarte a la peluquería. Tienes el pelo como un gitano.

Los dos sonrían aliviados mostrando cariño mutuo. La peluquería es un sitio donde, fundamentalmente, la gente acude para que un experto recorte el exceso de pelo sobre sus cabezas pero también existe la ocasión de engañarse a si mismo haciendo creer a la mente que al salir del comercio uno puede protagonizar las portadas de las revistas sensacionalistas con sus modelos a imitar. Todos nos percibimos más guapos, más esbeltos y adorados. Ricardito observa con atención cómo el peluquero hace bailar sus tijeras plateadas recorriendo su pequeña cabeza. Mechones con enredones caen como plumas en el aire hasta posarse en el suelo cubierto por el cabello de la clientela diaria. Frente al espejo fantasea con ser adulto. Le gusta que le toquen y manoseen el pelo. Cubierto por una lona de plástico que cierra toda abertura en su cuello sopla hacia arriba para deshacerse de unos pelos que le provocan cosquillas en la nariz.

-¿Cómo quieres la parte trasera? -pregunta el peluquero al reflejo de Ricardito en el espejo.

No hay nadie más en el local aparte de la madre que absorta en otro mundo pasa la hojas de una revista sin atender alguna voz. El peluquero es un hombre joven. De cara agradable y pelo engominado en exceso. Trata de igual manera a los adultos como a los niños ya que «al final todos son iguales, todos pagan».

-Quiero una coletilla -ordena el niño-. Y con cuidado.

-¿Cómo? -se sorprende el profesional-. ¿Una coletilla?

-Sí, una coleta. Una coletilla. ¿Cómo lo quieres llamar? Igual que los toreros.

-¿Estás seguro? No quieres que haga un poco de cresta que se lleva mucho entre los teenagers?

-¿Teneg..., qué? ¡Anda ya! Una coletilla, coño.

El peluquero dirige unas palabras hacia la madre que la traen de vuelta a la realidad:

-Oiga. ¿Hago una coletilla torera como me pide?

-Ni en broma -sentencia Carmen.

-¡Joer! -lanza en quejido el niño.

-Ni caso -aclara la madre-. Corte normal e igualado en la parte de atrás y punto.

-Pero es mi pelo.

-Pero eres mi hijo -ríe ella.

El peluquero controla las ganas de reír mientras sigue las indicaciones de la madre que vigila desde su asiento sin soltar la revista.

-Pues ya puedes comprarme un buen juego de «play» después. Me lo merezco.

-Lo llevas claro -dice Carmen-. Ni «play» ni leches en vinagre. No digas tonterías.

-¿Por qué? -se indigna el niño.

-Estás castigado sin videoconsola de juegos.

-Pero va a ser mi cumpleaños.

-Y el mío ya ha sido y tú no me compraste nada.

-Yo no tengo dinero.

-Pues yo tampoco -se burla la madre.

-Puff. Sin «play». No puedes hacerme esto, me van a pegar en el colegio. Vas a hacer que sufra.

-¿Por qué?

-Porque jugamos en equipo a la «play» y les voy a dejar colgados.

-Menudos amigos -interviene el peluquero.

-Tú corta y calla.

-¡Oye! Eso no -reprende la madre-. Más educación por favor.

El peluquero continua el encargo hasta el final con un mutis riguroso. Realiza cada movimiento a disgusto con el deseo de librarse del mocoso a la mayor brevedad posible.

-Son 15 euros, señora -exige a Carmen.

No hay amabilidad en el profesional del corte capilar.

La madre abona la tarifa y con reparo pide por favor llevar consigo la revista que ha estado leyendo. El hombre acepta a la petición como misericordia final a la transacción. Despide a la pareja aliviado, olvidando al instante tal niño repelente.

-Mamá -dice Ricardito en la calle-. Deja que te lleve la revista.

-Muy amable -sonríe ella.

-Hola -lee el niño en la portada de la publicación-. Mira mamá sale un torero. Y está forrado.

-Sí.

-Cuando yo sea torero y salga aquí en foto con mis millones te compraré todo lo que quieras.

-Eres un autentico truhán.

-Soy tu hijo.

-¡Ay! -abraza la madre a su retoño-. ¡Mi niño bonito!

El domingo. El séptimo día de la semana, y el último. Usado por el hombre, en un principio, para la devoción religiosa al final se ha dedicado para que las familias hagan vida social con buenas vestimentas y un hartazgo de comidas. Ricardito va cogido de la mano de su madre como un niño feliz y especial. Les acompañan el abuelo Rene, que arrastra los pies, y el padre, marido de Carmen.

Están efusivos. Alegres irradiando una soltura emocional que les parece ser la envidia de todos los clientes del restaurante. El abuelo y el padre

portan unos pequeños paquetes envueltos en papel colorido de regalo. Los cuatro familiares siguen a un gentil camarero que les indica el camino, hasta llegar a una mesa que se preocuparon de reservar días atrás. Alrededor parejas de amantes y otras familias disfrutan de un día soleado comiendo bajo la sombra de las paredes de un sitio boyante. Aquí, donde con dinero se consigue sirvientes educados por unas horas. El camarero es un chico joven que se esfuerza en complacer a todo asistente con voz suave y melódica. Ricardito y su familia se acomodan a la mesa preparada con cuidado y esmero para ellos. Los varones adultos esconden los paquetes bajo el mantel esbozando una pícara sonrisa hacia el niño. El joven criado les abandona tras escuchar sus deseos de saciar la sed. Organizados en forma de cruz miran a sus lados, entre ellos, al suelo y juegan con unas porciones de pan cortado que alberga una cesta de mimbre coronando la mesa. Las voces de otras personas se entremezclan con las mandíbulas que abren y cierran las bocas más glotonas.

-Bueno -dice el padre-. ¿Estás contenta?

-Sí -responde Carmen-. Deberíamos hacer esto todas las semanas.

-El cumpleaños del niño no son todas las semanas, hay que hacerlo notar a lo grande -ríe el abuelo arrugando el entrecejo.

El joven camarero regresa con varias bebidas sobre una bandeja que soporta con tesón. Suelta a cada uno sus respectivos vasos con los fríos líquidos. Tras la retahíla de agradecimientos de la familia les proporciona unos papeles mimados de detalles artísticos a modo de menús. Ricardito mira su papel extrañado. No concuerda con la homogeneidad del resto. Sus padres y su abuelo no tienen el mismo modelo.

-Mamá -dice-. No es igual mi menú. Carmen presta atención al niño leyéndole el papel:

-Claro, es un menú infantil. Mira -señala la hoja-. De primero tienes macarrones con tomate y queso...

-Eso es un asco -se queja Ricardito-. Yo quiero uno igual que el vuestro. El camarero comprime con dificultad la risa que nace en su interior.

-Pero si está muy bien para los niños -dice el joven a Ricardito.

-Pues comételo tú.

-¡Oye! -salta el padre-. Ten más educación. Es tu menú y punto.

-Joer. No salgo de casa para comer macarrones.

-Anda. Trae al niño un menú de adulto -ordena el abuelo al camarero.

El joven responde con una reverencia y tras un par de minutos pone en las manos del niño el menú adulto.

-Esto es otra cosa -dice Ricardito.

Los cuatro estudian los papeles con gestos de duda. Cada uno piensa en qué les gustará más. Qué les saciará. Qué pueden pedir. El camarero espera de pie junto al padre como un lacayo espera la orden del señor. Juega con una pequeña libreta donde garabatea cuadrados con un bolígrafo.

-Danos un minuto por favor -exige con paciencia el padre hacia el criado a sueldo-. Nos decidimos y te llamamos.

Una nueva reverencia para una nueva orden.

El abuelo tira sobre la mesa su copia del menú. Le aprieta el cinturón. Mira cómo su hija ayuda a Ricardito a leer las opciones de las ensaladas que acompañan las carnes rojas. Su yerno se raspa los labios con los dedos acompañados por una actitud simiesca.

-¿Ha decidido ya? -le pregunta el padre al percatarse de ser vigilado por una mirada perversamente amoral.

-Sí -responde escueto.

-¿Qué vas a comer papá? -se acopla Carmen-. Tienen una carne muy buena.

-No. Sólo tomaré una ensalada.

-Anda. Una ensalada -ríe el yerno-. Venga ya, que hemos venido a comer bien.

-Me siento hinchado. Quiero una ensalada.

-Abuelo, yo voy a pedir carne -se altera el niño.

-De verdad que... -suspira el padre-. ¿Y tú, Carmen?

La madre toca el pendiente que cuelga del lóbulo en su oreja izquierda con nervio cada vez que revisa los números del menú.

-Algo suave yo también. Sólo un entrante, o algo así. El padre de Ricardito

la mira con asombro.

-¿Cómo? -pregunta-. Sólo un plato. De verdad...

-Sí -tiembla ella al explicarse-. Tengo cerrado el estomago.

-Pues yo estoy bien de la tripa -ríe el niño-. Yo quiero primero espaguetis con gambas y de segundo un filetón de carnaza rica.

-Bien, bien -le anima el padre-. Hay que alimentarse.

El brazo derecho paterno se erige como un faro llamando al joven criado que acude raudo deshaciéndose en reverencias y aportando su mejor sonrisa. El padre ordena con voz autoritaria. El abuelo distrae la mente con el techo del local. «Blanco. Blanco y nada más». Carmen quita una pelusa que se ha posado en el mantel. Ricardito sueña despierto con fama y dinero, admiración y prepotencia unidas en un cuerpo pequeño pero grande en ambiciones. El restaurante está lleno del baile de los camareros que con algunas gotas de sudor esperan recibir una compensación a su esfuerzo cuando llegue la hora del pago. Los estruendos de vajilla chocando, el tintineo de vasos cristalinios, el repiqueteo de cubiertos cromados marcan el ritmo del día. La familia de Ricardito come igual que cualquier otra. Sorbiendo agua y vino. Hambrientos, muerden y mastican como animales rabiosos cegados por los sabores. Comparten pan y dialogo a excepción del abuelo Rene que se dedica a ladear con el tenedor unos pequeños tomates contra la comisura del plato. Carmen mira a su marido con complicidad. Está contenta ya que han salido de su pequeño mundo ordinario para respirar ambientes distintos y hacer un día especial aprovechando el cumpleaños de su retoño. En cierta manera siente como si fuera su aniversario de bodas antes que la festividad que celebran. Ricardito come desesperado por abarcar todos los olores que emanan el tomate de su pasta italiana y la pimienta que corona que su gran filete de carne. Le llama especialmente la atención la sangre que fluye del pedazo con cada corte de su cuchillo de metal. Saborea la hemoglobina animal con pan. Su padre no ha pedido más que una sopa de hongos que, riendo, asegura ser una prohibición para el paladar más exigente. Ordenan más pan al camarero. Los adultos mantienen una postura erguida ante cada mirada furtiva de personas cercanas. El tiempo pasa y la familia termina sus platos. El momento de la sobremesa es cuando la digestión comienza su proceso pero le añadimos más alimento por alargar los eventos. Los tres adultos beben café de pequeñas tazas decoradas con hilos dorados. La concurrencia de gente ha disminuido con los minutos. Hay menos sirvientes pero el joven que ha sido fiel siervo a la familia continua andando a unos metros de distancia de la mesa.

-Mamá -dice el niño-. Yo quiero dulce. Carmen busca apoyo en su marido

que con un intento de disimulo niega con la cabeza.

-No -dice Carmen-. Has comido demasiado. Te puede sentar mal. Luego tenemos dolor de tripa y molestias.

-Pero yo quiero dulce, joer, que es mi cumple.

-Venga -anima el padre-. Hay que darte los regalos, es tu cumple como dices y mareas. A ver las cosas que traemos.

La cara de Ricardito se ilumina. Exultante de inocencia llena orgullo a Carmen por ver feliz a su hijo. El abuelo suelta su brazo por debajo de la tela del mantel y tras escarbar a tientas saca a la superficie los dos pequeños paquetes.

-¡Bien! -aplaude Ricardito-. ¡Regalos!

Los paquetes cambian de manos y con esfuerzo e ilusión el niño rasga los papeles coloridos que ocultan sus deseos en forma cuadrada. La expectación de Ricardito es amplia. Carmen le ayuda a desenvolver los paquetes mientras el abuelo desabrocha su cinturón para conseguir respirar mejor. Una pelota de futbol profesional emerge de su tumba de cartón plastificado. Ricardito la observa incrédulo sin hacer amago de felicidad. El padre, preocupado, le señala el objeto:

-Es un balón bueno. Está aprobado por la FIFA. Es de cuero, y del bueno. Nada de cosas raras modernas.

-Está muy bien -dice Carmen-. ¿Verdad, Ricardito?

-Sí, claro -asiente el niño.

-Cuando quieras... -dice el padre-. Salimos un día a probarlo. A dar unas patadas.

El regalo del abuelo no es más que una simple caja usada de cartón con restos de publicidad de algún aparato electrónico.

-¿Qué es esto? -pregunta Ricardito.

-Ábrelo -incita el abuelo.

Los brazos del niño extraen tela roja del interior del paquete. Comienza a reír al ver desplegado el objeto y darse cuenta de poseer una muleta torera acorde con su estatura infantil.

-No me lo puedo creer -dice el niño-. Abuelo, es la caña. El padre mira a Carmen con desaprobación. Ella busca con la mano calmar el ímpetu

maleducado del que es conoedora puede soltar su marido en situaciones incómodas.

-Es un buen lienzo para mi nieto. ¿No crees? -pregunta al padre.

Ricardito levanta de la silla y juega con el regalo mostrando a todo allí presente el instrumento de toreo.

-Papá -dice Carmen-. ¿De dónde has sacado esto?

-Lo ha hecho un amigo mío. Es simple tela roja que se monta sobre el estaquillado. Si hubiera podido lo habría hecho con mis propias manos.

-¡Olé! -exclama el niño a la concurrencia con un pequeño lance.

Carmen coge el balón olvidado.

-Ricardito -llama a su hijo-. Ven. ¿No juegas con el regalo de papá? Es muy bonito.

-No -sentencia el niño ilusionado al tocar la tela roja con sus dedos.

-Vaya -se revuelve el padre-. Con el dinero que me ha costado.

-Hay cosas que no superan el dinero -ríe el abuelo

Rene abiertamente y sin fisuras ni medias tintas.

-¡Papá! -se muestra agresiva Carmen-. Ya está bien.

-No -calma el padre del Ricardito-. Tiene razón. Es experto en gastar dinero, todo el dinero de su familia. Valiente chorrada torear en Francia... Yo no soy más que un puñetero soldador de segunda.

-El niño quiere ser torero y yo muestro apoyo -aclara el abuelo.

-Usted calla mucho pero cuando abre la boca... Ya podría darle al niño por ser futbolista.

-Los toreros también ganan mucho dinero.

-Sí -afirma el padre-. Cómo el que usted dilapidó.

-El que tuvo retuvo. ¿Qué puedes decir tú?

-¡Ya! -intenta Carmen cortar la discusión latente.

-Desde que le acogimos no ha hecho más que comer la cabeza al niño. Putos toros.

Las miradas entre los tres adultos combinan desprecio, rencor y sumisión filial.

-¿Qué pasa? -pregunta Ricardito al acercarse a sus padres.

-Nada bonito -dice Carmen-. Anda, ve a dar una vuelta que ahora nos iremos. Juega un poco.

El niño no percibe la tensión que alberga la mesa familiar. Con alegría danza por el lugar creyendo ser el personaje más importante del día en el mundo. Detiene el fervor un momento al fijar la mirada sobre un jamón anclado a una mesa auxiliar con ruedecillas. Descubre un cuchillo de hoja alargada que hace a su imaginación recordar los estoques de los toreros que ha visto en los videos y en los recortes de periódicos de su abuelo Rene. Admira el instrumento de corte. Le atrae la luz reflejada en el metal. Con un par de avistamientos decide que no está bajo la vigilancia de personas mayores, es el momento de actuar impune. Es un día feliz para él. Ha conseguido una muleta de toreo autentica y el estoque que le hará grande en las mejores plazas taurinas que existen. Canturrea ajeno a la discusión familiar que se desarrolla con insultos.

El cuero aprieta con fuerza el pelaje del cuello. El hierro apacigua los instintos lúdicos. La tirantez hace que la mano sufra un dolor agudo al ceñir las correas. La multitud en la calle abre un camino ante el avance de un singular ejercito. Las burlas y las miradas curiosas atienden hacia un solo punto. Un chaval quinceañero es arrastrado por la vorágine canina que intenta controlar con toda la musculatura de su cuerpo.

-¡Quietos! -dice-. ¡Calma!

Siente ser la atracción del día para muchos viandante. Las gotas de sudor le cosquillean los finos pelos del cuello. Le molesta ser un animal de dos patas expuesto de tal manera. Solo es partidario de que le observen en el club bailar por las noches. Sus zapatillas deportivas chirrían a cada paso por culpa de la suela de goma que necesita desgastar tras estrenarlas.

-Quietos -farfulla ante los impulsos de la camada.

Cuatro canes alterados comparten unión gracias a las correas de plástico, cuero y metal que agrupa el chaval en una sola mano. Una pareja de bulldogs franceses, con sonrisas dóciles en unas caras anchas; el peso dominante mezclado con la textura sedosa de un cocker spaniel, que meneas la cola como un radar señalizador; y el musculoso gigante

cuadrado gran danés forman un grupo de seres que ladran sin control alterando el comportamiento de su cuidador. El sonido electrónico intermitente que emite un bolsillo de la cazadora con motivos de piel de leopardo es ahogado por los cláxones de los coches llamando la atención sobre el muchacho y su jauría. La vibración del teléfono móvil alerta al chaval.

-Hola -habla al aparato-. ¿Cómo estás? Sí, aquí ando por la calle con los chuchos. Sííí -ríe como un tonto-. Es un trabajo duro pero consigo un buen dinero. Están un poco rebeldes pero, nena, soy el señor de las bestias. Vale, de acuerdo, nos vemos esta noche en el garito. Besos nena.

Con dificultad vuelve a esconder el teléfono en su cazadora. Al pensar en los perros vislumbra sendos billetes de Euro en su lugar. No le gusta tratar con los dueños. Le dan la impresión de ser unas personas adineradas que poseen mascotas para exhibirlas ante los sequitos más vacíos y fríos de la sociedad. Gente que tiene hijos como si fueran jarrones caros. Gente que lucen coches de alta gama para marcar su poder adquisitivo frente otros humanos. Gente extraña que le parecen de otro mundo, más estúpido si cabe. Algo sacude los intestinos de la camada. Los perros olfatean el horizonte y unos pequeños gruñidos son intercambiados entre ellos. El que más nervioso se muestra es el gran danés que, rígido como una roca, parece enfocar algo que no le agrada en su mente de can. Un fuerte lance pone en guardia al muchacho.

-Quieto Dictador -ordena.

Consciente de no tener una voz lo suficientemente grave con autoridad chasquea la lengua para generar un sonido desagradable. La respuesta animal del más poderoso de los cuatro se convierte en la liberación de la correa metálica para desesperación del muchacho. Veloz, abandona al humano con los compañeros de amarre balbuceando grititos cercanos al lloro desconsolado. No hay quien detenga tal avance animal de fuertes extremidades.

La arena resbala bajo los pies de Ricardito. Se gira sobre sí mismo haciendo voltear la tela de la muleta torera. Hace pases triunfales como cualquier grande de otro tiempos. Cierra los ojos para concentrarse y ver, en su cabeza, una multitud enardecida que declara su pasión por lo astro que es el niño.

-Ricardito -llama una voz-. Ven aquí.

El niño se despide de su trance paradisiaco para atender a la voz. El

abuelo Rene está sentado en una silla de plástico roñoso y sucio.

-Ven aquí te digo.

Los solares abandonados por los excesos constructores de una sociedad alejada han pasado a formar parte de los lugares recreativos de niños que revolotean entre los restos de cemento en polvo y maquinaria olvidada a su suerte. Ricardito da unas zancadas cansadas hasta llegar junto a su abuelo. Un calor cercano al agobio golpea sus cabezas. El anciano intenta quedar resguardado bajo la ínfima sombra de un parasol que mantiene con cuidado en una mano temblorosa. Con dificultad no cesa de gesticular contra su nieto desaprobando todos sus movimientos.

-Mal. Muy mal -espetea con voz quebrada.

-Joer abuelo.

-Nada. Muy mal. Pareces un gilipollas haciendo esos.

-No es para que te pongas así -sugiere el niño.

-Oye -corta el anciano-. Si no quieres aprender me marchó y no me vuelves a ver. Ten cuidado con lo que dices.

-Buenooo -cede Ricardito-. Pero es como que estuviera en una plaza grande.

-La arena no está mal. Pero no es más que un puto lugar abandonado. Queda mucho para que llegues a una plaza, y de las pequeñas.

-Joer abuelo. Ricardito raspa el suelo con un movimiento del pie derecho.

-Tienes que esforzarte más Ricardito.

-¿Ya no vas a volver a casa? -se entristece el niño de inmediato-. Es un cochino rollo. No es divertido.

-No -suspira el anciano-. No voy a volver. Lo han decidido.

-Vaya mierda es la casa. Ahora discuten más que antes por dinero. Estoy harto de voceríos.

-A mi tampoco me gusta la residencia donde estoy pero es lo que hay.

-Mamá se ha convertido en una pesada. Hoy estoy asado de calor y me ha obligado a traer un abrigo -señala la pieza de ropa tirada en el suelo junto

al abuelo-. Están locos. Locos y gilipollas.

El anciano suelta una serie de risas asfixiantes que le hacen toser gargajos alegres de su boca.

-Bueno, bueno. No digas esas cosas.

-Abuelo -reclama el niño su atención-. ¿Qué ocurrió con el dinero?

Un pañuelo de papel elimina los rastros húmedos en sus cuarteados labios. El anciano queda pensativo. Gira el anillo dorado que engarza su dedo corazón izquierdo.

-¿Qué dinero?

-El dinero, coñe. El de la familia.

-¿Por qué preguntas eso?

-Papá no para de soltar a mamá que has sido la ruina de todos.

-¿Y qué más dice? -interroga pausado el viejo-. ¿Dice más cosas? Cuenta más.

-Mucho toro y mucha hostia pero eres un mierda.

Sin percatarse, el anciano ha ido perdiendo fuerza en el brazo que sostiene el parasol y el brillo de un verano emergente hace sudar su frente arrugada. Aprieta la mandíbula. Choca la dentadura postiza con tensión ahogada. Resopla.

-¿Qué piensas tú? El niño encoge los hombros.

-Me la sopla un poco todo.

-Mira... Gané dinero. Pero también se fue. No hay más que decir. Las cosas son muy caras. Mi padre tuvo dinero y mi abuelo también, pero no puede durar eternamente.

-No importa -salta el niño con ganas-. Con mi porte torera, olé, habrá dinero. No hay que preocuparse tanto.

-Qué arte tienes figura -alienta animado el viejo-. Eres oro puro. Menos mal que he tenido buen ojo.

El parasol regresa a una posición con la que cumpla su propósito. El anciano es sacudido por una onda de vitalidad con la que alimenta sus

deseos y planes. Tose sin importarle las molestias.

-Ahora ponte a practicar -dirige al niño con súbita seriedad.

-Si ya estoy listo -replica distraído con la tela de la muleta-. Sé que soy el mejor.

-No seas vanidoso. Que luego acarrea desgracia.

-¿Para qué practicar más?

-¿Crees que todos los maestros no se han aburrido de practicar? No seas vago.

El abuelo Rene, con la mano libre, le calza los testículos minúsculos al niño de manera suave.

-No toque tanto abuelo -ríe Ricardito-. Tiene que dejar de tocar.

-¿Qué quieres decir?

-Toca mucho.

-Será posible. Escucha bien. Hay que ser muy macho para tocar los testículos de otro hombre.

-Claro que sí abuelo.

El niño avanza unos metros alejándose del anciano que no le pierde de vista.

-Te quiero ver y oír todos los pases con la muleta.

-No jodas -teme.

Clavado como una estaca en medio del descampado, Ricardito, maldice los muertos de su abuelo antes de iniciar el funcionamiento de todos sus sentidos. Coloca la tela roja contra su pecho y grita:

-¡Trincherazo!

Realiza el pase torero con la muleta baja haciendo que recorte la embestida de un toro imaginario.

-¡Estuario!

Con la muleta prisionera en las manos mantiene una rectitud con el cuerpo, inmóvil, y levanta al cielo el «tan fantástico regalo de

cumpleaños».

-¡Así, muy bien! -aprueba el abuelo desde su trono de erudito como un crítico-. ¡Haz la manoletina! -se emociona-. ¡Por Manolete!

Ricardito aguanta la herramienta con las dos manos pasando una por detrás de la espalda. Gira el cuerpo sobre su eje para terminar ondeando la tela.

-¡Así, así, muy bien. Continúa!

Emocionado, el abuelo, descende los parpados. Tanta energía gastada le ha provocado un agotamiento extremo. Deja caer ligeramente el cuerpo en busca de una postura relajada. Traslada la respiración a la boca. El sol vuelve a reflejar sobre su piel. El parasol ha caído al suelo. Los brazos sueltos ceden todo tipo de tensión. Ricardito continúa con su ritual. A lo lejos, detiene su mirada. «Un perro enorme», como diría más tarde a sus padres. El animal inmóvil sobre sus cuatro patas esboza una sonrisa amable.

-Vaya bestia -apunta el niño.

El can propicia un par de pasos hacia Ricardito que atrasa su posición.

La distancia entre especies es menor a cada movimiento del perro. El niño, iluminado por una sensación mayor corre hasta la chaqueta tirada que flanquea el abuelo sentado a la silla. Revuelve la pieza de ropa a la vez que no da la espalda al perro, que se ha posado sobre sus lomos y cuelga la larga lengua del morro. Ricardito empuña la herramienta que buscaba con desesperación. Acaricia el filo de la hoja para cerciorarse del poder del corte. Nervioso mira a su abuelo.

-Buen momento para quedarse dormido.

El niño regresa al centro del solar con rapidez. Suelta hacia abajo la muleta con un intento de recabar la atención del can con el rojo textil. En la mano izquierda aprieta el borde con madera del improvisado estoque. Levanta el brazo y adopta la postura de un auténtico matador de toros. Se siente preparado. Listo para hacer una faena perfecta. El animal atiende a las idas y venidas que realiza el niño con la muleta casera. Mantiene una actitud relajada frente al humano. Para el niño todos los sonidos externos desaparecen. En su imaginario el público de la plaza Monumental le aclama, repiten su nombre con corazón, vitorean su porte, y su belleza temprana.

-¡Eh! -grita Ricardito-. ¡Toro!

El animal se abalanza hacia el niño. La musculatura de las patas hacen un trote mágico con cada pisada.

-Yo soy Ricardito, el niño bonito.

Capítulo 3

FRÍAS MANOS EN NOVIEMBRE

El último día de octubre, el 31, siempre es helador. Se da paso a noviembre, el mes más depresivo del año, y se revuelve con rabia ante su fin. La oscuridad de la noche era rota por la frágil luz de las farolas en la calle. En las casas se habían encendido los sistemas de calefacción con el temor de una venida incipiente de nieve blanca. La calle Cyr, extensa y con vecindad agradable, era una formación de chalets adosados, casas independientes unidas a otra en un intento de escapar su propietarios de los enjambres urbanísticos que maximizan el espacio pero homogeniza vidas. Los ladrillos rojizos daban una sensación de calidez contrapuesta al hormigón grisáceo del corazón de la ciudad. Cada casa poseía su pequeño jardín correspondiente a la entrada de la finca donde el césped era cuidado semanalmente con esmero. La zona no era de opulencia pero sus habitantes estaban hermanados hasta tal punto que muchos fines de semana todas las familias se reunían para limpiar su calle con el premio final de una gratificante barbacoa social donde relacionarse, y ser parte de un «algo» que no se encuentra en ninguna urbanización de un nivel de renta alto, formaba un halo de felicidad vecinal muy cotizada en la ciudad.

El último día de octubre, un viernes. La lluvia comenzó a caer sobre las once y media de la noche para empapar los tejados de pizarra negra que reflejaban los relámpagos en la lejanía. El agua añadió una humedad profunda, correosa e interna haciendo tiritar los huesos cansados.

Havier se frotó los ojos para despejarse. Con lentitud dio unos pasos desde el sofá en el que había estado sentado por horas leyendo sin pausa unos estúpidos informes de segregación ente animales salvajes. Junto a la venta del salón observó el viento arrastrando los papeles venidos desde la otra punta de la ciudad.

La televisión, encendida, para romper el silencio, comenzó a emitir información de meteorología. Prestó atención a la mujer que se esforzaba en la pantalla por comunicar lo mejor posible las inclemencias del tiempo que acompañarían la semana entrante. Havier miró el reloj que colgaba en una pared. «Quince minutos para las doce», dijo. Se sacudió las manos para calentarlas. Siempre las tenía frías, como si no llegara la sangre hasta las puntas de sus dedos.

La pantalla mostró el anuncio de una película antigua con monstruos aterradores que recordaba al telespectador la celebración de Halloween. Con el paso de los años, la festividad yankee, había logrado imponerse en el país por encima de la religiosidad antigua. Havier pensó que era normal. «La gente prefiere divertirse a llorar y rezar». Decidió que bien

podría entretenerse con la película al encontrarse solo y harto de un aburrimiento soporífero que le crispaba los nervios. El estomago rugió. Había comido un triste sándwich a la hora del almuerzo por no manchar los utensilios de la cocina y verse obligado a limpiarlo después. Tranquilizó su hambruna con una palmada en la tripa como quien acaricia a su mascota. En la cocina, decorada con fotografías de alimentos como zanahorias y tomates junto a los colores llamativos de los muebles, rebuscó dentro de la nevera en busca de cualquier cosa que cesara su salivación. Apartó de su vista una lechuga hasta el infinito ostracismo del cajón acondicionado para los vegetales. Apoyado en la puerta del electrodoméstico, como quien espera la venida de un autobús de línea, no personificó movimiento alguno, se mantuvo con paciencia, expectante. Los días en los que se quedaba sin pareja hacían que se sumiera en una dejadez infantil. «Tengo que ir a hacer la compra» era la frase más repetida cada vez que necesitaba alimentarse convirtiendo su ser en un procrastinado casero, de andar por casa, de sus labores.

Sobre la encimera de la cocina dejó asentado un tupperware de color blanquecino. Al abrirlo, el intenso olor del vinagre golpeó su nariz. Sin serle desagradable en exceso hizo un toqueteo estudioso sobre los pocos boquerones que nadaban en el líquido. Lamió sus dedos en señal de limpieza animal. En su opinión, su suegra poseía una mano maravillosa para la cocina muy superior a la media habitual. Havier se alegraba con las visitas que ella hacía, cargada con una diversidad pasmosa de platos cocinados encofrados en recipientes de plástico. Pero, nada más. Un extraño agobio se apoderaba de él al estar juntos en un mismo espacio. Ella era muy suya, y él muy propio. Esta era la única razón que había encontrado plausible para no dar apariencia de resquemor ante ciertos comentarios que dejaba en el aire ante su hija.

Comió un par de boquerones y retornó el tupperware al frigorífico. Con mimo comenzó a preparar un bocado con los restos que encontraba en las baldas de la puerta. Sobre una rebanada de pan de molde estiró una huérfana loncha de jamón cocido con un color rosado más artificial que cualquier dulce que enloquece a los niños. Alineó tres pepinillos, arrugados como pasas verdosas, de manera lineal hasta parecer haber alcanzado una perfección espacial. Otorgó un final de vida útil a medio huevo cocido un tanto reseco con pequeños cortes de cuchillo para unirse a la creación culinaria bizarra que improvisaba sobre la marcha. Con un rectángulo de queso blanco de grosor milimétrico arropó todo el conjunto como si se tratara de una cama. Con otra rebanada de pan de molde coronó el resultado final. Lo miró, inseguro de querer catarlo. «Menudo invento los sándwich», rió tontamente. Pensó que era la idea perfecta para el desvarío nocturno.

Con la primera mordida formó una especie de engrudo al masticar. No resultó ciertamente agradable la combinación de los sabores. Allí, de pie en la cocina, mientras se esforzaba en comer, y escuchaba la lluvia

golpeando la ventana, recordó una tarea pendiente. «Mierda, la ropa», se alarmó. Desprendido del pedazo restante de sándwich sin comer abrió la portezuela de la lavadora. La desilusión se apoderó de él con cada camisa, pantalón o braga íntima que sacaba del interior de la máquina con un olor a trapo viejo y encharcamiento arraigado en la ropa. Javier lanzó un suspiro con amargura. «Te echo de menos Nora. Soy un desastre». Volvió a insertar dentro de la lavadora todas las prendas inspeccionadas sin buen resultado para abandonar la cocina entre gestos de desesperación por haber sido tan irresponsable. En el salón se dejó caer en el sofá frente al televisor que seguía funcionando sin descanso desde un par de días atrás. Sonrió percatándose de que el protagonista de la película, bien parecido a Humphrey Bogart con su piel dura y mueca ladeada, pronunciaba frases lapidarias de corte tenebroso. Con una celeridad pasmosa se levantó del sofá y redujo la intensidad de la luz del salón gracias al mando de control cercano en una pared. Procuró no repetir con violencia su asentamiento sobre el sufrido sofá. Nora siempre le reprochaba que los muebles durasen poco gracias a su inconsciente culpa. La música de la película le atrapó hasta el punto de verse tarareando la melodía como en un karaoke. La digestión le provocó un estado de relajación que hizo caer sus parpados como persianas. Quedó adormecido. Un atisbo de saliva caliente resbaló desde sus labios hasta la descuidada barba. Se revolvió en el sofá como un perro con pulgas que necesita rascar el cuerpo contra cualquier superficie rugosa. La camisa de cuadros últimamente había menguado y a cada movimiento que hacía iba descubriendo al mundo su abultada tripa que años atrás no existía.

Un leve ronquido surgió de entre la respiración pausada. En un glorioso blanco y negro, el monstruo de Frankenstein dio la sensación de estar estudiando tal espectador desde la pantalla. Lo que sacó de su letargo a Javier fue el gran golpe seco que llegó desde la puerta principal de la casa.

Asustado, en un principio, tras la potencia del ruido, corrió a trompicones hasta la entrada. Unas piernas subieron al piso superior en carrera. «¿Nora?», preguntó Javier al aire.

Una sucesión de pequeños estruendos provocados llamaron su atención lo suficiente para envalentonarse con decisión a subir por las escaleras. Frente a la puerta de una habitación sospechando del origen de tal alboroto se resignó a conocer el motivo. Tocó la madera con el puño derecho cerrado llamando cuidadosamente. Tras tres choques de los nudillos en la puerta una voz apagada contestó sufrida.

«Déjame. Déjame en paz». Javier intentó abrir la puerta pero la cerradura interior cortó su intención. «Te he dicho que me dejes. Vete.» Entre ahogos se distinguía algún que otro sollozo. «¿Por qué has vuelto a casa?», preguntó Javier. «¿No te ibas de fin de semana a una fiesta con los amigos?», continuó. «Vete. Quiero estar solo». «Ari. Sé que estás

llorando. ¿Qué ocurre?» Un silencio tenso se mantuvo durante un par de minutos. «Ari. Ya sé que los chicos pueden llorar. Abre, por favor».

En todos los momentos en que Javier había tenido que ejercer su papel de padre jamás entonó una voz tan protectora. Suave, de una calidez amorosa que solo se da en la naturaleza, con preocupación por la cría. La puerta se abrió despacio. Entre sombras, a oscuras, en el interior de la habitación, la voz de su hijo le invitó a adentrarse. Podía escuchar su temblor en los labios.

Encendió una pequeña lámpara que sabía que siempre estaba cerca del marco de la puerta pensando en los apagones que provocaban las fuertes tormentas invernales. Con una tenue iluminación pudo apreciar la humedad que había empapado las ropas de Ari: unos atuendos extraños, como todas las modas generacionales, pero que cumplían su propósito de destacar de lo habitual. Le costaba creer que su hijo de dieciocho años, y medio, fuera una especie de mezcla entre gótico urbanita, con sus tejidos negros y ceñidos, y rastafari plástico con estilo de seguidor de música jungle. Pero, «a todo padre le extrañan las modas de sus hijos», pensó Javier. «Es ley de vida».

Su hijo Ari era un muchacho bastante escuálido de compleción. Le recordó a una cría de oseño repudiada por la manada y abandonada a su propia suerte que había visto en un tour de vida salvaje en su luna de miel por los países del norte. Muy entrañable. Tan necesitada de amor. Javier se apoyó en el suelo, hincando la rodilla derecha, junto a Ari que con las manos ocultaba su rostro lloriqueando sin control. Las extrañas rastas de plástico de tonos flúor muy chillones se veían incrustadas a conciencia entre el pelo azabache del chico. «¿Qué te ocurre, Ari?», preguntó Javier. «¿Por qué lloras?»

Apartó las manos de su hijo para verle el rostro. Las lágrimas habían destrozado el maquillaje facial convirtiendo la estrella dibujada en el ojo izquierdo del adolescente en un borrón que bien podría ser un cuadro de por-art. «¿Es parte del disfraz de Halloween?» Ari miró a su padre uniendo rabia a su dolor interior. «Papá. Sabes de sobra que siempre voy así vestido los fines de semana». «Ya. Era una broma. Es que pareces un fan del grupo Kiss». El joven retomó su angustia desconsolada. «¿Te has metido en una pelea?», preguntó el padre. «No. ¿Qué dices?», respondió Ari con desesperación por no ser comprendido. Sorbió los mocos convertidos en líquido que sobresalían por su nariz. «Entonces. ¿Qué ha ocurrido? Se suponía que ayer te habías marchado de fin de semana con tus amigos. ¿Por qué has vuelto?»

Sin una respuesta inmediata, debido al estado de nerviosismo de su hijo, la paciencia de Javier fue en descenso. Con resignación esperó que su cría se calmara, que relajara la postura que tenía en su contra, que respirara como una persona normal. Lanzó un vistazo general a la

habitación.

Los carteles de películas con temática sangrienta y gore nunca le agradaron, ni siquiera como expresión artística. La cama desordenada de Ari, con las sábanas cercanas a parecer toallas de baño reutilizadas, se había convertido ya no en un clásico sino en una marca personal de su hijo. Los juegos de la videoconsola compartían espacio físico con libros de texto machacados por el mal uso recibido como arma arrojadiza en todo momento de amago de estudio.

Havier pensó que quizás, ni Nora ni él, habían tomado una actitud autoritaria lo suficientemente efectiva para mantener un orden en el hogar. «Es tan difícil ser madre» había escuchado a veces salir de los labios de su mujer para justificar su negación para aplicar cualquier castigo.

A veces ella tiraba de la carga familiar en que se convertía su marido por puro egocentrismo. «Dime, qué te □ ha ocurrido». «Nada. Qué todo es una mierda, joder», respondió Ari.

«Pero por qué. ¿Qué ha ocurrido?», insistió Havier. «Nada, joder. La gente es muy mala. Nada más». «¿La gente, pero quién?», torció la mirada paterna. «Nadie. Ella». «¿Quién?»

«Ella, joder. Mi novia». Havier se sorprendió con ese detalle. No se había dado cuenta, o nadie le había informado, de que su hijo, su cría, tuviera una relación estable de pareja. «Tu novia», repitió. «No sabía nada de eso. ¿Quién es?» «No sabías nada porque es un asunto personal mío».

La efervescencia de su rabia adolescente solía florecer en los momentos menos apropiados. Ari no conseguía controlar sus ataques aunque intentara los ejercicios que el psicólogo del instituto recomendó en una de las numerosas visitas a su despacho de trabajo.

«¿Cómo se llama ella?», preguntó Havier con curiosidad. «¿Qué más da ahora? Me ha dejado», Ari volvió a romper a llorar sin freno. «Tranquilo», probó Havier a tranquilizar posando una mano sobre el hombro derecho de su hijo. «Yo la quería mucho. La quiero mucho».

El cuerpo de Ari se convulsionaba con cada palabra que pronunció sin control. Havier no soportaba ver tal indefensión de frente. Abrazó con ímpetu a su hijo para transmitirle un poco de serenidad. El chico se tranquilizó por momentos. «Así, tranquilo», dijo Havier. «¿Estás mejor?» Ari asintió con la cabeza igual que un muñeco sin voz. Volvió a sorber sus mocos y se apartó de la cara los restos de lágrimas con el reverso de la manga del jersey formando una mancha de maquillaje en la tela. Sentados en el suelo, los dos, esperaron en silencio que anduviera el

tiempo.

La melodía lejana de la película en el televisor del piso inferior se colaba por la escalera hasta entrar en la habitación del chico. «¿Estás mejor?», preguntó de nuevo Javier con insistencia. «Sí. Ya te he dicho que sí». Javier deshizo el abrazo protector y se incorporó de pie, miró a su hijo en el suelo y le mandó una orden con voz grave: «Arréglate un poco. Baja al salón y hablamos». Dio media vuelta con un giro teatral y salió de la habitación sin mirar hacia atrás para comprobar el gesto de asombro molesto de cría. Cerró la puerta tras de sí con excesivo cuidado de no generar el más mínimo ruido, con suavidad estudiada. Quieto, en el descansillo del piso superior cerró los ojos y los presionó con las yemas de sus dedos derechos con el resultado de apreciar una explosión de lucecitas parpadeantes en la oscuridad mental. Cuando puso fin a su actividad de relajación lanzó un vistazo hacia el dormitorio que limitaba con el de Ari. Dentro, la cama de matrimonio que compartía con Nora no era más que otro mueble sin uso de la habitación vacía de vida. Descendió con pesadez la escalera.

En el salón hizo caso omiso del televisor. Se acercó a la venta. Había dejado de llover pero el viento aún arreciaba con su acción alteradora del ambiente. Javier pensó en Nora. Le hubiera gustado que fuera ella la encargada de la situación. Ella poseía mejores modos para tratar con Ari. Se creyó tonto por echarla tanto en falta tantas veces al día. Cuando Javier y Nora se conocieron, años atrás, él sintió una atracción animal por ella debido a la paz que irradiaba con cada sonrisa que había dedicado a las estupideces que se le ocurrían para cortejarla.

«Demasiados viajes de trabajo últimamente», razonó Javier. Ella ya se lo había explicado de mil maneras para acabar en un mismo sentido: su trabajo formaba parte de ella y no estaba en ningún caso dispuesta a renunciar a nada. «La contabilidad es muy importante en la empresa. Me siento considerada y bien tratada». Javier admiraba la facilidad de la que Nora era dueña para manejar números y operaciones, sumamente complicadas para él, con la cabeza. En ocasiones puntuales pensó que era tonto. Directamente. Y ella lo sabría tarde o temprano. Lo descubriría.

Aunque Nora era dulce, de carácter templado y con una comprensión hacia los actos del resto de la humanidad extraordinaria bien podía tornarse agresiva y de malhumor con cosas simples y nimias. Un tenedor mal colocado en el sitio de las cucharas. Una braga íntima mal plegada en su cajón de reposo. La hierba crecida del jardín. El pan endurecido por la punta y blando en el centro. Los alimentos con gluten. El olor a cobre de los céntimos. Y cientos, miles, y millones de cosas extrañas lograban que ella se convirtiera en un monstruo de agresividad apagada pero contundente. Pero, también, eran parte de su atractivo incuestionable.

Ari se retrasó en presentarse frente a su progenitor. Cuando entró por la puerta del salón de la casa mostraba un aspecto desastroso. La cara limpia de maquillaje había dejado paso a poder apreciar la angustia del muchacho con los ojos enrojecidos por los lloros y unas ligeras sombras oscuras como una emulsión bajo ellos que no eran más que unas simples ojeras producidas por cansancio. El pelo, libre de las extensiones de plástico, se encontraba revuelto como lana usada a pesar de carecer de gran longitud. El chico estaba enfundado en un antiguo pijama fabricado con una tela que solo mirarla causaba una molesta urticaria incipiente. Javier sonrió para contrarrestar el notable desagrado de la situación.

Ari se sentó en una parte alejada del sofá levantando una barrera invisible entre él y su padre. «¿Qué es lo que te ha ocurrido?», preguntó Javier. «¿Tengo que repetirlo?», soltó Ari con fuerza. «No, claro. Perdona». La televisión congregó las miradas de los dos. La gente parecía feliz, sonriente y agradable en la pantalla. Todo era fiesta. «No sabía que tuvieras el pelo corto», dijo Javier. «Cómo siempre te veo con todo ese plástico encima». «¿Qué es lo que quieres? ¿Te cuento mi vida personal?» «No es eso», respondió Javier cohibido. «Solamente es que estoy preocupado». «Ya te he dicho que mi novia me ha dejado. Eso me pasa». «¿Pero por qué, qué ha sucedido?» «Ha sucedido que la gente es malvada si lo desea. Y por desgracia le encanta hacer daño a los demás». Con tales palabras, Ari, dio paso a que brotaran de nuevo unas pequeñas y escuálidas lágrimas por su cara. «Son unos cabrones y ella es una cerda». «¿Pero quién?» «Mis amigos. Si se les puede seguir llamando así todavía». «¿Qué ocurrió?» «Estábamos todos de fiesta en la casa de uno de ellos, de Ramón, todo iba bien, de fabula. Nos divertíamos. Yo acompañaba a Lana, mi novia, y de repente comenzaron todos a burlarse de mi de una manera muy cruel». Los lloros se adueñaron de Ari convirtiendo al chico en un ser estridente. «¿Cómo se burlaron?», preguntó paciente el padre. «Se rieron de mis orejas», sentenció Ari. «No entiendo», se extrañó Javier. «Todo porque las tengo un poco hacia fuera. Se burlaron de mi defecto físico. Son todos unos cabrones». «Pero, no tienes las orejas de soplillo, ni nada igual». «Eres mi padre y eso no lo admitirás nunca». «No, en serio. Tienes las orejas normales». «Ya basta. Lo que tú digas no importa. Ellos se burlaron aunque sabían que lo paso mal con esto. Y ella, Lana, se ríe con ellos». «¿Eso fue todo?», preguntó Javier expectante. «Se rió con ellos», repitió Ari molesto. «No pasa nada, ¿no?» «¿Qué?, se burló con ellos. ¿No lo entiendes? Me dejó solo y se rió». «¿Por eso se ha terminado vuestra relación?» «¡Debería haberme apoyado, no reírse de mí!», chilló el chico.

Con los lloros sin control, Javier, en el otro extremo del sofá, se sintió perdido ante el coctel de hormonas que había explotado en su cara por sorpresa. Paralizado por el temor de decir algo inapropiado que el chico tomara como un ataque comenzó a mordisquearse las uñas igual que en sus años mozos. Finalmente se levantó con férrea decisión, se dirigió a la cocina y al abrir la nevera extrajo una pareja gemela de botellas de

cerveza fría que al regresar junto a su hijo ofreció amablemente. «Toma», ordenó como invitación. «¿Qué haces?», se asustó Ari. «Toma. Bebe conmigo. Abrete». Con incredulidad el hijo aceptó sin poner ninguna excusa para evitar a su padre. «Cuéntame, cómo te sientes», dijo Javier mientras se sentó frente a Ari. «No comprendo». «Tienes que abrirte para poder superar esto», sonrió Javier. «Pues no sé cómo voy a hacerlo. La quería mucho». «A lo mejor no se ha acabado». «Claro que sí. Ella me lo ha dejado claro. No sé, qué voy a hacer ahora». Javier bebió de su botella con ansia. Su hijo daba la impresión de encontrarse en un mar de sentimientos que le cortaban la respiración y le dejaban a la deriva.

«Tienes que hablar de cómo te sientes. ¿Qué piensas? Déjame ayudar», aconsejó Javier con voz seca a pesar de llenarse la boca con cerveza. «Ábrete», añadió. «¿Qué es esto? ¿Otro ejercicio de psicología animal? Soy tu hijo, no soy otro caso de tu trabajo para que trates con tu charlatanería. Soy tu hijo». «No tiene nada que ver con mi trabajo. Se trata de ti, lo hago por ti». Ari resopló como el relinchar de un caballo percherón en señal de mofa. «¿Quieres que me abra y me das alcohol? En plan papi-guay». «¿Cómo quieres hablar?» Ari, sin pronunciar palabra, hizo una mueca pidiendo tiempo. Salió del salón y tras un par de minutos de situación en vilo y escuchar su trote por la escalera de la casa reapareció con una cara más amistosa hacia su padre que esperaba sin reaccionar. «Así puedo abrirme y hablar contigo», dijo Ari mostrando un cigarro liado de manera casera y de manera burda. «¿Qué es eso?», preguntó Javier. «¿Tú qué crees?» «No me gustan las drogas en casa», informó a su hijo. «Es lo único que puedo hacer para abrirme». «No me gusta que fumes hierba». «¿Hierba?», rió Ari. «No está bien que te permita hacerlo». «Estás anciano papá, diciendo hierba y cosas raras de esas».

El muchacho prendió la punta del cigarro con un mechero que escondía en su mano derecha. Aguantó el humo en su interior con la primera calada para expulsarlo despacio saboreando los matices. Javier observó callado. El salón se inundó rápidamente de una capa densa y cargada de humo que se incrustó en cada fibra del lugar. En su trabajo, Javier, siempre había intentado crear unos lazos estrechos con todos los especímenes animales que trataba, ser de una cercanía agradable para poder llegar a la causa de cualquier problema de actitud que pudiera diagnosticar a sus casos más relevantes. Y su hijo era como uno de aquellos especiales que le llevaban al límite con sus juicios y practicas en uso.

«Dame la hierba», pidió gentil Javier a su hijo. Probó el cigarro con pequeñas chupadas. Recordó sus tiempos de juventud. Cómo fumaba a diario marihuana con sus amigos del pasado y las risas y emociones de no apreciar limite a cualquier cosa que se propusiera sin llegar a llevarla a cabo. «Ahora. ¿Qué te molesta de lo que te ha sucedido?», preguntó con la vista fija en su cría. «En realidad, me da miedo», respondió el chico. «¿Por qué?» Hubo un parón de palabras. «No sé, puede que porque no me

imagino la vida sin ella». «Eres muy joven todavía. Puedes conocer a más chicas». «Pero no son ella». «Obvio», sonrió el padre fumando desafortunadamente. «Ellas no me dirán las cosas que Lana me decía», soltó con renovado temblor corporal. «Te queda mucha vida». «Me siento solo sin ella y eso me da miedo. Ella no debería haber seguido la broma. Tenía a alguien, me gustaba y se ha terminado. Nada volverá a ser lo mismo».

Havier dio una nueva calada al cigarro calentando la boquilla seguida de un trago de cerveza.

«Todo se ha terminado. En el momento en que ha dicho que ya no había magia lo comprendí. Me echó la culpa de atacarla, que no la dejaba respirar y no sé qué más y siguió riendo con ellos. Y yo, yo la quiero». Ari lloró mientras su padre le observaba con aspecto de ido, pensativo en sus cosas particulares, como si la marihuana le hubiera dejado apartado del mundo real para ser atendido más tarde, con calma.

La estampa familiar, juntando dos generaciones, era ridícula, añadiendo una nueva muesca al listado de momentos disfuncionales que padre e hijo compartían asiduamente sin la unión materna.

«El amor es una aventura que bien puede ser una mala experiencia. No tienes que cerrarte a lo nuevo que venga», dio como consejo Havier, sin pestañear lo más mínimo. «No entiendes que no será lo mismo. Yo quiero a Lana. La quiero a ella», suplicó Ari al techo de la sala. «Mira, el dolor que sientes ahora mismo será pasado y te aseguro que volverás a estar bien para seguir adelante. Apóyate en tus amigos y en la familia».

Ari apartó una legaña de su ojo derecho. Respiró profundamente para llenarse de aire. «Mis amigos se han burlado de mí». Havier asintió, sin importarle el comentario. «La olvidarás. Animo».

La televisión comenzó a retransmitir un programa de tele- tienda. Dos presentadores estiraban sus sonrisas al máximo para vender con falsa confianza un plástico que logra cocer huevos.

«Papá, eres patético dando consejos. No tienes ni puta idea de los sentimientos humanos. ¿Dónde está mamá? Ella me comprenderá».

Ari se levantó del sofá con el deseo de buscar a su madre por la casa. El rostro de Havier se mantuvo desencajado.

«¿Ahora preguntas por tu madre? Recuerda que se ha ido por trabajo. Volverá pasado mañana, por la noche». «Será mejor que espere a que ella regrese». Havier retiró la mirada a su hijo con ofensa. Se sintió dolido de una manera especial, como si su retoño negara que su padre pudiera tener sentimientos arraigados en un amor no convencional. «Me voy a la cama. Puede que mañana sea mejor». «Ya, claro», dijo Havier sin más.

«No te lo tomes a mal papá. Pero tú solo tienes como referencia a mamá. No has sentido lo mismo que yo. Algo intenso que se rompe».

Ari se despidió zarandeando su mano derecha. Abandonó a su padre en el salón en una postura rígida pareciendo una gárgola de catedral anclada en el sofá. El cigarro de marihuana fue apagado con rabia en un cenicero antiguo, recuerdo de los días de fumador de Havier. Con un tambaleo causado por el mareo, de la combinación de cerveza y droga, el padre hizo un gran esfuerzo por apagar todas las luces del salón y subir las escaleras, tan malditas como las percibía, en la oscuridad total, con solamente la guía del posicionamiento mental de cualquier obstáculo, hasta poder llegar al dormitorio principal que asiduamente compartía con su mujer.

Un lugar diáfano, buena muestra de la energía y empeño con el que Nora limpiaba su territorio. Las ventanas sin cortinas habían sido una de sus condiciones inquebrantables cuando habitaron el hogar. Ella necesitaba la luz natural para funcionar correctamente, con vitalidad, como una planta o una bella flor primaveral. Las fotografías familiares con unos marcos lisos y delgados negros se sucedían sobre las pequeñas mesitas impolutas que guardaban como torres de defensa la cama.

Havier se acercó al armario empotrado en la pared donde se almacenaba colgada en perchas la ropa del matrimonio en vastas bolsas de plástico transparentes y el calzado era apilado en el interior de sus cajas originales en el suelo, al fondo. Con cierto mareo se agachó. Rebusco entre los calcetines que se exhibían en una cajonera baja con miedo de no hallar buen resultado en su búsqueda. Respiró con alivio al dar con un sobre abultado por el contenido que atesoraba. Lo miró por distintos ángulos para apreciar los pequeños rotos en el papel y alguna mota oscura. Con una parsimonia lenta gracias al cigarro de marihuana se sentó en un borde la cama. Abrió el sobre con suma delicadeza con temor de provocar algún daño severo. Utilizó el dedo índice y el pulgar de su mano derecha a modo de pinza para sacar el taco fotografías que tanto le habían golpeado la mente durante la última media hora. Havier se dedicó a pasara entre sus manos todas las imágenes impresas. Momentos de juventud. Tiempos pasados de sangre alborotada. Rostros de júbilo. Personas olvidadas por el día a día, año tras año. Rememoró situaciones que habían marcado su vida. Incluso, por un rato, se arrepintió de poseer tal archivo. «El pasado no es más que pasado», se dijo a sí mismo. Una fotografía en concreto redujo su estomago sintiendo como si una pelota de ping-pong le subiera por la garganta raspando las paredes de carne. En realidad, esa era la fotografía que desde un primer momento había buscado pero hubiera sido una afrenta no hacer caso al resto de recuerdos. Una mirada modesta, acompañada de misterio sobresalía del papel fotográfico impreso. Havier fijó su atención en la figura de sensualidad adolescente y delgadez refinada sin pretender ser el centro de atención. El rostro de apuntes andróginos de una joven chica del pasado hizo que Havier imitara a su

hijo desprendiendo una lágrima de sus ojos. Se sintió bipolar.

Sonreía pero estaba triste al instante. Se preguntó: «¿Cómo seríamos ahora si todo hubiera sido distinto?»

Creyó mantener una minúscula conversación con la protagonista de la fotografía. Puede que aquella chica captada por la lente de una cámara antigua de un joven Javier fuera la que más hondo hubiera hundido su dedo en el corazón humano. Con un gesto extrovertido. Con sus pechos asimétricos. Con su intención de cambiar el mundo con acciones educativas. Con una voz sensual de amor. «Sí. Lo que podría haber sido y no fue», se sobresaltó Javier. En esencia, los errores de él provocaron la ruptura de una extraña y mágica química llegando a convertirle en la persona que observaba la fotografía, votaba a la facción derecha en política, comía alimentos refinados y procesados de manera orgánica como si fueran a salvarle de una enfermedad inexistente aún, ignoraba el reciclaje e iba a misa de doce todas las mañanas de domingo.

Havier lloró.

Callado, aconplejado, sintiéndose estúpido y abandonado. El pasado era pasado pero el dolor se había mantenido fresco con el paso del tiempo.

Capítulo 4

EL REY PLÁSTICO

Aparte de los apellidos creo que no tengo nada más en común con mis padres. No me siento identificado con ellos. No es que sea un mal hijo, o quiera aparentarlo. Quiero a mis padres, es un deber y un derecho. Simplemente es que no pienso de la misma manera. No compartimos opiniones en multitud de debates. Las formas de ser son enteramente distantes entre nosotros. Multitud de ocasiones hemos tenido choques dialéctico. Puede que sea por la diferencia generacional. O, puede que sea la manera de ver las cosas. La última discusión que tuvimos fue de carácter político sobre la igualdad de los hombres. Mis padres creen en ella. Yo, no. Es muy bonito, pero no es real. Se enfadaron mucho conmigo. Ni siquiera entre nosotros somos iguales.

«Pequeño fascista», me llamó mi padre. ¡Ah! Por eso pensé en la diferencia generacional. Incluso he llegado a plantear cambiarme el nombre, pero creo que no es más que una rabieta de rebeldía.

¿Qué ocurrió? ¿El último día? No quiero seguir hablando. ¿Es bueno para mí? ¿Qué ocurrió? Llevo unos días pensando en ello, y no lo sé. De verdad que no lo sé ¿Qué ocurrió?

Recuerdo que hacía buen tiempo. Me encanta la primavera. O por lo menos me encantaba. Es casi mi estación del año favorita. Es el comienzo de las buenas fiestas al aire libre. Provoca una reacción química en las cabecitas de la gente para que se inicie la desinhibición de los cuerpos con la temperatura agradable de las noches. Comienzas a salir a la calle en camiseta de manga corta... ¿Eh? Sí, claro. Continuo. Hacía buen tiempo. El sol me daba un calorcito agradable sobre la tripa al estar tumbado boca arriba en el césped del jardín de casa. Ni una nube en el cielo. Todo era azul tranquilizador. Pero, yo estaba triste. No, no sé porque. Tampoco sé la hora que era. A lo mejor mediodía, por ahí andaría. ¿Qué más da? Formaba parte de mi rutina. Cuando se podía, salía al jardín y me quedaba apaciblemente. Tranquilo. Pensando en mis cosas. ¿Qué son mis cosas? Muchas tonterías. Sigo contando. Estaba tranquilo. Triste, pero tranquilo. Calentándome la piel bajo el sol cuando escuche la voz de mi padre. No me había percatado de su presencia. Siempre andan como fantasmas, mi madre y él, sin hacer ruido.

-No puedes estar así el día entero. Pareces muerto, como un cadáver, sin vida -me dijo.

Mi madre le acompañaba, colgada del brazo de su macho, como la buena pareja que son. Unidos todo el tiempo. «El día sólo tiene veinticuatro horas», escuché miles de veces para justificar su amor desmedido. Verlos

tras los cristales ahumados de mis gafas de sol de trescientos euros nunca me ha resultado agradable. Siempre he querido paz.

-Es increíble tu actitud -dijo ella con acritud-. Por lo menos muévete. ¿Qué pensarán los vecinos?

-Deberías hacer algo con tu vida -añadió papá-. No estar tumbado.

En ese momento pensé que me gustaría que tuviéramos una piscina en el jardín. Con agua fresca, fría y cristalina, que me limpiaría. Mi madre torció el morro al hablar a su marido.

-Ya qué importa. En fin. Nosotros nos vamos -me informó sin importarme-. Ya volveremos.

Creo que se dirigió a mí vocalizando con la boca bien abierta, como si hablara con un sordo, porque en realidad no prestaba atención.

-Deberías salir tú también. Te asilas del mundo -dijo mi padre.

Tuve que hacer esfuerzos por morderme la lengua, por no contestar de manera soez. Estaba cansado de tanta fiesta. Había llegado a mi límite soportable. Es como si deseara jubilarme del ocio de la vida social. Pero ellos, ¿qué iban a saber?

-Déjalo. Deja que se quede tranquilo -inquirió mi mamá-. Nos vamos. Adiós cariño -se despidió.

Los vi marcharse, como la pareja ideal que eran, muy apretados, cuerpo con cuerpo. Más bien diré que vi sus espaldas. Se fueron a uno de esos encuentros que tienen semanalmente con sus amigos de toda la vida. Quedan todos en un club selecto, que no lo es porque mis padres son socios y no son más que simple clase media; para hablar, beber cocteles de nombres extraños pero de baja graduación alcohólica, y jugar durante horas a las cartas. Desconozco el juego, o si apuestan dinero. Al final de la jornada, ellos regresan satisfechos, saciados, como si trajeran el peso digestivo de una gran comilona, con una actitud suave. Creo que envidio su conformismo. Cuando me levanté del suelo crujió todo mi cuerpo. Un dolor de huesos consiguió que diera un sobresalto. Cada vez me sentía más triste. Ahogado sin piscina. Incluso el sonido de los pájaros me pareció horrendo. Un enfado generalizado se apoderaba de mí. Era igual que una implosión de todo lo malo que percibía a mi alrededor.

Decidí entrar en la casa, un pequeño chalet a las afueras de la ciudad ubicado en un lugar bonito pero aburrido, para ir al desván, bajo el tejado. Es un espacio vacío, sin muebles. Ni siquiera hay una mísera caja de cartón. Es extraño. Un desván vacío. Mi madre tiene la estricta norma de «si no sirve, no funciona, no se guarda, acaba en la basura». Alguna

vez he subido allí arriba para fumar un cigarrillo a escondidas. En mis años mozos, cuando la piel es más bella. La única luz que había era la que entraba a hurtadillas por una pequeña ventana circular. El tejado se cierra a gran altura, no hay problema de chocar la cabeza. Hacía frío al estar tan apartado de alguna fuente de calor, pero no lo notaba mucho a pesar de ir vestido solamente con un bañador de estilo bermuda.

Trasladé desde mi dormitorio un plato... Sí, es un giradiscos. Un tocadiscos como lo llaman los de tu época. También arrastré hasta el desván mi maleta de vinilos. Con esfuerzo, logré robar del equipo de música del salón de la casa, que tanto apego, cariño y mimo tiene mi padre por él; una torre de sonido. Digo lo de esfuerzo porque resulta complicado desconectar unos pequeños cables que tiene pegados contra la pared. Pero como estaba rabioso lo conseguí con malos modos. Las primeras gotas de sudor comenzaron a salir mientras unía todos los componentes en el desván. Cuando cada cable correspondiente estuvo enchufado sin error me quede admirando el trabajo porque me recordó algo futurista, un atrezzo que podrías encontrar en ese tipo de películas del espacio exterior con cachivaches electrónicos.

El altavoz negro, oscuro y alto, era como un monolito, una gran piedra negra. Tenía los músculos de los antebrazos en tensión. Estuve un rato mirando mis vinilos. Tengo música muy buena, mi dinero me ha costado. Lo que más me gusta es el tecno. Es duro, de hierro. Con sonidos que hacen que sea el único estilo musical que me hace reaccionar. El resto de géneros son basura, pura basura. Los bombos y los chasquidos del tecno pueden ser primarios y mucha gente dice que es música para cromañones pero, ¿acaso no venimos todos de África? Entre toda la colección de la maleta había joyas encantadoras como algún disco de John Acquaviva, Orbital, Richie Hawtin, ...

Mientras estudiaba las portadas de los discos, pasándolas con nostalgia entre mis dedos, pensaba en muchos momentos de mi vida. Aquellos festivales a los que he ido tuvieron sus momentos de apogeo lisérgico comparables con las nocheviejas más arrasadoras que he protagonizado año tras año y los clubes de la zona centro ofrecen una variedad abundante de tontos y niñas monas que siempre están dispuestos a desvariar como engendros y vagabundear de after en after. En realidad, me lo he pasado muy bien. Siempre con el puño en alto, golpeando el aire. Todo el mundo lo hacía. Mi teléfono sonó. Miré la pantalla y al leer «Ricar» no sé qué me paso pero me encendí y acabé lanzando el aparato contra una pared.

-No quiero hablar con nadie -dije-. La gente es falsa, son disfraces vacíos.

Todavía me asombro de haber pronunciado tales palabras porque Ricar siempre ha sido un buen amigo mío. Hemos compartido muchas cosas,

incluso niñas tontas -pero no a la vez, no piense mal-. Me encontraba desenchajado. Tenía sed pero no quería beber. Qué locura.

Rebusqué en la maleta de los vinilos hasta dar con una copia del «somewhere over the rainbow», cantada por Marusha. Sí, ya sé que se trata de una canción de la película del mago de Oz. Todos tenemos nuestro lado sensible. Aun así, la versión es tecno. Miré el rosco grande de vinilo para comprobar que no tuviera ninguna imperfección, ni una leve rozadura que estropeará la reproducción ya que eso me crispa los nervios. Soplé la superficie eliminando las pequeñas motas de polvo que había. Cuando la aguja del tocadiscos se posó ya sentía un ahogo en la garganta. Al salir la música por el altavoz no pude más que dejarme llevar por el ritmo y balancear la cabeza de arriba abajo mientras el disco giraba y giraba. Es instinto. De repente, pensé que no quería estar sólo, aunque sí que quería. O eso creo que fue la razón de bajar hasta el garaje de la casa para hacerme con los maniqués que guarda mi madre de su etapa de modista, cuando era propietaria de una tienda de esas que venden bragas y vestía a bastantes señoras de las que el peinado permanente que se hacen es como un casco protector, un yelmo, la cabeza de Darth Vader. Sí, claro que he visto «La guerra de la galaxias». Tengo diecinueve años pero no soy idiota. La película es muy infantil, deberían ponerla en la guardería. Qué mayor es usted. Los viejos del pasado admiran tanto esa tontería... Mi padre también. Debe de ser por el rollo hippy que apesta todo el metraje.

Los maniqués, al ser de un plástico ligero, los pude subir al desván entre la mala hostia y las ganas de terminar con la tarea. Hice unos cuantos viajes, subiendo y bajando escaleras, como si estuviera en clase de gimnasia porque eran tan aparatosos que el agarre de manos no me permitió llevarlos por pares a la misma vez. Con cada viaje que me daba cambiaba el vinilo en el tocadiscos durante los cinco minutos que me otorgaba para respirar y recuperar el aliento. Me costaba hacerlo. Apretaba tanto los dientes que me supo la boca a sangre. En el mini bar del salón encontré una botella de ginebra guardada a buen recaudo ya que únicamente salía al exterior cuando las visitas importantes nos honraban con su presencia, la mayoría de veces se trataban de familiares o compañeros de trabajo de mi padre. Enjuagué mi boca con el licor mientras la reunión tan especial creada por mí tomaba forma. Los maniqués situados por todo el desván me dieron la impresión de ser yo el único dueño y señor de un grandioso y reputado club. Subí el volumen de la música tras cambiar el disco. El órgano siniestro que surgió entre las melodías me catapultó a perder, un poco, la cabeza. Bailé entre los cuerpos de plástico como si fueran personas, a pesar de conocer su composición artificial, porque yo era su rey. Me obsesioné con uno de ellos. O, una de ellos debo decir porque era femenino, tenía pechos. La cara esculpida con suavidad, un mentón puntiagudo fino y los ojos inertes

bajo un peinado chic me encandilaron. Bien podría ser humana.

-Eres muy guapa -dije como piropo al maniquí-. De verdad, eres bella. La más bella. No hay muñeca más bella que tú. Rompieron el molde contigo.

Y era verdad. Era el cuerpo muerto más atractivo de todos los presentes. Me perdía entre ellos bailando, dando giros y saltos. Seguía triste. El enfado no se me aplacaba. Me cabreó que la manera en que suceden las cosas en el mundo tuviera que ser de ese modo. ¿Qué? Yo tampoco lo entiendo. En mi cabecita tuvo que hacer «plof» algún circuito, o chip, fundiéndose. ¿Por qué no me sentía a gusto con la gente de siempre, con cualquier persona? Me molestaban y me siguen molestando. Me colgué de la botella de ginebra dando largos tragos para mitigar el dolor. El sabor del alcohol crudo no es agradable pero en ciertos momentos... Al poco tiempo, entre vinilo y vinilo, ya tenía la embriaguez que buscaba y abrazaba a los maniqués sin hacer distinción sexual. Uno a uno, tratándolos como semejantes y amigos.

-Es genial volver a veros de nuevo. Tanto tiempo atrás... Sí, muy buena fiesta por lo que parece. Es genial, me alegro. Sí, es horrible. Lo tengo fatal. Todos hablan de lo mismo.

Realmente no hice más que repetir el discurso que tantas veces había pronunciado en mis conversaciones vacías mantenidas al amparo de las noches de la ciudad. Todo se tilda de una hipócrita importancia para dar una impresión de simpatía de cara a la galería.

-Adoro salir de fiesta. Me encanta reunirme con gente que no es hueca por dentro -me reí con mis plásticos súbditos.

Hubo un parón en la música. La aguja había llegado al final de la grabación y un chisporroteo, como de freidura, sonaba en el ambiente. El teléfono sonó de nuevo. Lo recogí del suelo donde había caído tras el lanzamiento y leí su nombre en la pantalla resquebrajada: «Meri». Apague el teléfono y de una patada desapareció de mi vista con la esperanza de que acabara su vida útil. Sentí que nadie, ninguno de mis amigos, incluida mi novia, me comprendían. ¿Cómo? Sí, ella es guapa y bastante simpática. Espero poder volver a verla de nuevo cuando todo pase.

¿Mis amigos? Son gente, eso es lo que puedo decir. Son como cualquier persona, igual que yo. Antes de poner en marcha otro disco -Primal Scream fueron escogidos, me encantan- entre el silencio y los claroscuros tuve miedo al reconocer tantos rostros falsos de color carne. No quise tocar la realidad de nuevo, no podían volver a ser objetos muertos. Yo quería que vivieran y bailaran conmigo por lo que bebí ginebra con ansia de terminar con la botella. El estomago me ardió como una brasa de barbacoa sobre las manos. ¿Qué? Sé lo que es, lo he hecho. Hay que sentir dolor para vivir la vida. Se lo recomiendo, pero hágalo ebrio.

Cuando la fiesta retomó su rumbo decidí que era el momento de algo más agresivo que combinado con el alcohol me desmayara de una vez esa rabia contenida. En uno de los baños de la casa, tiene cuatro -somos privilegiados-, entramos dos maniqués y yo. Estaba en un estado que me zarandeaba de un lado a otro pero me propulsaba una extraña fuerza desconocida, que me hacía más forzado, más lanzado, más apuesto. Así lo veía yo. La música estaba a un volumen tan elevado que retumbaban los graves desde arriba como si alguien golpeará con un martillo el suelo cada dos segundos. Al verme en el espejo del baño tan acompañado me dio la risa floja. Era ridículo. Estúpido y ridículo. Pero no me quedaba tan mal la situación. ¿Acaso no eran mis «amigos»?

-Vamos, aquí también hay fiesta -dije-. Comienzo a encontrarme un poco mal y hay que poner remedio.

La ginebra revolvió mi estomago. Cuando estudié mi cara en el espejo me dio por reírme de mi mismo. Como un loco. Me vi extraño. Discernía atisbos de arrugas, similares a las que tiene mi padre. Dudo que fueran alucinaciones. No quiero ser como mi padre, con esa inquina malsana para presionarme a estudiar.

-Hay que hacer algo con la vida papá. Tener dinero para todo.

No, no soy mal estudiante. Mi media ronda el seis con ocho. No me esfuerzo en exceso porque me resulta aburrido pero me mantengo bien porque no quiero ser un tirado social sin estudios. Soy listo. Soy superviviente, leo mucho. Con el fervor ético saqué un poco de farlopa que había arañado en la última salida nocturna con mi compadre Ricar. Ya dije que compartíamos todo. El acuerdo que tuvimos esa noche fue que yo me haría cargo del asunto para que él no se la metiera pero tampoco es que yo sea una persona de fiar. Sí, me hace gracia. ¿A usted no? En el mármol negro del lavabo dispuse una líneas blancas de cocaína y las esnifé. En cero, coma, dos segundos. Lo necesitaba: despejarme y meter una descarga a la mente. Sé lo que piensa: «Si lo necesita es que es adicto». Yo digo no. El uso del que hago gala con las drogas es medicinal. Simplemente, estaba triste.

-Volverse loco es agradable -me rasqué la nariz al termino.

Una explosión instantánea me impulsó a repartir abrazos entre los maniqués. Nunca antes la casa familiar fue tan divertida. Pero repito, yo estaba triste. Si alguien hubiera echado el cierre a la puerta del desván no me habría importado quedarme allí encerrado para siempre tan bien acompañado. Mi atención recaló sobre el maniqué hembra y me pareció hermosa, más que al principio. Todo era más y mejor que en el comienzo. Besé la cara de plástico con pasión humana.

-Besas como una experta -dije-. Como una verdadera experta. Como una puta me refiero. ¿Eres puta? Qué vivan las putas.

Volví a beber compulsivamente, jugar con las personas de mentira, cambiar vinilos en el tocadiscos por... No sé cuánto tiempo. Tengo lagunas, o desiertos mentales. Le daba vueltas en la mente a mi futuro. Se supone que la persona nace, crece, se desarrolla en un trabajo, se casa, tiene hijos, enferma y se muere. No hay más. Pero, ¿por qué yo tengo que hacer esa mierda? Qué rollo de vida. Siempre he querido algo. Aunque no supiera el qué. Siempre pendiente de los sueños cuando duermo. Intento recordarlos al levantarme por las mañanas. ¿Se sueña en vano? Quiero decir: ¿sirve de algo soñar si al final se acaba repitiendo el patrón de vida? ¿Qué hago con ésta vida? Un ataque violento se adueñó de mis brazos. Reconozco que en ese momento me daba miedo ser yo. Apreté los puños con cólera. Un par de puñetazos contra los cuerpos descubrieron el inicio de una estúpida pelea. Con soltura cómica -ahora por lo menos- zarandeaba los maniqués.

-No eres más que un mierda. Desgraciado. Te mato si vuelves a tocar a mi chica. Cerdo, me das asco.

Deseaba que una estrella fugaz rompiera en el cielo para que el plástico se hiciera carne. Quise violencia. Quería desatarme. Soltar afuera lo malo. Quitar estrés de vivir. La velocidad de la situación se aceleró. Era como dar vueltas y vueltas sin fin sobre un tiovivo. El corazón me latía tan deprisa -o lento- que me pareció un motor a punto de estallar. Si no fue porque me apoyé en una de las personas falsas habría besado el suelo. Qué ganas de gritar tenía. A lo mejor lo hice. La música se detuvo. Un corte en seco. Y el silencio... Se hizo dominante. Atendí a las voces que lo rompieron como si fueran palabra de Dios. Mi madre chilló. Ese fue el punto que me los descubrió. Mis padres.

-¿Qué es esto? -dijo ella con los ojos flotando-. ¿Qué ha ocurrido?

Eran dos sombras sobre un fondo luminoso. Oscuridad sobre luz. Las llamas de las bombillas que encendieron para borrar la tenebrosidad del desván fueron como purpurina alada.

-Qué vergüenza -oí decir a mi padre-. Desgraciado.

-¿Qué estás haciendo?

-Desgraciado.

Estaba sudado como una toalla de gimnasio. El pecho desnudo arrugado y depilado lo sentía como una carcasa vacía que hace «clonk, clonk» al ser golpeado. ¿Hay alguien ahí? ¿Qué iba a decir? Creo que eso fue todo, o parte digna de recuerdo. ¿Cómo dice? Teatrero. Es su opinión. ¿Hablar

más? No, no. Ellos me dijeron que el tratamiento sólo serían unos días.

¿Triste? Sí, continuo triste pero supongo que todo el mundo ha estado igual alguna vez.

¿O no?

Capítulo 5

ORINA CRUDA

-No pases las hojas tan deprisa -dijo Carlo.

-Bueno -respondió Davi acompañado de un quejido.

-Más despacio.

-Otro -se molestó el portador de la revista al ver como se unió Samu a la petición-. Sois unos brasas. Miráis como abuelos.

-¡Puf!. Cómo están -dijo Davi.

-Parecen almohadas -rió Samu.

-Almohadas dice. Son pechos. Tetas. No son para dormir. Idiota - reprendió

Ulloa, dueño y señor propietario de la publicación adulta.

Las modelos, estáticas, con poses sugerentes sexuales causaron una explosión química en la cabeza de Carlo.

La desnudez femenina se alzaba ante sus ojos encendiendo su curiosidad latente e infantil.

-¿De dónde has sacado la revista? -preguntó Samu.

-De mi hermano -respondió Ulloa-. Es una «Triate Hot», de edición mensual.

-Cuestan un huevo. Son caras de pelotas -dijo Davi acelerando la muestra de mujeres sin ropa.

-Aunque tengas dinero no te lo venden en los quioscos, es difícil hacerse con una -lamentó Carlo-. ¿Cómo lo ha conseguido?

-Es que mi hermano es mayor y no le dicen nada.

-Más despacio -volvió a pedir Carlo a Davi.

-La morena es guapa -opinó Davi.

-Todas las morenas son guapas -explicó Samu seguro de su afirmación.

-Las rubias son guapas. Mi tía es guapa y es rubia - aclaró Ulloa-. Son más bonitas para el hombre.

-Pues mi madre es morena -dijo Carlo agudizando la mirada sobre los enigmáticos detalles de las fotografías.

-Entonces lo tiene negro como ésta -señaló Davi la entrepierna de una modelo-. La mía también.

-Y la mía -se unió Samu.

-¿Tu madre tiene el pelo negro? -preguntó Carlo a Ulloa.

-Sí, también. Pero mi tía es rubia.

-Entonces las rubias son guapas pero las madres son morenas en su mayoría -pensó Carlo en voz alta.

-Mi madre es guapa -se quejó Samu sin levantar los ojos de la revista-. Más que las rubias.

-Vamos a dejar de decir chorradas -dijo con enfado Ulloa-. A ver si os vais a toquetear con el rollo de las madres.

-¿Toquetear? -preguntó Carlo-. ¿Qué es eso?

Ulloa miró a Carlo con cara de interrogación, sin saber si la pregunta era en serio o el chico era tontito.

-¿No sabes qué es? ¿Cuántos años tienes?

-Tengo catorce.

-Sí que pareces muy crío.

-Me lo dicen todos pero tengo catorce. ¿Qué es toquetear?

-Verás. Mi hermano me ha dicho que cuando ves tías en pelotas, desnudas, te entra un calorcito en el cuerpo y puedes sacarte orina cruda.

-¿Orina cruda? -se extrañó Carlo.

-Sí, orina. Meado. Unas risillas turbias corretearon por las bocas.

-Tú cuando meas la tienes blanda -le explicó Davi.

-¿El qué?

-La polla. La pilila -aclaró Samu-. ¿Entiendes?

-Sí -asintió Carlo con credulidad.

-No habías visto antes una foto guarra, ¿verdad? Se te nota en la cara -interrogó Ulloa con mofa-. Sí es que pareces un crío.

-La verdad, es la primera vez -contestó Carlo.

-¿Notas el calorcito aquí? -indicó Davi su propia entrepierna.

-Sí. Es raro.

-Entonces es que ya puedes sacar orina cruda, estás preparado -sentenció Ulloa.

-¿Pero cómo lo hago? A lo mejor es malo.

-Los hombres lo hacen. Es muy bueno para la salud. ¿No ves cómo ordeñan a las vacas? -Samu guiñó un ojo en confidencia-. Qué hervor te falta.

-Voy a tener que irme. Es tarde. Ya llego apretado para comer y no quiero que me regañen en mi casa -cortó Ulloa-. Dadme la revista. Ya está bien.

-Podrías dejarnos verla un poco más -suplicó Davi con pesar-. Tú la tienes siempre.

-Búscate la vida y compra una -Ulloa arrancó la revista de las manos de Davi.

-No tengo dinero.

-Pues a la mierda -mandó el dueño.

-¿Si te pago me la dejas? -preguntó Carlo-. Tengo dinero. Podemos llegar a un acuerdo.

-¿Me pagas porque te la deje? -sopesó Ulloa.

-Sí. Por unos días. Yo te pago.

-¿Tienes dinero? -se interesó cada vez más.

Carlo sacó un billete de diez euros de un bolsillo del pantalón. Arrugado, por el constante manoseo, hizo brillar la avaricia en Ulloa.

-¿Vas con ese dinero por ahí? -se impresionó Samu.

-Sí. Son mis ahorros. Los llevo siempre encima porque espero comprar algo que me guste cuando lo encuentre. Nunca me llama la atención nada... Pero la revista...

-Qué colgado estás -rió Davi.

-¿Me das diez euros por dejarte la revista? -preguntó Ulloa.

Carlo afirmó con la cabeza repetidamente con el billete rosado en una mano clamando cambiar de dueño.

-Es mucho dinero -dijo Samu.

-Vale. Te la dejo -aceptó Ulloa cogiendo el dinero con pasmosa velocidad-. Dale la revista -ordenó a Davi.

El interior del libro de ciencias de la naturaleza se transformó en un escondite alejado de extraños que pudieran censurar la revista adulta. Carlo cerró la mochila.

-Me la devuelves en dos días -impuso Ulloa como norma.

Los dos negociadores se dieron las manos, estrechándolas igual que en las películas, para cerrar el trato. Carlo se marchó muy deprisa, sin despedidas de nadie. Tan eufórico por el descubrimiento de la naturaleza que bailaba al trote de sus zancadas.

-Menudo bicho raro es vuestro colega -dijo Ulloa a los demás sin dejar de apreciar el billete al trasluz del sol.

-Podrías haberle quitado el dinero con facilidad y quedarte con la revista al mismo tiempo -opinó Davi-. Qué tonto eres.

-Pero no voy a hacer eso a vuestro colega. No es justo. Eso no se hace.

-No es amigo nuestro -respondió Samu-. Va a nuestra clase pero ni de coña es amigo nuestro. Se pega como las lapas.

-Yo creía que... -Ulloa resopló con amargura.

-Tienes que pedir a tu madre que te traiga con nosotros a nuestra escuela
-dijo Samu-. Qué tonto. No te enteras.

-¡Joder! -gritó Ulloa-. ¡Vamos a por él!

Carlo entró en casa con el recato y el cuidado de un ladrón de guante blanco. A pesar de pisar sin presión solo hicieron falta dos metros para ser descubierto por su madre. Lula. Una mujer cuarentona cuyo máximo temor era el avance imparable del tiempo sobre su piel, causando las horripilantes arrugas en que se habían convertido las líneas de expresión con tanta gesticulación a lo largo de su vida, llegando a ser un problema psicológico que había heredado su pequeña de doce años, y hermana de Carlo, Rutia.

-Ven aquí Carlo -llamó la madre desde la cocina.

Entre fogones y cacerolas, ataviada con un mandil manchado, Lula pelaba una patata sentada en un taburete con un barreño donde reposaba la piel desechada.

-¿Qué tal el colegio? -preguntó ella-. ¿Has aprendido mucho hoy?

-Sí -respondió el hijo.

Delante de su madre se sintió como un reo en un interrogatorio. Tenía miedo de ser descubierto. La revista porno pesaba como una losa dentro de su mochila.

-¿Solamente sí? Carlo no se inmutó. Se mantuvo tenso, callado, a la espera.

-¿Tienes algo que contarme?

Lula había desarrollado un nuevo sentido que le alertaba de cualquier posible irregularidad en sus hijos. «Sentido de madre», le gustaba llamarlo. «Igual que una bruja», pensaba Carlo.

-No. Nada. ¿Por qué?

-No sé.

-Tengo hambre -dijo el hijo para desviar la conversación.

-Bueno, pues quítate la cazadora, lávate las manos y te sientas a la mesa

-sonrió ella con orgullo.

En el salón de la casa, la hermana pequeña giró la cabeza desatendiendo los dibujos animados de la televisión al percatarse de la presencia de Carlo que pasó veloz para evitarla.

-Carlo, Carlo, Carlo. Hola, hola, hola -saludó Rutia con una mano alzada desde el sofá-. Hazme caso.

Con la puerta de su habitación cerrada, apartado del mundo, decidió ocultar la preciada revista entre el colchón de la cama y el somier. Sin poder remediar el impulso quiso volver a estudiar los pechos desnudos de las páginas centrales. Una simple comprobación. Notó la incipiente presión bajo su pantalón. Nunca antes le había ocurrido algo igual.

-¡Carlo! -sonó la voz de su madre.

Las manos temblorosas por la excitación pusieron a buen recaudo el tesoro de papel cuché. Salió raudo al encuentro de su madre y su hermana que le esperaban sentadas a la mesa familiar del salón con los platos dispuestos a ser utilizados junto a una bandeja repleta de filetes de ternera caliente y jugosos.

-Otra vez carne -se lamentó subiendo a una silla vacía-. Menuda pesadez.

-¿Pesadez? -se sorprendió Lula-. Yo es que alucino contigo. ¿Qué quieres comer? -sirvió un trozo de carne en el plato de su hijo-. Te puedo dar lentejas que sobraron del otro día.

-No me gustan las lentejas -replicó Carlo.

-Pues las tomas o las dejas -rió Lula acercando un plato a Rutia-. Come carne.

-Quiero pescado -dijo Carlo.

-Pescado. Buagh. Eso es un asco.

-¿Ves? -la madre señaló a Rutia como ejemplo-. ¿Por qué no te comportas como un niño normal? Como tu hermana. Comed. La televisión encendida siempre ejercía de distracción diaria a la hora de comer.

-¿No esperamos a papá? -preguntó Carlo.

-No. Hoy tampoco viene a comer. Tiene mucho trabajo.

-¿Tú no comes? -se fijó el niño en la pasividad de su madre que no tenía

cubierto.

-No tengo hambre. Vamos, comed.

Rutia masticó durante cinco minutos exactos de reloj hasta lograr una bola de carne con la que jugar en la boca. Carlo miró en su plato, sin tocar, como el líquido que lloraba del filete se abría paso sobre el fondo blanco. Tenía las uñas de las manos destrozadas por los constantes ataques de nervios que sufría. Vislumbró un pellejo, a medio crecer, en un lateral de su dedo gordo derecho. Apetecible. Propio. Baboseó el padraastro para reblandecerlo y poder cortarlo con los dientes. Su hermana abrió la boca enseñando la comida procesada. El maquillaje con el que jugaba para imitar a su madre la confería un aspecto de payaso de circo tenebroso. Lula torció la vista de la televisión.

-¿Qué haces? Come de una vez -le dijo a Carlo.

-Yo tampoco quiero comer.

-¿Sabes cuántos niños pasan hambre?. Que no están las cosas para tonterías, hay que alimentarse correctamente.

-Pues dales la comida a ellos.

-No te pongas chulo -pidió Lula-. Por favor, compórtate.

-Sí. Como yo -dijo Rutia sonriendo.

-No quiero ser como tú. Ñoña.

-Soy una princesa. ¿A qué sí mamá?

-Claro que sí preciosa -animó la madre-. Come Carlo. Tu padre y yo trabajamos mucho para que comas carne. Es buena para crezcas fuerte.

-No quiero ser fuerte.

-La vida es dura y tienes que ponerte fuerte. Come -se desesperó la madre soltando una bocanada de aire caliente entre los labios.

Carlo agarró el tenedor de manera tosca. Clavó las puntas metálicas en el filete. Lo levantó y lo dejó caer en la vajilla. Lula dio un golpe en la mesa.

-¡Ya está bien! Come. O no comas si quieres. Haz lo que te de la gana. Rutia se tocó los pendientes de perlas falsas que colgaban de sus lóbulos.

-¿Mañana qué vamos a hacer? -preguntó.

-¿Qué? Pues lo de siempre -dijo la madre.

-Mañana hay huelga -informó Carlo-. Los profesores.

-¿Qué? Joder. Otra vez.

-Sí. Está tarde tampoco hay clase -sonrió Rutia-. Es chachi.

-¿Qué hacemos con vosotros?

-Puedes no ir a trabajar y quedarte con nosotros -dijo Rutia moviendo los ojos como si fueran pelotas locas-. Podemos ponernos guapas juntas jugando.

-No cariño -la madre acarició la cara de su hija pequeña con cariño-. Mamá tiene que ir a la fábrica.

-¿Y papá? -preguntó Carlo sabedor de la respuesta.

-Papá trabaja más que yo. Imposible. Pobre.

-Mamá. ¿Qué haces en la fábrica? -curioseó la niña.

-Apretar tuercas -rió Lula.

-Eso es aburrido.

-Trabajar es aburrido -respondió la madre.

-Entonces no hay que trabajar nunca -reflexionó Rutia con el rostro serio.

-Podemos quedarnos solos -dijo Carlo.

-Miedo me da. ¿Vas a cuidar de tu hermana? ¿Sin líos?

-Sí.

Lula atónita por la propuesta sopesó sus opciones y miró a su hija.

-De acuerdo -accedió contenta-. Eres un buen chico. No me esperaba esto de ti. Eres un buen hijo.

-¿Puedo ir a mi habitación? -solicitó él-. No quiero comer. Tengo la tripa un poco revuelta.

La madre permitió que Carlo se levantara de la silla. El chico, con paso decidido, se internó en la intimidad de su cuarto dispuesto a congratularse con las imágenes desnudas de mujeres que no tenían nada que ver con cualquier otra hembra conocida.

La noche fue un cúmulo de sensaciones para Carlo. La familia al completo, incluido el evasivo y desconocido padre, dormían a pierna suelta en el silencio oscuro. La mente del chico voló entre fantasías calenturientas sin conocer su propósito. En ellas, rodeado de pechos grandes y voluptuosos, se vio con una tranquilidad sumisa no experimentada anteriormente. Despertó sudoroso encendiendo la lámpara de la mesilla cercana, baja en potencia, para descubrir su pene erecto bajo las sabanas. Curioso, lo palpó desde la punta hasta la piel arrugada, por la tensión, del escroto donde sus pequeña bolitas como cacahuetes desproporcionados las apreciaba más endurecidas que nunca. Ni un ruido. Ni un ronquido paterno. La calma era general. Carlo se levantó de la cama para consultar la revista. Tras recuperarla de su encierro, se tumbó de nuevo con cuidado de no provocar una alarma con el crujido de los muelles al sufrir con el peso de su cuerpo. Mientras miraba las fotografías, una de sus manos se deslizó hacia su pene. La entrepierna femenina era un descubrimiento dispar. Las diferentes formas de las vaginas le llamaban la atención. Los modelos que tenían rasurada la zona mostraban labios ondulados, como las faldas de su madre; clítoris grandes y abultados, y un exceso de pies que abrían las vulvas como las alas de las mariposas que algún verano cazó con su padre de vacaciones en la costa.

«¿Las niñas son así?», pensó. Sus compañeras de colegio le parecieron más bonitas que antes. Decidió que haría lo posible por dialogar con alguna para pedirle que le enseñara su sexo en vivo, al natural.

«¿Habría diferencia?» La zona del glande, de su pene, y la base eran estrechas y uniformes. Al observarlo se imaginó que era como un lápiz, de los que usaba en clase, con la punta fina. Un calambre le estiró el miembro hacia fuera para culminar con un chorro de líquido seminal. Carlo temió haberse roto algo. Un hueso o una vena. Oisqueó el producto que había brotado de su pene. Viscoso, blanquecino como la leche azucarada del desayuno, y caliente. Las sabanas manchadas otorgaron un olor agrio a su dueño.

«Orina cruda», pensó. «Pura». Se quedó mirando embobado como pasaba de dedo en dedo con la mano en alto. «¿Ya soy mayor?» Su pene fue perdiendo fuerza hasta quedar convertido en un fino palito parecido a las mini-salchichas que le gustaban comer los viernes en la noche. Había comenzado una relación íntima con la revista y el hecho de tener que desprenderse de ella le provocó pavor. Terror a la separación forzosa. Quería mirar las mujeres desnudas todo el día. Estiró el cuerpo como si

estuviera atado en una máquina de torturas medieval. Relajado. Tranquilo. No quería perderla. Volvió a mirar la revista. Quería hacerlo una y mil veces más antes del amanecer.

A la mañana siguiente, un miércoles vacío. Carlo se despertó con la abrasiva luz de un día soleado entrando por la ventana. Se desperezó paulatinamente, sin prisas, con el cuerpo cansado. Cuando se levantó de la cama y llegó al salón de la casa se encontró con su hermana disfrutando de un maratón de dibujos animados en la televisión mientras devoraba en el sofá sus cereales de chocolate preferidos en un bol negro lleno de corazoncitos en el esmalte. Desde temprano con la cara maquillada. Con varios coloretos por la piel. Pintada como un indio del oeste. Los labios pintados se unían con cada cucharada perdiendo el carmín.

-¿Ya se han ido? -preguntó él con aspecto de perdido y cansado-. Papá y mamá digo.

-Pues claro -respondió Rutia-. Son las doce pasadas. Dormilón. Duermes como un lirón.

Carlo se rascó el pecho por debajo de la camisa del pijama. El algodón con gotas reseca como pegamento de contacto rápido del fervor nocturno pasado le picaba agudamente. Se sintió como pez fuera del agua al no tener la rutina marcada del horario escolar.

-¿No desayunas? -le miró Rutia con la boca medio llena y ennegrecida por el desayuno-. Estás muñeco -rió.

-Que te calles.

-No me trates así -se indignó ella-. Soy una princesita, trátame bien. Tienes que ser amable.

-Menuda princesa.

-Eres un ogro. Y hueles mal.

-¿Qué?

-Hueles a vinagre. Como la casa de los abuelos de mamá en el pueblo - Rutia hizo un gesto de desagrado.

-Será mejor que me duche.

Con apatía se volvió a su habitación.

Preparó ropa limpia sobre la cama revuelta. Se tocó el pene. Las palpitaciones eran constantes. Cerró la puerta del cuarto y se dispuso a mancharse otra vez aprovechando la futura ducha purificadora.

La hermana, aburrida de los osos animados de la televisión y con una digestión pesada, decidió bailotear por la casa entrando en todos los cubículos dando saltitos que movían el desayuno en su estomago. Aprovechó la oportunidad de que Carlo estaba bajo el agua caliente de la ducha en el baño para curiosear como una ratilla entre los entresijos donde dormía el ogro feo. Le pareció repugnante que alguien pudiera tumbarse y descansar en aquel sitio. «Una ciénaga», rió Rutia. Las paredes cargadas con recortes de coches se la echaron encima cargando una arcada de leche con restos de trigo en la garganta.

-Los chicos son un asco -dijo asqueada ante el profundo aroma a cerrado.

La mesa de estudio cumplía la función del cubo de la ropa sucia. Entre las sábanas encontró la preciada revista arrendada por su hermano mayor. Cuando la abrió por la mitad no se alarmó, ni asustó. La indiferencia de la incomprensión hizo que la dejara caer al suelo al posar su atención sobre un vaso que reposaba en la mesilla de noche con una sustancia extraña para ella.

-Parece jabón -se dijo a sí misma vertiendo el contenido sobre la palma de su mano izquierda-. Es como moco -rió tontamente.

Se frotó las manos esparciendo la lechosa entre sus dedos.

-¿Qué haces con eso? -surgió Carlo por la espalda de Rutia.

Ella se sobresaltó.

-¿Qué pasa? ¿No puedo usar tu crema?

-¿Crema? -le chocó la respuesta a Carlo.

-Tu crema de manos es buena. Mira mi piel -enseñó Rutia las manos-. ¿Es de mamá? El pelo húmedo de Carlo goteaba por su cuello.

-No es de mamá.

-¿Qué marca es?

-Ninguna -no supo qué decir.

-Me gusta -rió la pequeña.

Carlo se agachó para recoger la revista.

-¿Y eso? -le preguntó ella.

-No es mía.

-Es una estupidez. Son como mamá.

-¿Qué dices? -se sintió ofendido Carlo.

-Yo la he visto. Cuando nos bañamos juntas. Son iguales.

-No digas eso.

-Tengo que decirle a mamá que me compre esta crema. Me gusta y es buena para mi piel.

-No, no digas nada a mamá.

-¿Por qué? ¿Qué pasa?

-Eso no es de mamá. Es mío.

-Ya, ya. La diré que me compre para mí. Tranquilo egoísta.

-No, quiero decir...

Un sudor caliente empapó la camiseta limpia de Carlo por las axilas.

-Es orina cruda -saltó con vergüenza en confesión.

-¿Qué es eso? -preguntó Rutia sin comprender.

-Es mi orina cruda, mía. No se lo digas a mamá. Ha salido de mí. De dentro de mi cuerpo.

-¿Tú sacas esto? -ella se miró las manos-. Es como una mascarilla de piel. Es buena. Falla el olor.

-No se lo digas a mamá -suplicó él.

-¿Los chicos sacan esto, todos? ¿O sólo tú?

-Solamente yo -dijo Carlo con ahogo de culpa-. No se lo digas nadie. No seas una bocazas.

-Vaya -se impresionó Rutia.

-Lo he descubierto con la revista -dijo para tapar su mentira anterior.

-Eres un fenómeno.

El telefonillo automático de la calle resonó por la casa. Varios pitidos insistentes alarmaron a los hermanos.

Carlo bajó las escaleras a la carrera hasta el portal rezando por no encontrarse con ningún vecino del edificio. Cuando hubo puesto el primer pie en la acera supo que la situación era preocupante. Se encontró con Ulloa, a quien había atendido a través del portero automático, rodeado por Davi y Samu. El único que no tenía una sonrisa cínica y maliciosa era el dueño de la revista que mantuvo una tensión violenta al hablar:

-Bueno, ¿qué pasa? ¿Y mi revista?

-¿Cómo habéis sabido dónde vivo? -preguntó Carlo.

-Somos muy listos -rió Samu-. No como tú.

-¿Y mi revista? -exigió nuevamente Ulloa-. Quiero mi revista.

-No -contestó rotundo Carlo.

-Qué huevos tiene -dijo Davi.

-Yo digo que es tonto -añadió Samu con cizaña-. Normal no es. No hay más pruebas.

-Mira niño -se encaró Ulloa con Carlo-. Dame mi revista o lo vas a pasar mal.

Hacía buen clima. Los adultos siguieron con sus actividades sin prestar atención al enfrentamiento en la calle. Miércoles. Otra mañana de vida.

-No te la voy a dar. Tenemos un trato. He pagado.

-Me da igual. Quiero mi revista.

-Hazle caso -aconsejó Davi.

-¿Y mi dinero? -preguntó Carlo.

-¿Qué dinero? -Samu imitó a un loco-. No hay dinero.

-No voy a daros nada.

Carlo intentó mantener la calma. No quería dar ningún atisbo de miedo.

-Te la estás buscando -dijo Ulloa.

-¿Me vas a pegar? Eso trae problemas.

Samu golpeó el portero automático en la tecla del piso quinto, puerta B. Carlo se abalanzó sobre él pero fue interceptado por Ulloa que le atrapó por el cuello con ganas de romperlo.

-¿Qué haces idiota? -se unió Davi sujetando los brazos de la víctima.

Una pareja de ancianos pasó por su lado sin interceder.

«Niños vagos. En el colegio debéis estar. No jugando», pensó el hombre viejo con envidia de su forma física, de su edad.

La voz de Rutia, metalizada por el transmisor, surgió del altavoz clavado en la pared.

-¿Quién es?

-Señora, su hijo es un marrano -rió Samu-. No quiere darnos lo nuestro. Nos ha robado. Hemos venido a por él.

Carlo les insultó.

-Te vamos a joder -le dijo Ulloa con fiereza-. Quiero mi revista.

Incapaz de zafarse, Carlo tuvo ganas de llorar. Impotente ante la situación. Desamparado. Preguntándose por la razón que nubló a sus compañeros de clase para tratarle de aquella manera. La puerta del edificio se abrió de improviso. Rutia les sorprendió llevando en su mano derecha un martillo y enseñando los dientes con restos de comida. Ulloa y Davi soltaron a Carlo para retroceder un paso junto a Samu.

-¿Qué coño pasa? -dijo Rutia con voz adulta.

-¿Es una broma? -preguntó Ulloa a Carlo-. ¿Quién es la niña?

-Soy su hermana y os puedo abrir las putas cabezas como si fueran nueces -amenazó la menor apuntando a los chicos con la cabeza del martillo.

-Solamente quiero mi revista -pidió Ulloa-. Mi revista porno que tiene el asqueroso.

-Sí. ¿Sabes que tu hermano se la pela como un mono? -se cachondeó Samu con maldad.

-Tu hermano se corre. ¡Chof! -Davi imitó una masturbación.

-¿Qué? ¿La orina cruda?

-Su hermana también es tontita -se burló Samu-. Qué asco de familia.

-Dame lo que quiero -dijo Ulloa a Rutia acercándose con mala intención-. Vamos niña boba.

-¡Te voy a matar! -gritó ella sacudiendo el martillo contra la pared cercana.

Los agresores se acobardaron. Corrieron a la carrera como lagartijas revoltosas. La gente de la calle les miró con cara de resignación ante el alboroto. Rutia fue seguida por su hermano mayor y entraron en el edificio.

Subieron las escaleras de los cinco pisos con animo.

-¿Por qué me has defendido? -preguntó Carlo.

-Quiero tener unas manos suaves, de princesa.

Capítulo 6

LIZ SE CENTRA

La luz del día entra por los balcones iluminando el techo blanco de la habitación. Liz se despierta aquejada por un dolor punzante en el brazo derecho que le hace pensar en alguna mala postura de la noche pasada. Suspira esperando que se disipe la molestia. Alza la cabeza reconociendo el lugar en que se halla.

A su lado descansa Lit, dando la espalda peluda, mientras se aferra con la arrugada almohada. Liz busca el tabaco en un pequeño bolso de marca que se encuentra en su mesita de noche. Las sabanas comienzan a raspar las piernas. Haciendo unos cuidados movimientos por no despertar a su compañero consigue levantarse de la cama agarrando el bolso con las dos manos.

En el cuarto de baño encuentra sus bragas negras, dentro del lavabo. Sonríe intentando hacer memoria sobre cómo pudo tener tal paradero su prenda favorita. El cuerpo desnudo se adapta al color rojizo separado por líneas negras. El espejo refleja a la improvisada modelo que juguetea marcando poses como si se encontrara ante una multitud que únicamente observara su cuerpo y cara. Liz se percata de un pequeño cardenal bajo su pecho derecho. Resignada mueve la cabeza en actitud negativa. «A lo mejor más grandes...», piensa sacando busto. «Solamente un poco más».

Abre el grifo del agua caliente para despejarse los ojos y humedecer sus axilas. Bebe un pequeño trago como final y enmarca una sonrisa forzada. Rescata el tabaco del bolso en el dormitorio y se dirige hacia uno de los balcones que dan a la terraza.

A diez pisos del suelo se aferra a la barandilla. Verano, con ese tipo de calor que pegado al cuerpo marea incluso al insecto más pequeño. Un cielo libre de nubes queda por encima de Liz ofreciendo ligeras brisas por las que adora ser rozada provocándole un cosquillo infantil. Los pezones se tornan en pico acompañados de un poco de piel de gallina en sus alrededores. Apoyada, enciende un cigarro dejando soltar la primera calada con sensación de alivio. El tráfico se embrutece al pie del edificio. El humo mientras fuma se le incrusta en los ojos, enrojeciéndolos al rascarse con la mano. Recuerda a Ev, su amiga hace dos años. Sin haber fumado antes, compraron un paquete entre las dos sin que nadie lo supiera, creyendo que un tipo de elegancia les separaría del grupo realzando una porte sensual que creían tener. Aquella vez Ev se atragantó con el humo y también se le empañaron los ojos con un picor terrible. Esa vez rieron y se besaron por primera vez. Liz echa en falta la compañía de su amiga que vive en el norte del país desde unos pocos días atrás.

Acordaron la necesaria separación temporal haciendo ahínco en el futuro de cada una como excusa. «Debo centrarme, debo centrarme», se repite una y otra vez. Una mirada furtiva vigila los movimientos de Liz por el balcón desde el edificio de enfrente. No se esconde ni se avergüenza por su intrusismo. Es una mujer de edad bastante avanzada vestida de luto negro hasta los pies.

Liz arroja la colilla al vacío y dedica un fuerte corte de mangas a su espectadora, que horrorizada se recluye en su casa evitando un nuevo contacto con la muchacha desnuda. La puerta del balcón se abre.

-Hola.

-Te has levantado, vaya.

-Estaba cansado.

Lit abre la boca al máximo para bostezar. Lleva puesto una bata con un emblema bordado de aspecto real lleno de motivos dorados. Los pelos alborotados le molestan por la frente. Se acomoda en una tumbona cercana. Vuelve a bostezar sin ningún pudor y con confianza de no parecer maleducado al exagerar cómicamente. Ella se acerca para juntarse a su lado en el asiento.

-Sí que estás cansado -suelta una risilla.

-¿No tienes un poco de frío así de desnuda?

-No. Nada de nada. ¿Acaso te molesta? -mantiene la risilla alargándola-. ¿No te gusta? No puedo creerlo.

-Mentiría si dijera que me importa y tranquila que si por mí fuera haría que todas las chicas guapas estuvieran todo el día igual que estás tú ahora.

-Eres malo.

Liz le abofetea muy débilmente haciendo gracias. Lit sujeta los brazos de ella estirándolos para que se le marquen más las tetas y se consiga crear una forma sensual en las costillas, una serie de líneas dibujadas en relieve por la carne joven y tersa.

-Te has levantado con ganas de pelea -se defiende ella en broma sin resistirse.

-No será la primera vez -responde-. Y verte así no ayuda.

Intenta llegar a los pezones lanzando pequeños mordiscos sin llegar a conseguirlo. Liz se revuelve hasta soltar el brazo izquierdo y apoyarse en la tripa de él haciendo amagos de desabrochar el cinturón de la bata.

-Por lo que parece tú tampoco estás muy vestido.

Coloca la mano bajo la tela agarrándole la polla. Excitado, deja marchar el otro brazo que mantenía atrapado. Ella le masajea con las dos manos, haciendo movimientos suaves fijándose en los ojos de él, siguiendo el ritmo que le marca con indicaciones.

-Así por encima de la punta, está bien, sí.

-Sé muy bien donde debo darte cariño.

Le acaricia los testículos y acelera la marcha, subiendo y bajando las manos al mismo tiempo que aprieta el pene con fuerza y lo ladea. Las ojeras de él van tornándose más rojizas. Con brusquedad se acerca el cuerpo de ella abarcándola como a un animal cazado. Le muerde el cuello cerca de una oreja. Ella se detiene impresionada por sentir caliente la zona dañada soltando un grito apagado.

-Te vuelve loca que te den pequeños mordiscos. ¿Verdad? -Lit ríe de manera entrecortada, como si le faltara el fuelle al respirar.

Los dos se acercan más buscando frotarse. El pene de Lit se mueve rozando las bragas de ella que se humedecen rápidamente rindiéndose al ataque vampiro en su cuello. Los pájaros vuelan por encima de ellos juntando sus graznidos con los gemidos inocentes de Liz. Se conceden una pausa para chocar sus cabezas. Juguetean con las lenguas durante un rato, abrazándose.

-Tendríamos que ir dentro -dice Lit-. Podrían estar mirando.

-A mi no me molesta. Si alguien quiere mirar que mire. Se pondrá peor que nosotros, y sin solución.

-Prefiero dentro.

-Tú mandas cariño -encoge los hombros desnudos-. Si estás más a gusto...

No hay discusión y el posible amor en la terraza vuelve a convertirse en lo mismo que por la noche, en un especial cariño profesado por Lit sin ser correspondido verdaderamente en ninguna ocasión. Sin levantarse de la hamaca la coge en volandas continuando las caricias en la oreja ya

dolorida.

Entran en la habitación como si acabarían de casarse y llegara el momento de la noche de bodas con el nerviosismo de dos novios vírgenes que se deshacen en complacerse mutuamente. Lit posa con cuidado a la muchacha en el suelo sobre una de las grandes alfombras. La observa de pie, con la polla sobresaliendo entre la bata. Ella se contorsiona igual que una gata, abriendo las piernas en señal de reclamo.

Lit se quita la ropa sin perder detalle del número sensual.

-Ven aquí -llama deseosa-. Ven ya, tengo una presión aquí abajo...Que va a ser difícil de parar.

Desliza un dedo por su pierna derecha hasta ocultarlo con las bragas. Ahonda en su coño desapareciendo la mano, buscando el punto que más le haga gotear. Lit se agacha hasta tener delante todo el esplendor del olor vaginal. Hunde la nariz en la humedad, aspirando por retener en su memoria el aroma cercano a la sal de mar.

-Así que te gusta oler. Vamos -incita ella chocando su coño contra la cara de Lit, casi obligado.

Él levanta las piernas de Liz para tirar de sus bragas con fuerza y poder apreciar la vagina desnuda señalándole a la cara con el clítoris como testigo.

Palpa los labios rosáceos hundiendo los dedos con fuerza para arrancar un gemido largo de la chica. La alfombra comienza a crear arrugas debido a las contorsiones de la pareja. El sabor del interior le vuelve loco. Tan jugoso y lascivo a la vez le hacen temer que si separa su boca y su lengua, correteando entre las paredes goteando, no volverá a tenerlo tan cerca nunca más.

Un coño pelado, similar a una hucha de niño pequeño, si acaso un poco de pelusilla mal rasurada puede encontrarse por encima del clítoris. Los gemidos van creciendo de nivel pasando a ser más agudos e intensos. Pero debe continuar, debe seguir lamiendo el ombligo en círculos, y hacia arriba, acercando los mofletes de su cara contra la piel de ella.

La necesidad por penetrarla le aumenta la circulación de la sangre al agarrar los pechos deseados. Pequeños y dulces, son golosinas en la boca de Lit.

-Quiero metértela ahora mismo.

-¿Ya? -se extraña ella-. Todavía no...

-Ahora, cógela y métetela poco a poco.

-Anoche no estabas tan impaciente.

-No quiero preservativo. Métela entera.

-Tienes suerte de que sea yo y no cualquier zorra.

-Seguro que sí -gime Lit.

Le gusta fijarse en su cara sentándose sobre la polla tesa. Su nariz respingona crea una armonía perfecta de la cara, el pelo trasquilado al estilo chico dejando un flequillo gracioso por encima de los ojos achinados y unos labios que descubren unos hoyuelos en los carrillos a cada exhalación de placer que retumba por la habitación. Lit empuja sin cuidado queriendo entrar chocando el pene contra las paredes de la vagina.

-Tócate -ruega.

-¿No prefieres que te la chupe un poco?

-¡No! -exclama aumentando la cabalgada-. ¡Tócate!

Liz recorre su clítoris aguantando las sacudidas del pene. El placer le entrecorta la respiración. Siente los picos de los pezones engancharse en los pelos de Lit. De repente, la polla se resbala por los fluidos segregados. «Ev metía el puño mejor», piensa Liz con burla. «Se movía mejor, lamía el sudor de mi cariño con amor».

-Venga, deja mamártela un poco.

-He dicho que no. Ponte a cuatro patas.

«Céntrate Liz, debes hacerlo bien, es cosa seria». La nueva entrada de la polla produce sonidos al chapotear en el coño. El suelo frío se ha convertido en la mejor de las camas. Lit goza palpando las nalgas lisas de la chica.

-Más deprisa -se anima jadeando-. Me voy a correr pronto.

Liz gira la cabeza buscándole por detrás de ella sin llegar a percibir el rostro desencajado de él.

-No te corras dentro -advierte.

-De acuerdo.

Las embestidas finales alteran a Liz, siendo violentas e intensas, arrancando un orgasmo que contrae su vagina hasta notar en la espalda un recorrido de leche, cosquilleando el costado erizado. Se muerde el labio inferior resoplando. Al incorporarse se ríe de Lit por estar tirado, sin fuerzas, con el cuerpo caliente y respirando con esfuerzo.

-Recuerda que debes llamar a mi padre cuando me vaya -dice ella-. Que no se te olvide, es importante.

-¿Esto también cuenta? -Lit tose al hablar-. Con la confianza de muchos días que tenemos, podría ser un regalo...

-No. Todo cuenta. Llama. Ella se queda como una estatua desnuda ante él.

Liz salió del ascensor andando por el vestíbulo del hotel a trompicones. Le gustaba pisar enrabietada la moqueta gigante que había hasta la entrada imaginando un camino empedrado. Sonreía por ser de naturaleza amigable y dedicaba a todo el que se molestaba en mirarla un rostro infantil y agradable, virgen y como el resto de las chicas de catorce años; una apasionada vitalidad.

-Esa chica es puro sexo cuando se mueve -dijo el botones a la recepcionista.

-¿Tú qué sabes?

-En los hoteles los botones lo sabemos todo de todos -sonrió con picardía.

-Eres un fantasma. Como todos los hombres -se burló ella.

-Ah. Mi virilidad es lo que te atrajo de mi.

-En que hora... Eres asqueroso.

Es mediodía pasado y el calor se mantiene, apretando con fuerza al ser vivo que se aventura a pisar el asfalto de la calle. Las emisiones de dióxido de los automóviles añaden una sensación de ahogo en los viandantes. El clima no importa en la vida de la urbe. El baile de la

sociedad debe continuar sin verse afectado por una ola de calor africano que transporta el aire lentamente durante días.

Liz esconde sus ojos de la intensidad lumínica tras unas gafas de sol enormes para el tamaño de su cabeza como si fuera una máscara de superheroína. El pelo rubio, brillante con abundantes trasquilones laterales, refleja los rayos solares. Camina con seguridad, pisando el suelo de la ciudad, desconchado por el uso masivo de la población, con fuerza, queriendo marcar la huella de sus deportivas ajadas en el gris del cemento viejo. Las pequeñas piernas estilizadas es una de las partes que más la gustan de su cuerpo. Viste unos pantalones cortos que tapan su piel hasta llegar a medio muslo porque odia notar el tejido blandecido por el calor pegándose a sus piernas como escupitajos. Mientras espera con paciencia la señal de un semáforo para cruzar la calle toquetea los pequeños botones de imitación de nácar que cierran su camisa de motivos florales en color pastel. Juguetea con ellos de igual manera que si se tratara del un panel de control de misiles dispuestos para ser lanzados. Se imagina una cuenta regresiva apocalíptica siendo ella la única artífice de la pulsación psicópata en la hora final.

«3, 2, 1. Destrucción total».

El muñeco verde eléctrico anuncia el permiso de paso. Liz se une a la marabunta de gente que cruza la calle por el camino marcado de líneas blancas perdiéndose de cualquier mirada que pudiera recaer sobre ella.

Los centros comerciales. Superficies destinadas a la llamada de auxilio del consumidor vago que necesita todo, absolutamente todo, bajo el mismo techo. Esto, es progreso; piensan con satisfacción aquellos que comparan marcas y corren tras las ofertas anunciadas por el megáfono autoritario. Las grandes empresas han hecho mella en el pensamiento humano consiguiendo adeptos para su religión de mercado cuyo único fin es succionar capital. Es negocio, y es control. Liz lo piensa. Aunque es joven cree que las señales son claras pero la sociedad debe de estar demasiado abducida para ignorar el funcionamiento de su entorno. Un letrero luminoso de proporciones gigantescas arroja la entrada principal del lugar: «PROSPERIDAD - centro de ocio y comercio», lee apretando los ojos al despojarse de las gafas de sol. En las entrañas del recinto la temperatura es notablemente inferior al exterior siendo un maravilloso reclamo para días de sofoco como el actual.

Impresiona la manera en que muchas familias han sustituido el parque público por los largos paseos por una superficie comercial. Liz avanza entre la gente mirando de reojo los escaparates de varias tiendas.

Electrónica, librería, horno de pan, mercería,...

Todo negocio imaginable tiene su franquicia correspondiente al amparo del modelo de venta perfecto. Esto, es progreso. Esto es negocio. Liz se detiene en seco junto a una cafetería que alardea en sus cartelones publicitarios de ser tener la experiencia milenaria para elaborar un «café de Dioses».

Una decoración colonial antigua con grandes sillones invita a acomodarse el cliente para degustar los caldos que se venden. Liz entra en el local. Un par de hombres ocupan asientos ajenos del resto. Ella se acerca a una mesa que preside una mujer treintañera. De aspecto normal, viste con ropa de chándal como si hubiera estado formando parte de una cuadrilla de mudanzas en domingo. Consulta unos papeles sobre la mesa con atención.

-Hola Cat -saluda Liz sonriendo. La treintañera responde al levantar la mirada de su faena y encontrarla por sorpresa:

-Hola. ¿Qué haces tú aquí?

-Vengo a ver a Rit. ¿Y tú?

-Yo estoy tomando un café -señala una taza a su lado con el dedo índice derecho cargado de joyas falsas-. Y pensando un poco.

-Bien. Hacía bastante tiempo que no coincidimos.

-Sí, es verdad. ¿Te has retirado?

-No. Justo ahora vuelvo de un trabajo.

-Es que la vida está muy cara -ríe Cat.

-Oye. Si vas a estar aquí espérame. Veo a Rit, vengo y hablamos un rato.

-De acuerdo -contesta Cat.

Liz se despide y, con prisa al salir de la cafetería, se dirige hacia una bolera ubicada a tres comercios de distancia. Las luces parpadeantes y la música rock del lugar no casan con la imagen de poca afluencia.

Las pistas de lanzamiento no son ocupadas más que por pseudoprofesionales del deporte que pierden su tiempo creyendo avanzar en sus entrenamientos diarios. Los truenos creados con cada choque de la bola contra los bolos se tornan eco siendo capados por el guitarreo del hilo

musical que resuena por las aberturas del techo.

En una barra de bar apartada un hombre llama a Liz levantando una mano. Moreno, con barba de pocos días, gesticula como un señor mayor con achaques reumáticos a pesar de ser un adulto en pleno ecuador de siglo. La camisa mal abrochada y abierta en el cuello al aire parte del vello pectoral enzarzado sobre sí mismo. La cara picada por un acné adolescente agresivo marca su rostro impassible al ofrecer un asiento contiguo a Liz.

-Hola. Ya estoy aquí -dice ella-. Menudo cansancio.

-Has tardado -replica él-. Llevo esperando un rato.

-La ciudad está fatal.

-Ya -asiente sin importarle las excusas de Liz-. No está bien hacerme esperar. Yo no tengo que esperar a nadie.

-Lo siento. No volverá a ocurrir.

-Eso espero. En este negocio hay que ser puntual en todo momento. Un poco de seriedad no te vendría mal.

-¿Quieres darme unos azotes de castigo? -ríe Liz.

-Yo no hago esas cosas. De todas maneras no me provoques.

-Está muy tranquila la bolera.

-Está aburrida. No me gusta cubrir este turno del día.

-Es lo que tiene un negocio familiar.

-Bueno. ¿Algún problema, te ha tratado bien?

-Lo normal en este tipo de gente. No dejan de ser unos perversos. Tienes que pasar la factura con dos servicios. Se animó de nuevo al levantarse.

-Entonces ha ido bien la cosa -sonríe él con avaricia en la mirada-. A mí ningún juez me va a cerrar el negocio.

-Me sorprende cómo pasan de ser amables a la violencia sexual en minutos. No se dan cuenta de la realidad.

-Eso es bueno para nosotros.

-¿Hacemos cuentas? -pregunta Liz con interés.

-¿No quieres tomar algo? ¿Un refresco?

-No. Tengo prisa.

-Bien. Por cierto, la semana que viene tienes otro servicio. No es tan importante. Es una persona normal así que no vayas al hotel de hoy, llévale a un hostel barato o algo parecido, será suficiente.

-¿Qué? -se molesta ella-. Te dije que en un mes no voy a hacer ninguno más.

-¿Por qué? -Rit se muestra enfadado-. No lo recuerdo.

-No lo recuerdas porque no te interesa. Te dije que iba a usar el mes para estudiar. Llevo mal todas las asignaturas.

-Estudiar, estudiar -se queja él rascando su barba de chivo-. Al final no te servirá de nada. Sabes que esto da más resultados.

-No voy a estar contigo toda la vida.

-Eso habrá que verlo.

-Tengo más dignidad de la que piensas.

-¿Dónde encontraré a alguien como tú?

-Siempre puedes ir a un instituto.

-Demasiado tontas e infantiles.

-Creía que de eso se trataba el asunto -ríe Liz abiertamente enseñando una dentadura perfecta-. No, en serio. No cuentes conmigo este mes.

Él resopla con cara de circunstancia. Estudia el lugar en busca de miradas furtivas que espíen sus gestos. Saca de un bolsillo del pantalón un manojito de billetes de valor medio. Observa cómo ella aguarda y espera con ansia su paga correspondiente.

-Toma -cuenta con ligereza el dinero-. Lo tuyo, guapa.

-Gracias por lo de guapa -agradece ella con satisfacción, llena de orgullo,

al recibir el dinero-. Este es el verdadero placer de hacer un trabajo.

Liz guarda el botín con sigilo bajo la tela de sus bragas intimas.

-¿Estamos en contacto? -pregunta él.

-Por supuesto. Una leve sonrisa informal sirve como despedida correcta.

De regreso a la cafetería del «café de Dioses» se presenta el cansancio con agudos calambres que reparten molestias por las pequeñas piernas de Liz. Con templanza se aposenta en un mullido sillón frente a su amiga Cat. Un camarero joven atiende sus deseos con ridícula profesionalidad dejando a la luz su inexperiencia a la par que un hambre voraz de trabajar. Las muecas serias hacen sonreír a Liz tras su marchar.

-Qué gracioso -dice Cat-. Creo que le gustas.

-Será otro más en la lista -ríe sonrojada Liz.

-Si no fuera por la poca fortaleza mental que tienen los hombres... Son tan estúpidos. Una mirada a tiempo acarrea beneficios.

-No me interesa para nada.

-¿Qué tal las cosas con «el hombre»?

-Estaba deseando terminar. Es muy cansado saciar de perversión con ese ritmo. Menos mal que voy a parar.

-¿Vas a parar?

-Sí.

-¿En serio? ¿Qué te ha dicho él?

-Nada. Son unas semanas. Creo que se ha molestado un poco pero ya se lo dije.

-Ah, pensaba que te referías a dejarlo, pero del todo. Estaba asombrada.

-No, no -ríe Liz-. Es por exámenes. No voy bien en los estudios.

-Ya decía yo.

-¿Qué? -pregunta Liz con curiosidad latente, como esperando escuchar un

secreto profesional.

-Me parecía extraño que soltara la correa con facilidad para siempre.

-No será para tanto.

-Amiga, a nadie le gusta perder dinero a fin de mes. Sobretudo si es un mordisco grande. Y «el hombre» tiene buena mandíbula para pelear por su hueso. Aparte de una mano dura bastante suelta con este tema.

-Eso son charlatanerías.

-Díselo a Marian, la polaca. Pero díselo si la ves porque desapareció hace dos años. Nadie ha vuelto a saber de ella.

-Porque lo dejó. Se volvió al pueblo.

-¿Seguro?

-No son más que leyendas... urbanas, si se puede decir así. Son tonterías nada más.

-¿Te lo has planteado alguna vez?

-¿Y tú?

-Dejar el trabajo... -Cat se recuesta en su asiento-. No por Dios. Tengo que alimentar un niño y las cosas suben de precio cada día más. No tengo otra manera de conseguir dinero fresco. Hay que pagar facturas.

-Como yo -suspira Liz-. Las tasas de a universidad son más abusivas que el año pasado. Si no fuera por este trabajo...

-Aunque... -rompe el ritmo Cat-. También me permito algún trapito como capricho.

-Yo pierdo todo el dinero con los estudios. Es desesperante.

-¿Y cuándo tengas el título?

-Eso habrá que verlo -dice Liz en broma.

-No. ¿Qué harás?

-Entonces será el momento de hablar de ello con «el hombre». Hago estos trabajos para poder estudiar, nada más, no por amor al arte.

-Oye -se molesta Cat arqueando las cejas-. Que para mí no es plato de buen gusto hacerme con algún que otro asqueroso. La vida sí que es puta. Es por mi hijo.

-Ya, ya. Perdona si lo has tomado a mal. No era mi intención, de verdad.

-No importa.

Cat denota un cambio de registro emocional cada cinco minutos. Abre los ojos en tensión. Rasca la superficie lacada de la mesa con sus largas uñas decoradas con emoticonos en cada dedo. Sonríe efusivamente. El camarero joven se acerca hasta ellas y sirve a sus clientas dos tazas de café caliente. El vapor de las tazas desprende un olor afrutado.

-Sólo te digo... -susurra Cat a Liz-. Que tengas cuidado cuando lo dejes. Podría ser peligroso.

El joven deposita en una pequeña bandeja la factura. Mira a Liz con seriedad cargada de una hombría floja.

-Si tienes problemas con un novio dímelo. No lo permitiré, te ayudaré - dice con seguridad.

Guiña un ojo en un intento de impresionar con clase sin dejar de aparentar una torpeza infantil con las mujeres.

Abandona la mesa de Cat y Liz con un orgullo fantasioso que roza el ridículo.

-Lo tienes loquito -dice Cat.

-Pobre. Le queda mucho -carcajea Liz.

-Qué puta eres.

-Pero sólo por dinero.

Las dos amigas zarandean las cucharillas de metal en el líquido oscuro de sus tazas de porcelana creada con plástico reutilizado. La melodía de un teléfono móvil las alerta. Cada una rebusca en sus bolsillos el aparato que puede estar sonando siendo de su propiedad.

-Es mío -zanja Cat-. Perdona que conteste.

Liz hace un ademán de aprobación. Distrae su atención hacia la cristalera que permite ver el exterior del lugar, como deferencia hacia Cat. Las familias cargan con grandes bolsas adornadas con los símbolos y tipografías de las tiendas cercanas. En sus caras se estampa el placer y

una vacua felicidad. Se relacionan con efusividad. Comen, beben, viven y se visten al cobijo de las paredes del centro comercial.

-¡No puede ser!

Con agresivos aspavientos, Cat, retuerce las manos en el aire. Liz, sin ninguna aviesa intención, escucha la conversación de su amiga que, alterada, ha elevado el tono de su voz sin percatarse.

-No, te digo que no. No puede ser. No puedo mañana. No sé qué hacer. Esto es un problema.

Cat tira con desidia el aparato sobre la mesa como punto final de la conversación telefónica. Asombrada por su actitud visceral le invade una vergüenza que pigmenta sus carrillos.

-Perdona -se disculpa ante Liz-. No sé qué me ha pasado. Ando un poco loca.

-Tranquila.

-Sabes que no soy así. Es que no he podido evitarlo.

-Tranquila -repite Liz para restar importancia a la situación.

El camarero joven que las atendió disimula tras la barra acicalando vasos y tazas con un trapo. El arranque de Cat ha recabado todas las atenciones de los pocos clientes por unos minutos. La vida sigue y cada cual vuelve a sus asuntos propios.

-Ahora tiene que salir este problema -habla Cat en solitario-. No podía ser otro día. No hay más que zancadillas en la vida.

La cucharilla de Liz baila contra las paredes de la taza emitiendo un chinchineo cercano a un timbre.

-¿Tan grave es? -pregunta con voz cautelosa.

-Bueno... -sopesa Liz-. Sí. Es de esos contratiempos molestos que estropean todo. Comunes y odiosos. No sé qué puedo hacer para solucionarlo.

-Sí que parece alterada y nerviosa.

-Este tipo de cosas me superan. Un consejo, no te cases nunca. Por mucho que te burbujee el triángulo no te cases. Menudo cabrón egoísta es

el hombre.

-No tenía en mente hacerlo -ríe Liz.

-Pues no me dice el perro que no puede quedarse con él. Será cabrón.

-¿Quién? Creo que no te sigo.

-Ah. Mi marido -bufa Cat-. Me dice que no puede quedarse con el pequeño pasado mañana porque tiene una reunión de fraternidad. Reunión de cabrones lo llamo yo.

-No sabía que tuvieras marido e hijo.

-En realidad es mi ex-marido pero tampoco sé por qué no lo recalco.

-Vaya. Y con un hijo también. Enhorabuena que se suele decir en las ocasiones -aplaude Liz en gracia-. Supongo que es un motivo de alegría.

-Sí. El pequeño es un sol. Tan frágil. Tiene una sonrisa que me da la vida ante tanta cabronada. Pobrecillo, qué vida tiene. Tan indefenso. ¿Qué voy a hacer? Tengo un trabajo ese día y no voy a poder dejarlo con nadie, ni tampoco sólo. Joder, ¿qué hago? No puedo faltar al trabajo. Necesito el dinero. El puto dinero. Menuda mierda, ¿no?

Cat espera una respuesta amistosa por parte de Liz. La mira y arquea las cejas con tristeza como imagen exterior.

-Bueno -dice Liz sin inmutarse mientras sorbe el poco café que la queda.

-¿Puedes ayudarme?

-¿Cómo? -se extraña Liz al escuchar-. ¿Yo?

-Sí, por favor -suplica Cat ronroneando-. Por favor, ayúdame. No olvidaré jamás el favor.

-Pero yo cuidando un niño...

-No da guerra. Es muy bueno. Seguro que le caes bien. Es un amor.

-Pero... pero yo no puedo.

-Has dicho que tenías unas semanas libres de trabajo.

-Pero porque necesito estudiar. Voy apurada de tiempo con los exámenes

de la universidad.

-No serán muchas horas. Unas seis nada más. Tengo que ir a un trabajo con un grupo. Será rápido, se excitan solos y se corren deprisa, sólo podrán unas tres veces. Por favor, ayúdame. Necesito el dinero. Sálvame, amiga.

Liz mira los posos de café en el fondo de la falsa cerámica. «Desearía saber leer el futuro», piensa agobiada ante la insistencia de Cat que marca sus rojizos labios de carmín como un pez intentando agradar de manera infantil, casi pueril.

-Yo... Creo que podría -se ablanda Liz. Cat lanza un ahogado chillido de alegría. Aporrea la mesa como un tambor.

-Gracias querida. Eres mi salvación, y la de mi pequeño también. Espera.

Saca de su bolso, de piel de serpiente falsa, un papel y un bolígrafo. Escribe con riguroso cuidado una dirección.

-Toma -cede a Liz la nota-. Estate aquí a las cuatro de la tarde de pasado mañana. Es un edificio de los horriblos donde nos meten a los pobres -ríe apasionada-. Eres fantástica.

-¿No tendré problemas con tu hijo? En realidad no sé si se me dan bien los niños. No quiero tener problemas.

-No te preocupes. Es tan bueno que luego querrás llevártelo. Liz tuerce el gesto mordisqueando los labios con preocupación.

-¡Qué hora es! -exclama Cat con sorpresa manida-. Tengo que irme. Maldito jaleo de vida puta.

Liz lee la nota escrita con burda caligrafía en tinta roja. Piensa que puede ser que Cat tenga una insana obsesión por tal color. Labios, uñas, bolígrafo, vestido barato de veinte euros, y pendientes colgando de unos lóbulos cuasi- deformes contienen el mismo patrón cromático.

Cat se levanta con ímpetu del sillón al mismo tiempo que coloca en su hombro el bolso como si fuera un rifle gracias a la correa dorada que recuerda al oro.

-Eres perfecta -adula a Liz-. La mejor. Perdona pero tengo que marcharme. El niño -guiña el ojo derecho como un tic nervioso-. Recuerda, pasado mañana. Un beso guapa.

Los tacones de aguja de Cat repiquetean el suelo como si un obrero clavara el metal de una herramienta contra una roca. Liz, obnubilada,

queda en la mesa con el papel anotado en rojo entre sus dedos siendo poseedora de una sensación de intriga que la choca y confunde.

La voz del camarero joven habla con seguridad.

-¿Vas a pagar la consumición de tu amiga?

La habitación de Liz es un lugar sacro de esparcimiento de acceso prohibido al resto de mortales. Ella venera su espacio personal con una devoción cercana al fanatismo. Con doce tiernos años se ocupó con rigor de instalar, ella misma, de la disposición de todos los muebles de su reino.

Cada cierto tiempo renueva la decoración añadiendo un objeto, que grande o pequeño, siempre la promueve una sensación de cambio que embriaga su ser.

No difiere mucho de cualquier persona. No tiene gustos ostentosos. No es peregrina de resaltar los colores fuertes sobre los débiles en intensidad. No quiere que nadie toque su ropa íntima bien limpia colocada en los cajones de un mueble de madera. Come pipas de girasol tumbada en la cama y esconde las zapatillas en las sombras.

Liz dibuja figuritas sin cuidado en una hoja. Sentada a la mesa de estudio aboga por buscar cualquier distracción para no hacer caso de las inmensas parrafadas mareantes de los apuntes que ha conseguido fotocopiar de una compañera de clase: Vic LaRic, tonta, rica y monacal; pero lo suficientemente piadosa para ceder su trabajo a cambio de cruzar cuatro palabras con gente. «Tonta, no entiendo tu letra», piensa Liz. Varios trofeos de latón expuestos como en una vitrina por las baldas de la estantería contigua al escritorio recuerdan viejos tiempos de gloria femenina infantil. «Tampoco fue para tanto», habla Liz con falsa modestia hacia ellos. La luz del flexo anclado en un ángulo de la mesa refleja en la hoja que Liz emborriona con creciente molestia. «Si es que debería haberme tomado esto más en serio», se fustiga. El bolígrafo es nuevo e inmaculado de uso por lo que no soporta ver que debería haber sido utilizado más veces y así la tinta bajaría del depósito en función del tiempo trabajado. Escribe varias veces «Ev, Ev, Ev, Ev» con premura de querer llenar cada espacio libre, en blanco, con su oración. Nostalgia. Los ánimos flaquean y suben hacia arriba y abajo con cada una de sus visitas mentales. «Podría ser que entrara ahora», piensa Liz. «Podría llamar ahora». El reloj sobre la mesilla de noche tiene un minuterero de lenta vida para Liz. 21:20 horas. «El plan era estudiar hasta las 23:00 horas, y a dormir», suspira asqueada. Tiene mordidas las uñas. Pinta un par de ellas con un rotulador rojo y observa el resultado bajo la luz artificial. «No podría ser modelo de manos. Están destrozadas». Calcula con tristeza el

suelo que pudiera recibir por tal hipotético empleo. La luna llena en el cielo oscuro enmarcada en la ventana de la habitación la recuerda un cuadro que algún día vio en un museo. «¿O era en una revista? Yo no voy a museos».

Se ríe de sí misma solo de pensarlo.

-Liz. ¿Puedes ayudarme?

Una voz sorprende por la espalda a la chica.

-¿No llamas antes de entrar? -responde con una pregunta acusadora.

-Soy tu madre y puedo entrar cuando quiera.

Liz mira a su progenitora desde la silla, a baja altura, molesta e incomoda.

-Ten un poco de respeto. Este es mi cuarto.

-No digas tonterías. Además, para lo que estás haciendo...

-Estoy estudiando.

-Ya te he visto cómo estudias -se burla jocosa la madre-. Es increíble que hayas llegado a la universidad con tus métodos de estudio.

La madre de Liz es una señora de entrecejo curtido por la edad. Arrugada por el paso del tiempo y las vicisitudes de una vida peor que la deseada siempre trata a su hija con condescendencia. Los planes que tenía previstos para su hija no salieron de la manera que siempre quiso, con una planificación y una forzosa obligación; «por su bien, siempre por su bien».

La amargura es un estado constante en la forma de ser de muchas personas. Hastiadas de comportarse y sentirse como perdedores de la vida. Para Liz era la auténtica malvada de cuento de hadas.

-Ayúdame a poner la mesa para cenar.

-Ahora no puedo. Estoy ocupada.

-Te digo que me ayudes -exige la madre.

-No.□-Eres una mala hija.

-Eres muy radical -ríe Liz-. No exageres.

-¿Te ríes? -se indigna la madre-. Ya verás cuando vuelva tu padre. Esto se sale de lo normal. Siempre haces lo que quieres y debes atenerte a unas normas. Estoy cansada de ti. Crees que con aparentar que estudias porque vas a la universidad eres mejor que el resto. ¿De dónde sacas el dinero?

-¿Es eso? El dinero. Lo único que te importa.

-Todo el día fuera de casa. A tu ritmo como nos dices. ¿Qué haces?

«Clientes, mamá. Clientes», piensa Liz para sus adentros.

-Trabajo mucho para pagar lo que se me niega.

-Si hubieras continuado con lo tuyo... -Con lo que tú querías.

-Eras perfecta. Una gran deportista. Podrías haber sido una leyenda de la gimnasia rítmica. Menuda decepción nos diste.

-Hacia mucho tiempo que no me castigabas la cabeza con este tema.

-Lo que hubieras sido. Una olimpiada seguro que habrías ganado como mínimo.

-Ya está bien -se enrabieta Liz dando propinando un golpe sobre la mesa-. Era mi vida. No me gustaba y decidí por mi misma.

-Menuda decepción -solloza la madre-. Con lo que yo que yo quería a mi niña. Ahora no queda nada de ella en ti.

-Sólo un cuerpo pequeño. De 1,60. La madre rompe a llorar.

-¡Basta ya! Fuera de mi habitación.

Liz se levanta de la silla para, con empujones llenos de resignación y paciencia, lograr repelar el ataque psicológico de su madre hacia el exterior del cuarto. Con la puerta cerrada, como en una prisión, con el eco de los lloros maternos, se desentiende del mundo cayendo sobre la mullida colcha de la cama.

La cara aplastada hacia abajo provoca asfixia calentando su cara.

La melodía de su teléfono móvil, a poca distancia de ella, junto a la almohada suena con insistentemente con unas notas musicales

electrónicas irritantes.

Liz se incorpora, de pie, para contestar la llamada.

-¿Quién es?

Al otro extremo de la línea una voz tosca, con agresivo temblor, hace crujir los oídos de la chica.

-Soy yo.

-Vaya. «El hombre» -suelta en broma-. ¿Qué quieres? Te recalqué que en unas semanas no contarás conmigo.

-No me gusta cómo me tratas. No me gustan tus excusas. Creo que hay algo más. Me ocultas cosas.

-¿Qué? -se sorprende Liz-. ¿Estás alucinado?

-Tienes que centrarte en el trabajo. ¿O acaso tienes pensado darme boleto?

-Estás paranoico. Te lo he explicado por activa y por pasiva.

-Tienes que centrarte en el trabajo -repite la voz masculina con sequedad-. A mí no me trates así.

Liz corta la llamada con enfado. Sin pensar. Lanza el teléfono de vuelta a la almohada con fuerza. Cansada de todo y de todos. Maldice todo, y a todos.

El dedo índice derecho de Liz se queda pegado en el timbre de la casa de Cat. El sonido metalizado resuena como un crujido hiriente. Espera que alguien abra la puerta de imitación de madera en el descansillo del piso número siete. Los gritos juveniles llegan desde la calle por el rellano de la escalera comunitaria. Afuera, bajo el sol quemador, se reúnen arrendados ancianos y niños en el parque urbano frente a los edificios que forman una zona desangelada de cuidados estéticos. Gente corriente.

Liz saca a la luz la nota de papel con la dirección escrita que le facilitó Cat. Comprueba no haberse equivocado de casa. En su reloj de pulsera de plástico atado en su muñeca izquierda lee la hora: 12:00 horas, mediodía. Se siente engañada por su amiga. «¿Qué hago yo aquí?», se dice en voz baja. La puerta de la casa es abierta por una anciana de pelo alocado, canoso, vestida con un traje de cuerpo entero que parece haber sido confeccionado a partir de un mantel de hule oloroso de productos

químicos. Cuadros de diferentes tamaños y colores abarcan la figura escuálida de la mujer.

-Ya era hora hija -dice a Liz entre arrugas.

-Hola -saluda cortésmente-. Soy Liz, la amiga de Cat.

-Sí, sí. ¿Quién si no?

-¿Puedo pasar?

La anciana escudriña la apariencia de Liz con reparo. Pantalones piratas ceñidos, camisa blanca de hombre con el cuello abierto mostrando la piel, y una mochila colegial rosa que bien podría ser de alguna cría. La combinación desagrada a la anciana que deja constancia de su malestar con un amago de escupir al suelo.

-Adelante.

Liz entra en la casa. Huele a cerrado, a cocina utilizada para fritos. El polvo ha creado una eterna capa grisácea sobre los muebles que va ocultando a su paso hasta el salón.

-¿Te vas a quedar con el pequeño? -pregunta la señora mirando por encima del hombro-. ¿Tú sola?

-Sí, es un favor que hago.

-Yo me quedaría pero tengo que ir a la asociación de jubilados de barrio. Hoy hay partida. De cartas. Me es imposible quedarme.

-¿Es la madre de Cat?

-¿Cómo? No por favor. Soy la vecina del piso de arriba. Del octavo. Ayuda a veces a Cat. Pobre chica lo que sufre.

-Cat me dijo que serían casi seis horas. Luego vendrá.

-Ah. Eso yo no lo sé -la anciana levanta los brazos como si la estuvieran atacando-. Lo que te haya dicho es cosa suya. Yo no puedo. Supongo que tendrás confianza.

-Bueno, sí. Cat y yo somos amigas -sonríe Liz.

-No me refiero a eso. ¿Tienes confianza con el pequeño? ¿Has tratado antes?

-No. Pero no creo que vaya a dar mucha guerra. Le daré de comer y después que se haga una siesta. Con tranquilidad.

-Qué cosas dices.

Una especie de llanto de bebe recorre la casa. Es un quejido estridente ininterrumpido que daña los oídos con saña.

-Ya está dando la tabarra el pequeño -se queja la anciana-. Vamos a ver a su habitación y le conoces. Así yo me puedo ir de una vez. Se me hace tarde.

Liz asiente conforme. Sigue a la vecina por un pasillo estrecho con paso lento. El llanto es persistente aumentando a cada paso que las acerca. Entran en un espacio amplio, desordenado por el abanico de juguetes infantiles esparramados por el suelo. Los castillos desmontables de plástico, los peluches despelucados con oscuras manchas de suciedad, y los cubiletes pequeños numerados en las caras dan cuenta de la cantidad de mercancía con la que era agasajado el infante. En el centro de la habitación preside una gran cama flanqueada por unas barreras de protección con el fin de evitar posibles caídas de bebes por los laterales. Un voluminoso hombre de una obesidad cercana a convertirse en mórbida se zarandea alocado entre las sabanas vestido con un pijama adornado con dibujos de cohetes espaciales. Gime, berrea y llora imitando a la perfección a un bebe de temprana edad. La potencia del lloro es agresiva.

-Ya, ya, pequeño -calma la anciana vecina al acercarse a él-. No pasa nada.

Introduce un chupete usado con la goma remasticada en la boca del hombre que paraliza la tormenta acústica para distraerse bajo la atenta y estupefacta atención de Liz. La habitación decorada con cartelería de sumas simples y abecedarios escritos en color rosa chicle embriaga las sensibles narices con el aséptico aroma del alcohol presente en las toallitas de limpieza de bebes que cuelgan de hilos finos del techo a media altura.

-¿Pero qué es esto? -pregunta incrédula Liz.

-El niño -explica la anciana sin comprender-. El pequeño.

-Pero no puede ser el hijo de Cat. Tiene treinta y tantos años por lo menos.

-¿El hijo? -ríe la vieja como un muñeco loco de feria-. No es su hijo. Es su hermano. Aunque le trata igual que si fuera su hijo. Le llamamos «el

niño» por lo especial que es.

El hombre mira a Liz mientras mordisquea el chupete con intención de trocearlo. El estrabismo notable de su ojo izquierdo rebota en el lateral de un parpado para nerviosismo de la joven.

-Yo pensaba que era un bebe.

-Como ya he dicho es especial -dice la anciana.

-¿Cuánto de «especial»? -se asusta Liz.

-A la vista está. El pobre tiene retraso y se comporta como un bebe. Hasta babea de la misma manera.

-No creo que yo este preparada para tratar con él.

-No es para tanto. Es muy tranquilo. Cariñoso, y atento.

La nariz plana, y de ancho puente nasal, acompaña en lo extraordinario a unas orejas irregulares, de atrofiada morfología y aberrantes estéticamente, junto a una profunda calvicie en la testa del hombre rodeada por una corona de corto pelo rubio. Liz se queda absorta ante las cualidades comerciales de la vecina sin saber qué hacer. Anonadada por la situación al mismo tiempo que asustada.

-Creo que voy a llamar a Cat -informa sacando el teléfono móvil de un bolsillo.

El gesto de disgusto y desaprobación de la anciana es dirigido hacia la joven como si asentara su primera impresión inquisidora sobre Liz, que rechina los dientes con el aparato pegado a la oreja ante el mensaje hablado por una voz robótica informando de la indisposición de usuario.

-¿Eres de esas personas que se acobardan?

-Yo. Yo... -titubea Liz. -Se llama Oscar.

El hombre saluda amable desde la cama esbozando una sonrisa abierta con el chupete atrapado entre los dientes que dejan gotear cúmulos de saliva de su boca.

-Hola -saluda escuetamente Liz como respuesta. La anciana acaricia los mofletes del hombre.

-Vamos -dice a Liz-. Te enseño en la cocina cómo se prepara la comida de

Oscar y me marchó.

Mientras Liz sigue los pasos de la vecina por la casa piensa en cómo poder escurrirse de la situación en la que se encuentra sin tener que dar explicaciones o sentir vergüenza por ello. Tiene un temor interno superior a su forma de ser. Atada de manos.

En la cocina, las dos mujeres hablan ante un muestrario de latas sobre la mesa de los desayunos de Cat y su «hijohermano» con unos vivos susurros.

-No tienes más que calentar agua y añades siete cucharas soperas del polvo de esta lata -indica la vieja a Liz.

-¿Esto es comida?

-Sí. Es una especie de papilla de proteínas. No come otra cosa. Es sencillo.

-Sí que es «especial» -añade Liz-. ¿No come comida normal?

-Los bebés no comen más que papilla. ¿Qué quieres darle carne? No puede masticar. Es un bebé.

Cada frase o palabra que pronuncia Liz cuenta con el desagrado de la anciana que queda patente con solo mirar el movimiento de unas cejas despobladas en su rostro.

-¿Se puede localizar al marido de Cat?

-¿Qué marido? Cat no está casada.

-Sí, ya. El ex.

-Cat no ha estado nunca casada.

La aclaración de la vecina golpea a Liz que acumula las mentiras de su amiga mentalmente.

-Intenta tomar esto como algo importante. El pobre pequeño lo merece, necesita ayuda -dice con inquina la anciana.

-Es que... En serio... No creo que pueda hacerme cargo. Me supera.

-Piensa que es una prueba del todopoderoso.

-¿Qué? -se extraña Liz.

-Dios. ¿También te supera nuestro señor, Dios?

Las violentas miradas hacen cierto daño en Liz provocándola un malestar estomacal con la tensión a la que se ve sometida.

-Me voy -informa la anciana. Sale de la cocina sin prestar atención a la empequeñecida voz de Liz:

-¿Cómo se llama usted?

Un portazo en la puerta de la casa al cerrar pone punto y final. Oscar, el «pequeño», ataca con frustración lanzado quejidos de bebe desde su cama. Reclama la atención de su nueva amiga- cuidadora. Liz entra en la habitación del hombre con cautela.

-Bueno -dice-. Yo me llamo Liz. El hombre escupe el chupete hacia un lado.

-Yo soy Oscar -responde con gallitos en la voz.

-¿Qué quieres hacer?

-No sé -responde con pena el «bebe».

-¿Quieres jugar?

-Jugar -ríe Oscar atragantándose con el aire-. Jugar, jugar, jugar, ju gar gar gar.

-¿Un poco de TV?

El aprobador balbuceo del hombre como imitación de un bebe agrada a Liz. Siente como si la ruleta de un casino hubiera marcado su número favorito. Oscar se levanta de la cama dando un gran salto que hacer crujir los muelles en señal de alivio. El suelo de la casa retumba a cada pisada del «pequeño» correteando hasta el salón para ser el artífice de presionar el botón de encendido del televisor. Le provoca un placer inusitado en el cerebro. Su peso cae como una roca en el parquet grisáceo de madera libre de cera. Liz, desde el marco de la puerta del salón, espera algún movimiento extraño en señal de alerta. El hombre se carcajea, a cuarenta centímetros de distancia, frente a la pantalla donde un conejo de dibujos animados lanza besos.

-No deberías ponerte tan cerca -sugiere Liz.

-Me gustaaaaaa -responde Oscar sin perder un ápice a atención del ser de fantasía.

Liz se sienta en un sofá cercano al hombre. Le observa.

»Gracias a Dios por la TV», piensa. «¿Cuántas personas se deben haber criado con ella?» Oscar balbucea cosas ininteligibles y golpea el suelo con las palmas abiertas en señal de felicidad. Liz teme que algún día ella pueda parir un hijo igual. «Aunque eso no es probable».

El salón está decorado paupérrimamente con un simple cuadro de una escena campestre donde un ciervo bebe de un río. «Indudable que venía con la casa». Nada que ver con la familia de Liz que cada semana añadía un trasto nuevo, de dudoso valor y gusto, al ambiente de la casa.

«La herencia que recibiré»: Payasos de porcelana, candelabros nuevos imitando antigüedad, relojes de pared con detalles tradicionales, ceniceros con forma de animales, replicas en miniatura de ceniceros con formas de animales, libros antiguos de rústicas ediciones que jamás serán leídos, y muchas, muchas más porquerías. A veces el coleccionismo roza la fina línea que limita con la enfermedad de Diógenes. «¿Pero, quién está libre hoy en día una afición?» Liz decide preparar la comida, o papilla, para el hombre.

-Oscar. Quédate quieto. Voy a preparar la comida.

Él, sin dar ninguna respuesta por su parte, continua secuestrado por el encanto de la luminosidad del televisor. En la cocina, Liz, se siente como una científica al unir el agua caliente con el polvo enlatado creando una mezcla ponzoñosa. Sirve en un plato hondo la viscosa papilla repleta de grumos de sustancia en polvo sin haberse disuelto.

El sonido de la caída por la fuerza de la gravedad de cada cucharada contra el fondo del plato recuerda a Liz sus primeras vomitonas causadas por el alcohol en las fiestas de iniciación con «el hombre». Ejerce con cuidado de camarera llevando sobre un bandeja la comida emplatada hasta la mesa de salón donde Oscar, sin haberse alejado de la televisión, destroza sus uñas en carne viva con los colmillos.

-Oscar -le llama Liz-. Ven a por tu papilla.

-No -dice tajante.

-Venga, que está muy rica -miente la novel cuidadora sin creer sus propias palabras-. Es hora de comer, deja la pantalla.

-¡No! -repite con más fuerza el «niño».

-¡Ven aquí! -ordena Liz-. Haz lo que digo.

Oscar se levanta del suelo con dificultad. Frente a Liz parece un gigante. Mira el plato con la papilla que reposa en la mesa. Liz ofrece una cuchara.

-Sienta.

-¡Nooooo! -grita el bebe endemoniado.

De un rabioso puñetazo contra el plato, las paredes, la mesa, el suelo, Liz y él son cubiertos de la desagradable comida de proteínas que al ser esparcida comienza a desprender un olor característico de estofado de carne sintética muy parecido a un pedazo de madera húmedo.

-¿Qué coño has hecho? -se enfada Liz mientras limpia unos berretes de su ropa.

Oscar carcajea nuevamente. Salta con intensidad y lanza pequeños esputos de saliva hacia su cuidadora. Se da la vuelta y se sienta en el suelo frente a la televisión. Liz se marcha al cuarto de baño para intentar, con un poco de papel higiénico mojado en agua, apartar la papilla que cubre con motas su cuerpo. Se lava las manos a conciencia para evitar la sensación de suciedad. Arregla su pelo con las manos y suspira ante su reflejo en el espejo. En su regreso al salón encuentra a Oscar con la vista apartada del espectáculo animado de la pantalla.

-Quiero comer -dice tranquilo-. Tengo hambre.

-¿Ahora quieres papilla? -se enfada Liz.

-No.

-Tócate los pies -dice ella para desahogarse-, joder.

El hombre prueba a tocarse los pies entendiendo la frase de Liz como una orden directa.

-¿Qué haces? -ríe Liz.

Oscar acompaña a Liz en la risa. Los dos se relajan mutuamente con el sonido de alegría del otro. Ella saca su teléfono móvil del bolsillo del pantalón. Media hora más tarde, tras perder el tiempo limpiando el estropicio culinario del suelo y paredes, fracasado el amago de hacer lo mismo con el pijama de Oscar, un repartidor de comida rápida a domicilio llama a la puerta. Liz enseña a Oscar a comer una grasienta hamburguesa que se desmorona entre sus manos pegajosas de ketchup con el que

juegan hundiendo patatas fritas para cubrir la punta de rojo chillón.

Cada bocado dado por él es una fiesta entre sus pailas gustativas. Sorbe el refresco de cola por una pajita de papel clavada en una lata con la verdadera vitalidad de un universo de sabores alejados desde su nacimiento. Disfrutan en pareja de una comida cercana y amigable, callados, cómplices. Oscar emite un severo eructo al término de su porción. Palmea su tripa obesa e imita una voz infantil.

-Quiero más.

-No, Oscar. No hay más. Se ha acabado.

Liz intenta aportar un toque de dulzura a la voz queriendo que suene melódica. «La música amansa a las fieras, ¿no?»

El hombre revuelve los restos de envoltorios de donde ha visto salir a la luz la comida.

-Me gusta esto -dice tristón-. No como esto nunca. Mi comida es mala. Aburrida. Igual que todo. Quiero jugar y comer siempre.

-Pues otra vez lo harás. Díselo a tu «madre».

-No quiere nunca nada conmigo. Liz llévame tú a comer siempre.

Liz nota cómo se enternece ante tales palabras que le parecen sinceras.

-¿Tú eres amiga? -pregunta Oscar.

Ella no sabe qué responder. No quiere mentir pero tampoco causar un efecto devastador en el hombre «especial» con una respuesta que pueda tomar como negativa. Pocas posibilidades.

-Claro -miente con pena-. Claro que sí.

Como vía de escape recoge los restos del banquete para llevarlos a la cocina. Oscar bosteza abiertamente, sin tapujos, como un oso a punto de hibernar.

-¿Tienes sueño? -pregunta Liz.

-Quiero siesta.

Ella lleva de la mano al «pequeño» hasta el dormitorio. Le ayuda a meter su desproporcionado cuerpo en la cama con mucho esfuerzo ya que su pequeña estatura no conlleva una gran fuerza. Con disimulo cariño arropa al hombre que se gira adormecido entre las sabanas mostrando una

erección latente bajo la tela del pantalón de su pijama.

-Tengo tienda de campaña -dice él con la boca pequeña.

-Se te pasará. No hagas caso.

-Podrías ayudarme.

-No -se violenta ella-. Eso no.

-Eres igual que todas. Amigas. Pero no lo sois. Yo lo necesito.

El hombre vuelve a revolcar su cuerpo con nervio por la cama. Gime como un perro abandonado.

-Lo necesito. Soy normal -llora-. Soy como todos los que quieren ayuda.

-¿Ayuda?

-Sí, por favor. Quiero dormir.

Las nubes han comenzado a cubrir el cielo. Los insectos migran de árboles ante la llegada de un frente lluvioso. La gente aumenta el paso para no ser pasto de un aguacero improvisado. El sol se esconde tras las nubes. Liz camina por la calle con la vista fijada en el suelo. «¿He hecho bien?», piensa. «¿Qué es lo que he hecho?» El semen resecado permanece adherido en su mano derecha. Lo raspa con cuidado desprendiendo pedazos como si separara la piel mudada de una serpiente. «No he podido evitarlo, me ha superado. ¿Soy mala persona por haber salido huyendo? Sí, he abandonado en su casa a Oscar». No quiere ni pensar más en ello. Algo empuja su espalda. Nota un dolor tremendo. Alguien corre como un loco. Hay gritos. Liz palpa el origen de la molestia. Está mareada. La mano ensangrentada asusta a la concurrencia al mostrársela en señal de ayuda. No puede evitar caer contra el sucio suelo de piedra. Es rodeada y observada entre un charco bermellón que se expande. Se organiza un corro a su alrededor. Los comentarios se suceden entre leves voces que se asusta, sorprenden y juzgan.

-Yo la conozco -dice una de ellas-. Esa chica es puta.

-Pobrecilla.

-¿Cómo lo sabe?

-Qué vergüenza.

-Ya no hay seguridad en la calle.

-¿Nadie ha visto al agresor?

-Lo sé porque soy el botones de un hotel. Lo sabemos todo.

-Algo se merece seguro.

-Puta juventud.

-Si fuera mi hija...

-Qué puta vida.

«Ev, te echo de menos».

Las sirenas de una ambulancia se pierden entre los cláxones del tráfico. La respiración es más pausada con cada segundo que transcurre.

«¿Así acaba todo?»